

*El extraño caso de*

# Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson



GOLU



**Grandes Obras de la Literatura Universal**

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación  
escolar de jóvenes lectores

## Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca.   
*Automáticos*, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.   
*Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho*, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

# El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson

Estudio preliminar  
de Javier Escobar Isaza



Grandes Obras de la Literatura Universal

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

**Dirección editorial:** Profesor Diego Di Vincenzo.  
**Coordinación editorial:** Pabla Diab.  
**Jefatura de arte:** Silvina Gretel Espil.  
**Coordinación de producción:** María Marta Rodríguez Denis.

**Actividades y notas:** Aníbal Fenoglio.  
**Diseño de tapa:** Natalia Otranto.  
**Ilustraciones:** Vladimiro Merino.  
**Diseño de maqueta:** Silvina Gretel Espil.  
**Diagramación:** Claudio Perles.  
**Corrección:** José A. Villa.

Stevenson, Robert Louis

El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde / Robert Louis Stevenson ;  
con colaboración de Aníbal Fenoglio ; ilustrado por Vladimiro Merino ;  
con prólogo de Javier Marías. - 1a ed. - Buenos Aires : Kapelusz, 2008.  
v. 4, 176 p. : il. ; 20x14 cm.

ISBN 978-950-13-2334-4

1. Narrativa Inglesa. I. Aníbal Fenoglio, colab. II. Merino, Vladimiro,  
ilus. III. Javier Marías, prolog.  
CDD 823

**Primera edición. Primera reimpresión.**

©Kapelusz editora S.A., 2008.

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.kapelusz.com.ar](http://www.kapelusz.com.ar)

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN: 978-950-13-2334-4

 PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (Ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Queridos colegas, nos interesaría mucho recibir sus observaciones y sugerencias sobre este volumen u otros, tanto en lo que respecta al texto en sí, como a la introducción o a las actividades. Pueden acercarlas mediante correo electrónico a: [pd diab@kapelusz.com.ar](mailto:pd diab@kapelusz.com.ar). Leeremos con gusto sus comentarios.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

## [ Índice ]

Nuestra colección	7
Leer hoy y en la escuela	9
<i>El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde</i>	
Avistaje	11
Biografía	13
Palabra de expertos	15
“Una luz desde el faro de Skerryvore”, Javier Escobar Isaza	
<i>El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde</i> ,	29
Robert Louis Stevenson	
La historia de la puerta	31
La búsqueda de Mr. Hyde	41
El doctor Jekyll se encontraba muy tranquilo	53
El caso del asesinato de Carew	57
El incidente de la carta	65
El notable incidente del doctor Lanyon	73
El incidente de la ventana	79
La última noche	83
La narración del doctor Lanyon	101
Declaración completa sobre el caso, hecha por Henry Jekyll	113

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Sobre terreno conocido	139
Comprobación de lectura	
Actividades de comprensión	141
Actividades de análisis	145
Actividades de producción	167
Recomendaciones para leer y para ver	171
Bibliografía	173

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
o- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-  
blación descalza y a cráneo descubierta, acompañando

## [ Nuestra colección ]

Comencemos con una pregunta: ¿qué significa ser lector?

Quienes hacemos Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) entendemos que el lector es aquella persona capaz de comprender, analizar y valorar un texto; de relacionarlo con otras manifestaciones culturales del momento particular de su producción; de seguir el trayecto de las diversas lecturas que ese libro fue provocando en el transcurso del tiempo.

Pero entendemos que ser lector también significa “dejarse llevar” por lo que una historia cuenta, sumergirse en las palabras al tiempo que las palabras lo inundan y lo pueblan. Los que así leen abren paso para que la literatura funcione como parte de sus vidas. Una novela, un cuento, algún poema o alguna pieza dramática, entonces, contribuyen para que el lector se comprenda a sí mismo y le ofrecen una serie de puntos de vista con los cuales comprender el mundo.

Todo lo que aprendemos, todo lo que atesoramos a partir de nuestras lecturas, es algo que “llevamos puesto”, una increíble posesión de la que disponemos a voluntad y sin que se agote.

Nuestra colección –desde su selección de títulos, con sus respectivos estudios preliminares, escritos por reconocidos especialistas, y con sus actividades, elaboradas por docentes con probada experiencia en la enseñanza de la literatura– se funda en el deseo de colaborar con sus profesores y con ustedes en la formación de jóvenes lectores.

a Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
o- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Si bien en nuestra colección encontrarán no solamente obras consideradas clásicas, sino también algunas a las que no se ha incluido en esa categoría (ciertamente amplia y variable), coincidimos con el escritor italiano Ítalo Calvino, quien comienza su libro *Por qué leer los clásicos* proponiendo varias definiciones de “obra clásica”. Entre ellas, afirma que los clásicos son esos libros que “ejercen una influencia particular”, en parte porque “nunca terminan de decir lo que tienen que decir”, aun cuando se los ha leído y releído, y hasta cuando han pasado siglos desde que se los escribió. Además, destaca el papel de la escuela no solamente como institución que está obligada a dar a conocer cierto número de clásicos, sino también como aquella que debe ofrecer a los estudiantes las herramientas necesarias para que puedan elegir sus propios clásicos en el futuro, es decir, para que construyan su propia biblioteca.

Estamos convencidos de que leer las grandes obras que en esta colección les ofrecemos constituye una de las actividades orientadas a favorecer el desarrollo de las habilidades para comunicarse y para pensar; a allanar el camino de la formación escolar, universitaria, profesional; a ayudar a que se desempeñen como sujetos activos de la vida social y cultural.

Por estas razones, entonces, creemos que la lectura de los libros de nuestra colección puede incluirse entre las acciones tendientes a la formación de personas más libres.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
o- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

## Leer hoy y en la escuela

### *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*

Lo absoluto en esta novela de Stevenson no tiene posibilidad. Nadie puede ser enteramente bueno –parece decirnos el autor– y no se sopor- ta por mucho tiempo a la encarnación de todo lo malo. Tender hacia la búsqueda del bien resulta elogiabile; no así querer concretar lo que para una sociedad representa el mal. Sin embargo, muchos –como Jekyll– sienten, de pronto y a veces sin pensar en ello, que son invadidos por una ráfaga de daño y de crueldad; y si no obra el mandato moral, que dice “sé bueno”, son capaces dar rienda suelta a su instinto maligno.

La tentación acecha, pero estos hombres respetables del siglo XIX inglés, hombres que comparten la moral victoriana<sup>1</sup>, saben cómo esqui- varla... O cómo esquivar las miradas de la sociedad y esconderse en el disfraz de un ser bajo, repulsivo, exento de toda regla y, por ello, habilitado para toda desmesura.

Uno de los problemas que preocupó y preocupa aún hoy a la hu- manidad es el del Bien y el del Mal. Stevenson logró plasmar esta pre- ocupación en las páginas geniales de *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Tan genial es su creación, que fue llevada al cine en numerosas

---

1 Tanto en las actividades de *Avistaje* como en las *Actividades de Análisis* trabajarán con las características propias de la época victoriana. Basta decir acá que, en ese momento, la sociedad inglesa se encontraba regulada por unos principios de conducta tan rígidos, que no era difícil que los deseos reprimidos se manifestaran de diversas maneras: agresión, desmayos, alucinaciones, falta de aire, sofocones, entre otras patologías.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
o- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

versiones; retomada y aludida en películas cómicas, en series, en dibujos animados... El personaje del honrado doctor, que esconde en sí al detestable monstruo, se ha transformado en uno de esos seres de ficción que –como Don Quijote, Martín Fierro, Sherlock Holmes, por citar solo algunos– pueblan el repertorio popular y conviven con nosotros a pesar de que no hayamos leído todavía sus historias y a pesar de que no sepamos exactamente quiénes son. Pero están ahí, y los reconocemos.

Stevenson presenta un relato que se demora en un realismo<sup>2</sup> caro a su siglo. Con los parámetros de esta estética podemos leer la obra y reconocer en ella los elementos que comparte con el policial: aquí hay alguien que busca y alguien que debe ser hallado porque ha cometido uno o varios crímenes, porque su sola existencia es un crimen. Muy a su pesar (tal es el destino de estos criminales de ficción) va dejando pistas que serán leídas e interpretadas con el propósito de resolver el caso.

Ahora bien, escondido tras el realismo está el elemento fantástico: sucede algo que escapa a toda lógica y a toda razón. En ese esconderse (agazapado como se encuentra el señor Hyde), radica lo interesante, lo brillante de esta novela.

El narrador pone en escena y a la vista de todos un ser que se muestra y que se esconde, pero que finalmente allí está, algunos lo llevan dentro de sí en mayor o en menor medida. El desafío consiste en mantener al monstruo quieto, en reducirlo hasta hacerlo callar, aunque en esa lucha se acalle la propia vida.

---

2 **Realismo:** movimiento estético que se originó a mediados del siglo XIX y cuyo objeto era la representación fiel de la realidad social de la época. Los autores concebían su producción como un documento. Balzac, Flaubert, Dickens, Maupassant, entre otros, son autores representativos del movimiento.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

## [ Avistaje ]

Las siguientes actividades tienen como propósito recuperar algunos conocimientos que les permitan construir un marco en el que ubicar y desde el cual leer *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson.

- 1 Teniendo en cuenta las siguientes palabras y frases, elaboren una lista que se relacione con el **género novela** y otra que se relacione con el **género cuento**. Algunas son válidas para ambas.

*ficción – narración literaria – breve – extensión considerable – capítulos – personajes principales – personajes secundarios – diálogos – acción diversificada – varios ambientes donde sucede la acción – relato de un hecho único – posibilidad de inclusión de otros tipos de textos, como cartas, informes y demás – se lee “de un tirón” – disponibilidad de espacio para desarrollar descripciones – pocos personajes – varios personajes*

- Escriban una definición de **novela** utilizando las palabras que marcaron arriba.
- 2 Propongan ejemplos de **cuentos**, **novelas** y **películas** que correspondan a los siguientes géneros: ciencia-ficción, policial, terror, fantástico, realista, aventuras, romántico.
- Elaboren un cuadro en el que clasifiquen los que haya aportado la clase.

a Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

3 Busquen en la biblioteca de la escuela o en páginas de Internet información sobre la **época victoriana** y tomen nota de sus características más relevantes.

4 De la siguiente lista de palabras se pueden extraer dos **campos semánticos**, es decir, un grupo de palabras que se relacionan por su significado. Agrupen los términos que pertenecen a cada campo semántico.

*oscuridad – terror – luz – sueño – tranquilidad – sombrío – lúgubre – siniestro – oculto – monstruoso – angelical – noche – claridad – pesadilla – maldad – orden – tenebroso – día*

- Propongan un nombre para cada uno de los campos semánticos que organizaron.

5 Observen con atención las siguientes **imágenes**.



- ¿Reconocen alguna de estas imágenes? Si las conocen, expliquen el significado de ambas; si no las conocen, propongan alguna interpretación de lo que pueden significar estas figuras.

6 Definan la palabra **metamorfosis**; luego búsquenla en un diccionario para corroborar o corregir la definición que propusieron.

- ¿Conocen alguna historia en la que un personaje sufra una metamorfosis? Cuéntensela a sus compañeros.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, arañando

## Biografía



**Robert Louis Stevenson** nació en Edimburgo (Escocia) en 1850. Es el autor de uno de los libros ingleses de aventuras más queridos y más leídos de todos los tiempos, *La isla del tesoro*.

Ingresó en la Universidad de Edimburgo con el propósito de estudiar ingeniería civil, la profesión de su padre. Sin embargo, decidido a ser escritor, abandonó la carrera y emprendió un viaje por Europa durante el cual escribió *Viaje con un burro por las Cévennes* (1879), un libro pionero de la llamada *outdoor literature*, es decir, de la “literatura al aire libre”, un género de no-ficción vinculado con la literatura de viaje, de aventura (en el sentido de que el escritor narra sus peripecias y aventuras durante una travesía).

Ese mismo año se dirigió a América en un barco que transportaba emigrantes para casarse con Fanny Osbourne, a quien meses antes había conocido en Francia. De regreso a su tierra natal, escribió *La isla del tesoro* y luego *La flecha negra*. En principio, ambas novelas fueron escritas con el fin de entretener a su hijastro Lloyd Osbourne. Sin embargo, el primer relato se transformó en un éxito ni bien comenzó a publicarse por entregas en 1881.

Enfermo ya de tuberculosis, entre 1886 y 1887, mientras vivía en Bournemouth (Inglaterra), escribió poemas para niños, *Secuestrado* y *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, entre otras obras.

Luego de una corta estadía en los Estados Unidos, Stevenson y su familia emprendieron un viaje por las islas del Pacífico Sur y se

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

establecieron en Samoa. Allí no solo continuó con su labor literaria —escribió *El Conde de Ballantrae*, *El diablo en la botella*, *Cuentos de los mares del Sur*—, sino que cobró interés por la situación de los nativos del lugar y sus asuntos públicos.

Stevenson murió de un ataque cerebral en 1894. Su cuerpo fue trasladado por una procesión de 60 habitantes de Samoa a la cumbre de una montaña en la que el escritor había manifestado el deseo de ser enterrado.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
o- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-  
blación descalza y a cráneo descubierto, acompañando

## 【 Palabra de expertos 】

### *Una luz desde el faro de Skerryvore*

JAVIER ESCOBAR ISAZA

#### UNA PESADILLA

El padre de Robert Louis Stevenson construía faros y un tío suyo también lo hacía: faros que iluminaban al marino en las noches. Y cuando Stevenson contrajo matrimonio, el padre, un acaudalado ingeniero de Edimburgo además de constructor de faros, le había dado a la esposa del joven escritor, Fanny, una casa en Bournemouth como regalo de bodas. Allí se instaló la pareja de recién casados. La casa, siguiendo la lógica del escritor que era hijo de una familia constructora de faros, recibió el nombre de uno de los que el tío había construido: *Skerryvore*.

En aquel lugar, en medio de la situación precaria de salud que lo tuvo en cama tanto tiempo, dormía Stevenson una noche junto a Fanny. Y la esposa, viéndolo sacudirse en medio de una pesadilla, lo despertó. Él, irritado y excitado, le reprochó que le hubiera interrumpido un excelente y pavoroso sueño.

Atraído Stevenson por el aspecto horrorífico de la historia de aquella pesadilla, se puso luego a la tarea de dejarla por escrito. *El extraño caso del Dr. Jekyll y el Sr. Hyde* había comenzado así su largo peregrinar por el mundo a partir de una pesadilla.

a Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
o- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Cuando Fanny leyó esta primera versión, le comentó a su esposo que no le gustaba, pues el tema era digno de ser algo mucho más trascendental que un mero cuento de horror: allí, fruto de la elaboración de las fuerzas que rigen nuestros sueños –según la percepción de la mujer– se ocultaban propuestas más valiosas. Como consecuencia de esto, aquel primer borrador fue a parar al fuego. Pero ya la idea estaba en marcha y Stevenson habría de acabar por darle cuerpo al relato que todos conocemos<sup>1</sup>.

Me detengo en estos detalles porque los considero importantes. Con toda probabilidad, Skerryvore no era un nombre más, que solo cumplía con la función de señalar un objeto: para Stevenson, el escritor, los nombres significaban, no eran solo palabras vacías. Su casa se llamaba así porque tenía que ser un faro. Stevenson, hombre nacido en una recia tradición calvinista, hombre de una aguda conciencia moral, quería iluminar la noche desde aquel faro suyo.

Sin embargo –y éste es un elemento clave para nosotros–, en el caso que nos ocupa, la noche se ilumina a partir de sí misma, a partir del revoltijo de símbolos, de signos oníricos, que dan vueltas en la mente de quien, perdido el dominio que la vigilia le otorgaba, va formando pesadillas incoherentes. Estas hacen estragos, hasta que, ya despierto quien soñaba, se traducen, como fruto de un esfuerzo que ahora se ha tornado consciente, en un relato, terrible por provenir de este fondo anterior a la razón, pero, a la vez, luminoso.

Nació, pues, *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de la pesadilla nocturna de un enfermo de hondas inquietudes morales.

---

1 Los datos biográficos aquí mencionados se toman de las pp. 7-10 de la introducción de Jenni Calder a Robert Louis Stevenson, *Dr. Jekyll and Mr. Hyde and other Stories*, London, Penguin, 1979.

Y creció en la confrontación literaria de su autor con sus propios criterios morales y estéticos y con la intervención crítica de su esposa. Este origen y desarrollo nos dan una luz muy especial para comprender la obra e intentar, al hacerlo, penetrar en dos de los más escabrosos problemas con los que tiene que confrontarse el hombre, problemas que la filosofía ha querido siempre hacer suyos, pero que también son de la incumbencia de cualquier simple ser humano que busca reflexionar un poco: el problema de la conciencia y el del bien y del mal.

## LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS

### Descartes vs. Stevenson

Varios siglos antes de aquella pesadilla en Skerryvore, el joven René Descartes pasaba un aburrido invierno en las cercanías de Ulm, en Alemania. Militaba en el ejército, pero el invierno lo obligaba a un cierto ocio. Y el joven tenía mucho tiempo para pensar. Comenzó a dudar de todo, para ver si encontraba una verdad sólida que le sirviera de roca sobre la cual construir el edificio de la verdad, y encontró de repente que había algo que, por mucho que quisiera, no podía negar: su propio pensamiento. “Pienso, luego existo”, exclamó feliz. Y al analizar, en éxtasis, esta nueva conciencia de su yo, se convenció de que se trataba de una conciencia absolutamente diáfana, simple, clara, inmediata, que él tenía de sí mismo.

Quiero detenerme en lo de “inmediata”: “inmediata” quiere decir “no mediada”, es decir, “que no pasa por ninguna mediación”. Si yo me miro en un espejo, la imagen que allí veo no es inmediata, pues me veo en la mediación del espejo. De aquí que no pueda yo afirmar sin más que soy tal como me veo en el espejo, pues este,

como medio que es, puede alterar mi imagen. (Aquí, entre paréntesis, está nuestro gran consuelo cuando nos contemplamos, feos y desproporcionados, en un espejo de cuerpo entero de algún almacén: es el espejo quien nos distorsiona, pues no somos así...) Pero –así lo creyó Descartes– la conciencia que tengo de mi propio yo, cuando digo aquello de que pienso, luego existo, es totalmente inmediata: ella misma es consciente de sí misma, se identifica consigo y no hay entonces posibilidad alguna de error.

Descartes salió dichoso a contarle a todo el mundo su descubrimiento. Miles de seguidores entusiastas, felices de haber hallado por fin la primera verdad, comenzaron a construir un mundo tan diáfano y claro como aquella primera certeza. Abandonaron toda la oscuridad conceptual del pasado y nacieron entonces el racionalismo y el idealismo. Para los nuevos pensadores iba a ser posible construir una nueva moral, basada en evidencias nacidas de aquella primerísima de todas las verdades; se iba a acabar el período oscurantista de la humanidad; habíamos entrado en la gran época de la historia, la gran iluminación. El optimismo recorrió a Europa entera. El hombre, por fin, estaba llegando a la mayoría de edad; la infancia había quedado atrás.

Frente a un espíritu tan diáfano, ¿qué era el cuerpo? Pues un instrumento que había que poner al servicio de aquel; un instrumento espacial y temporal, que obedecía a las leyes de la mecánica y de la física y que en adelante iba a poder ser dominado con facilidad por el nuevo espíritu del hombre maduro.

Pero pasaron los siglos y el dominio previsto no se dio, hasta que una noche, en la casa con nombre de faro donde dormía Stevenson, la pesadilla de nuestra historia había sacudido al durmiente.

18 Inocente frente a las consecuencias de lo que iba a hacer, la joven

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

esposa del que soñaba lo había despertado. Y luego el esposo, tomando su pesadilla como punto de partida, había escrito una historia que en nada coincidía con la iluminación de Ulm de varios siglos atrás, gestada como estaba en una visión diametralmente opuesta –la visión onírica–, y tan difícil de expresar que solo hacia el final de la obra, después de haber superado varios niveles bien complejos de la narración, se desarrollaba con toda claridad:

“Cada día que pasaba, y en ambos lados de mi mente, el moral y el intelectual, me fui acercando más a aquella verdad por cuyo conocimiento parcial fui condenado a tan aterrador naufragio: que el hombre no es uno realmente, sino dos. Y digo que dos porque el estado de mi propio conocimiento no va más allá de este punto. Otros vendrán, otras personas me superarán en la misma línea, y me atrevo a adivinar que algún día el hombre será conocido como una multiplicidad de forasteros, independientes, incongruentes y polifacéticos. Yo, por mi parte, a causa de la naturaleza de mi vida, avanzaba de modo inexorable en una dirección, y solo en una”<sup>2</sup>.

¿Qué acababa de afirmar Stevenson –o, mejor dicho, qué acababan de afirmar Jekyll-Hyde–? Que Descartes había sido un ingenuo, que el hombre no era aquel “Cogito”, aquel “yo” cuya esencia es pensar con toda claridad y diafanidad, sino un haz, un compuesto de múltiples fuerzas. Es verdad que Jekyll-Hyde solo han encontrado dos de esas fuerzas, pero ya se intuye un futuro en el que la ciencia descubrirá otros mil componentes de un mismo yo. Y no se trata, sin más, como podría intentar pensarlo algún incauto, de la vieja oposición

---

2 Cfr. *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, último capítulo: “Declaración completa sobre el caso, hecha por Henry Jekyll”, p. 114.

cuerpo-alma, según la cual, a regañadientes, al cuerpo le toca estar sometido al alma, y el alma es el auriga que rige a tan “fugoso corcel”. Ni es tampoco la composición que Descartes concebía, entre un alma que es el yo y un cuerpo que no es más que su instrumento.

La composición que Jekyll-Hyde han encontrado no es tampoco la vieja dicotomía de los maniqueos<sup>3</sup> del siglo IV, cuando se pensaba que, como resultado del fragor de la batalla entre los dominios del dios del Bien y el dios del Mal, había surgido una terrible mezcla, de suerte que nosotros, los pobres seres humanos, éramos hijos de ésta. Para aquellos maniqueos, el alma del hombre provenía del ámbito del dios bueno; el cuerpo humano, por el contrario, encontraba su origen en el ámbito del malo, y la lucha ascética del hombre se dirigía a preparar el feliz día futuro en que cuerpo y alma pudieran separarse para siempre, cuando las dos divinidades hubieran logrado realizar una partición definitiva, en la que cada una habría recuperado su propio espacio.

¿En qué consiste, entonces, esta composición? Aquí vale la pena detenernos, si bien no vamos a hallar una respuesta del todo satisfactoria.

El sentir popular ha tendido a señalar a Jekyll como el hombre del bien y a Hyde como la quintaesencia del mal<sup>4</sup>. Los dos personajes serían, entonces, objetivaciones de dos tendencias que rigen el accionar moral del hombre: la inclinación al bien y la tendencia al mal.

---

3 **Maniqueo:** adepto al maniqueísmo, doctrina filosófica y religiosa del persa Manes o Mani, basada en la concepción dualista del principio del bien y del mal. Influyó en el cristianismo cuando se extendió por Occidente durante los siglos II y IV.

4 Hay que anotar que la crítica no ha participado de esta posición. Véase, por ejemplo, el ensayo de Vladimir Nabokov sobre Stevenson, en Nabokov Vladimir, *Curso de literatura europea*, Barcelona, Bruguera, pp. 267-302.

Pero en esta manera de ver hay una enorme simplificación y una profunda superficialidad, si se permite la expresión. Es verdad que Hyde es un ser malvado, depravado. Nada en él nos resulta aceptable: es egoísta, cruel, vulgar, calculador, feo. Pero tampoco Jekyll es ningún santo. Más aún, es tal que, de no ser por su terrible y trágico final, por la manera como Hyde se fue apoderando de él hasta hacerle imposible la vida misma y llevarlo al suicidio –situaciones que despiertan en nosotros la compasión y, por ende, la simpatía–, sería un personaje a quien ninguno de nosotros aceptaría sin más como paradigma del ser humano. Jekyll se había vuelto hosco y retraído; además, era hipócrita; tenía crímenes y pecados ocultos que Stevenson se cuida muy bien de revelarnos. (¿O será tal vez que era tan honda la hipocresía de su criatura que ni el creador mismo alcanzaba a conocerlos?)

Jekyll, pues, no era “bueno”. Pero Hyde sí era malo. Y el “bien” que tanto buscaba Jekyll no era fruto del deseo: él no ansiaba ser bueno; su más íntima pasión era el mal. Si Jekyll obraba el bien, lo hacía porque éste le permitía gozar de prestigio, tener riquezas, buena posición social, ser aceptado por todos. Pero lo que más le gustaba, aquello a lo que gustoso dedicaría su vida –y a lo que, de hecho, la dedicó gustoso– era ser libre de toda restricción, darles rienda suelta a sus apetitos más primitivos, no ponerles ninguna cortapisa. Y esto, en la mentalidad de Jekyll, era obrar el mal.

Parecería que, en el intento por dar respuesta a una pregunta que hace poco formulé –“¿En qué consiste, entonces, esta composición?”–, me hubiera apartado del tema, para entrar a discutir más bien el problema del bien y del mal. Pero no hay tal. Ocurre que, precisamente a partir de la realidad de Jekyll-Hyde, de un hombre que hace el bien por conveniencia pero apetece el mal por tendencia profunda, encuentra Stevenson que el psiquismo humano no es el

producto de una única sustancia, de una única alma, sino de una pluralidad de fuerzas. Él, evidentemente, sólo alcanza a determinar dos de éstas, a saber, la que lleva al hombre al desenfreno, a la libertad total, a la autoafirmación radical que desconoce cualquier otro interés, y la fuerza opuesta, que lo lleva a ponerle límites a esta tendencia, a pensar en el hombre como inserto en un medio que exige respeto y establece, por ende, límites a su acción. Sus métodos de observación no le permiten ir más allá, para postular otras fuerzas que conformarían el yo. Pero es consciente del carácter provisional de su hipótesis; es consciente de que, en un futuro tal vez no lejano, llegarán otros que ampliarán este haz de fuerzas. Como podría haberlo dicho Karl Popper, Stevenson sabe que su modelo es susceptible de falsación, y así lo acepta.

Stevenson, por lo demás, sólo se contenta con afirmar el hecho de la existencia de ambas fuerzas. No pretende explicar –ni puede hacerlo– cuál es su composición biológica, física, química, o lo que se quiera. Y si el médico Jekyll descubre una droga –un producto químico, entonces– que permite producir un concentrado de aquello que se convertirá en Hyde, y también descubre otra que recuperará las fuerzas generadoras de un Jekyll, estas drogas no pasan de ser un recurso narrativo. En efecto, en ningún momento hay desarrollo temático alguno de la idea de la química como origen de aquellas fuerzas: la química aparece solo como el instrumento desencadenante del tránsito de un momento al otro, no como la base o sustrato de ninguno de ellos.

En síntesis, entonces, Stevenson nos deja sin saber cuál es la composición de aquellas fuerzas. Pero, por otra parte, ¿se le podrá reprochar esto? ¿Será ésa la tarea del escritor y no más bien la del científico?

## El Bien y el Mal

La tradición había sido clara, al menos desde Platón, en oponer la idea del Bien a la del Mal. Todos los grandes pensadores se ocuparon del asunto, aunque al hombre jamás satisficieran los múltiples intentos por resolver el problema. Esto es grave, pues se trata de un asunto que no es solo teórico, ya que todos, en momentos muy críticos de nuestra vida, nos enfrentamos a él en numerosas formas, como cuando, agobiados, nos preguntamos por qué existe el mal, por qué sentimos la necesidad, la obligación, de hacer algo que llamamos “bien”, mientras hay en nosotros fuerzas poderosas que nos incitan en el sentido opuesto, nos incitan al mal.

Ahora bien, aquella pesadilla que engendró a Jekyll y Hyde, ¿habrá hecho alguna contribución al problema? Creo que sí, aunque, a decir verdad, creo también que lo hizo desde una perspectiva que resulta insuficiente, por tratarse en esta de un moralismo individualista, en el que al hombre se lo ve ante todo como a un individuo aislado, presa del deseo, y no primordialmente como al miembro de una comunidad, de un grupo social que busca autoconservarse y cuya pervivencia es el valor biológico fundamental, al que genéticamente se somete aun el individuo mismo; de un moralismo individualista que jamás logrará dar cuenta de lo que es la experiencia del amor que se sacrifica por sus congéneres, aun a costa de la propia vida.

Para exponer la contribución de Stevenson, voy a hacer una afirmación que parece contradecir cuanto hemos establecido hasta ahora y cuanto el mismo Stevenson había dicho en boca de Jekyll:

voy a afirmar que, después de Jekyll-Hyde<sup>5</sup>, la distinción entre el bien y el mal, como fuerzas y como ideas opuestas, se ha diluido. Lo que hay en el hombre es un gran apetito de autoafirmación –sin restricción–, pero un apetito que necesita control, dominio, freno, para posibilitar la continuidad misma de la existencia. El mismo Hyde, en momentos en que ha dejado atrás a Jekyll, acepta tomar medidas de prudencia, para evitar ser destruido. Por esto, una y otra vez se decide a beber la pócima que lo reconvertirá en Jekyll, realizando un acto que pareciera ir en contra de sus intereses más íntimos. Incluso Hyde, entonces, el más malo posible de los hombres, acepta someterse a las normas sociales, como condición mínima de subsistencia. Y si el impulso básico es el de la autoafirmación, una autoafirmación que, para poderse mantener, exige la existencia de una fuerza contraria que la refrene, el bien y el mal no serán en adelante realidades contrapuestas con la claridad que siempre se había pensado. El bien y el mal serán de pronto una misma realidad, aunque vista desde puntos de vista contrarios: la autoafirmación es buena en la medida en que es objeto del apetito (tanto de Jekyll como de Hyde) y es mala en la medida en que, de no ser dominada, acaba por destruir al hombre.

- 
- 5 Al hacer la presente exposición y hablar de la manera como Stevenson concibe la consciencia humana, o al discutir la contribución que hace a la discusión en torno al problema del bien y del mal, no se ha de interpretar lo dicho como si se pretendiera hacer de éste un mérito individual de Stevenson, con abstracción de su época. No es este el caso, pues las afirmaciones del escocés son fruto de toda una corriente de pensamiento de su época. Algunos ejemplos bastarán para aclarar lo dicho: son estos los días en que Nietzsche estaba socavando la creencia ingenua en la consciencia humana, Freud comenzaba a explicar la conducta con base en el *id*, el *yo* y el *superyó* y London, con *La llamada de la selva*, encontraba la eterna vigencia de las fuerzas primordiales, presentes, aunque ocultas, en la civilización.

Esta reducción de bien y mal a aspectos diferentes de un mismo deseo no contradice la afirmación de Stevenson citada arriba, según la cual habría un haz de fuerzas constitutivas del psiquismo humano, pues la fuerza que afirma y la que refrena son, en efecto, diversas, aunque obedezcan a un mismo y único deseo básico, el de autoafirmación y conservación en la existencia.

### La intervención en la naturaleza

La dedicatoria que, con la cita de un poema, le antepone Stevenson al relato, no puede ser pasada por alto en el intento por comprender el asunto que nos ocupa:

*A Katharine de Mattos*

*Es malo soltar los lazos  
que Dios ha querido atar.  
Hijos somos de los vientos  
nórdicos, y del brezal.*

*Mas, ay, por nosotros dos,  
lejos de nuestra morada,  
se han de mecer con la brisa,  
niña hermosa, las retamas.*

¿En qué consistirá el terrible crimen de Jekyll, tan terrible que desquició por completo el orden de la naturaleza y le hizo imposible la vida misma, si no es precisamente en lo que el poema nos señala, a saber, *que es malo soltar los lazos / que Dios ha querido atar*? Porque no otra cosa hizo Jekyll: se atrevió a destruir aquellas fuerzas de la

naturaleza que establecían un equilibrio e impedían que el hombre, en su afán de autoexpresión, atentara contra esa misma naturaleza.

Si bien se mira, hay aquí una visión más que interesante de las relaciones entre naturaleza y civilización, o naturaleza y cultura: la naturaleza solo puede conservarse en el hombre en la medida en que la cultura y la civilización cumplan con una serie de normas; la civilización y la cultura, al constreñir al hombre con sus normas de conducta, se convierten así, paradójicamente, en una condición de posibilidad de la conservación de la naturaleza. No hay, pues, una contradicción fundamental, una enemistad de base entre ambas realidades. Se condicionan mutuamente, se necesitan entre sí, porque, a fin de cuentas, no nacimos fuera de la naturaleza concreta que nos rodea, sino que “hijos somos de los vientos / nórdicos, y del brezal”.

Con este reconocimiento, integrados nosotros con la naturaleza –nosotros, hijos suyos a quienes la cultura cuida como afanosa nodriza– y sacudidos por el sacrílego intento de Jekyll, podemos descansar tal vez, iluminados por aquella luz que, en la noche, recorre de manera intermitente, en círculos repetidos, el mar oscuro en torno de Skerryvore.

## A PROPÓSITO DE STEVENSON Y SU OBRA

Noches pasadas, me detuvo un desconocido en la calle Maipú.

—Borges, quiero agradecerle una cosa— me dijo. Le pregunté qué era y me contestó: —Usted me ha hecho conocer a Stevenson.

Me sentí justificado y feliz.

Jorge Luis Borges

...pero, ocurriese lo que ocurriese con la mayoría de los muchachos, hubo ciertamente un muchacho que disfrutó con *La Isla del Tesoro*; y su nombre es Robert Louis Stevenson.

Chesterton

Todas las bellas fantasmagorías que tenía aún en potencia dormitan en un estrecho cementerio polinesio, no muy lejos de una franja relumbrante de espuma: última imaginación, quizás también irreal, de una vida dulce y trágica. “I do not see much chance in our meeting in the flesh”, me escribió. Era tristemente cierto. Para mí permanece rodeado de una aureola de sueño. Y estas pocas páginas no son más que el intento de explicación que me he dado de los sueños que me inspiraron las imágenes de *Treasure Island* en una radiante noche de verano.

Marcel Schwob

Stevenson no ha mirado nunca la realidad más que con los ojos de su imaginación.

Marcel Schwob

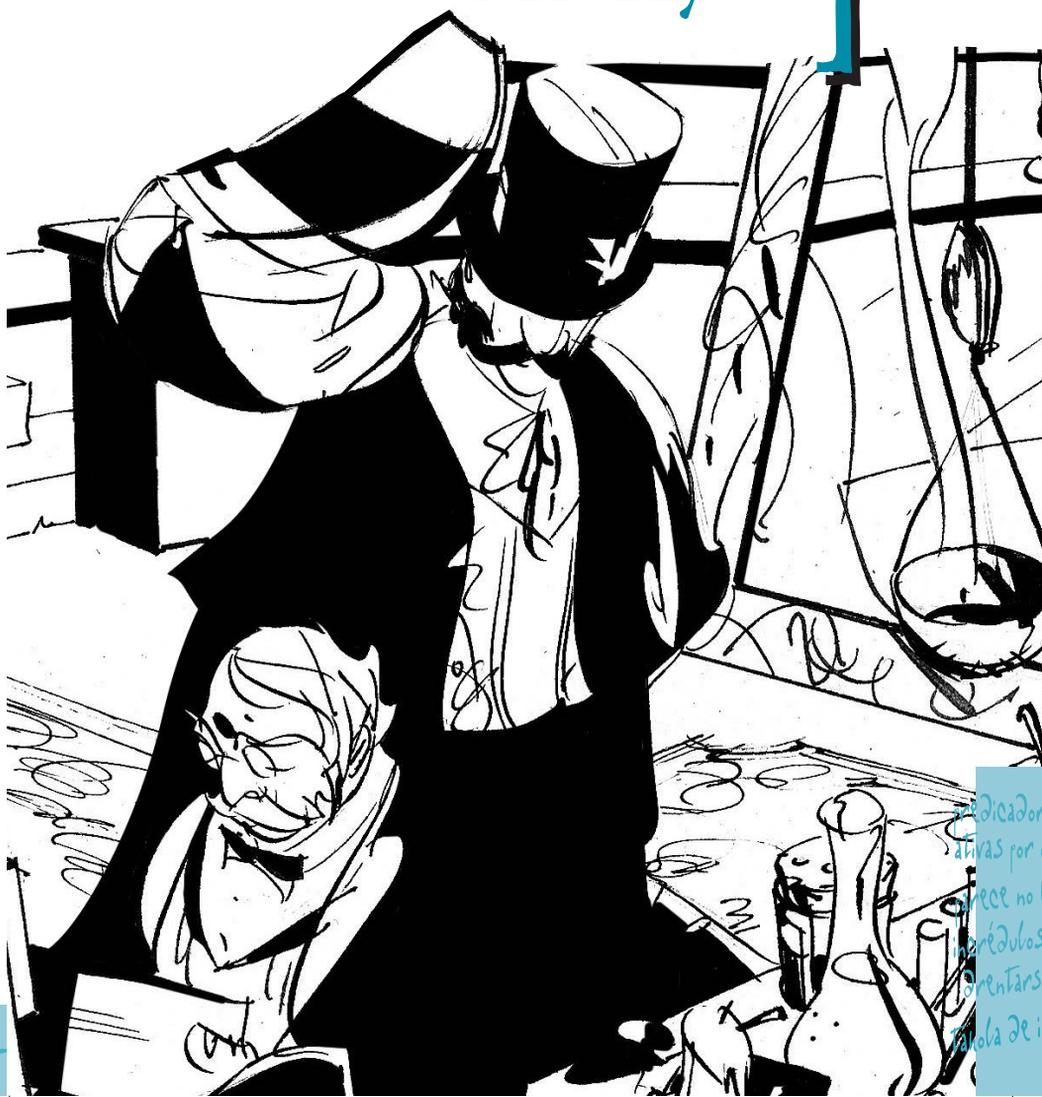
Dos de los incidentes más terroríficos en literatura son el descubrimiento de Robinson Crusoe de una huella de un pie desconocido en la arena de su isla, y el estupor del Dr. Jekyll, reconociendo, al despertar, que su propia mano, extendida sobre la sábana de su cama, se ha convertido en la velluda mano de Mr. Hyde.

Marcel Schwob

...he tratado de mostrar hasta aquí cómo la fuerza de Stevenson era el resultado del contraste entre lo ordinario de los medios y lo extraordinario de la cosa significada; cómo el realismo de los medios de Stevenson tiene una vivacidad especial; cómo esta vivacidad nace de la irrealidad del realismo de Stevenson.

Marcel Schwob

# El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde



indicador  
ativas por  
sece no  
parédulos  
presentars  
Tabla de i

*A Katharine de Mattos*

*Es malo soltar los lazos  
que Dios ha querido atar.  
Hijos somos de los vientos  
nórdicos, y del brezal.  
Mas, ay, por nosotros dos,  
lejos de nuestra morada,  
se han de mecer con la brisa,  
niña hermosa, las retamas.*

tocar ro-  
ntinos, los  
ron a ame  
sin tanta bar-  
no de cosa  
in toda la  
acompañando

## La historia de la puerta

**M**r. Utterson, abogado de profesión, era hombre de semblante severo, jamás iluminado por una sonrisa; de hablar parco, frío y difícil; tímido en lo referente al sentimiento, alto, delgado, sombrío y melancólico y, con todo, fácil de amar. Durante las reuniones entre amigos, sobre todo si el vino resultaba de su agrado, un destello muy humano asomaba a sus ojos; aunque éste jamás hallaba expresión en el habla, sí se comunicaba, no solo en los símbolos silentes del rostro de quien acaba de cenar, sino, con mayor frecuencia e intensidad, en los actos de su vida. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando se encontraba solo, para domeñar un gusto por los vinos añejos, y, aunque disfrutaba del teatro, no había franqueado las puertas de una sala durante veinte años. Pero tenía una tolerancia ya probada por los demás; a veces admiraba casi con envidia la intensa fuerza espiritual presente en las fechorías de aquéllos y, en casos extremos, se inclinaba más a ayudar que a reprobar. “Me inclino a favor de la herejía de Caín<sup>1</sup>”, solía decir con agudeza. “Dejo que mi hermano se

---

1 **Herejía de Caín:** Utterson hace referencia a la secta de los cainitas, del siglo II. Los cainitas son una rama de las sectas gnósticas y adoradores de Caín, uno de los primeros hombres creados por Dios y condenado por el asesinato de su hermano. Esta corriente filosófico-religiosa manifestaba que alma del hombre es prisionera de su cuerpo y que la salvación es posible solo después de cometer acciones buenas y malas, a partir de las cuales el hombre aprende a conocer y a elegir el camino correcto.

vaya al diablo a su manera”. Por poseer un carácter tal, a menudo le cabía en suerte ser el último amigo honorable y la última influencia sana en las vidas de hombres que rodaban cuesta abajo. Y ante ellos, cuando se hacían presentes en su casa, jamás dejó asomar cambio alguno en su actitud.

Tal comportamiento sin duda le quedaba fácil a Mr. Utterson, hombre poco expresivo en el mejor de los casos y de amistades que también parecían fundadas en una similar comunión de bondad universal. Rasgo típico del hombre modesto es aceptar el círculo de amistades que le brinda la ocasión; y este era el proceder del abogado. Sus amigos eran los de su misma sangre, o aquellos a quienes había conocido por más tiempo. Sus afectos, como la hiedra, habían crecido con el tiempo, sin exigir un objeto apropiado. De aquí, sin duda, el vínculo que lo unía con Mr. Richard Enfield, su pariente lejano, el muy conocido hombre de mundo. Para muchos resultaba un enigma qué podía ver el uno en el otro o qué tema común podían hallar. Según los que se topaban con ellos en sus paseos dominicales, no hablaban nada, tenían un aspecto bien aburrido y recibían con evidente alivio la presencia de algún amigo. A pesar de todo, ambos hombres le daban la mayor importancia a estas excursiones, que consideraban la joya principal de cada semana, y no solo dejaban de lado ocasiones de divertirse, sino que incluso resistían los llamados de los negocios, a fin de poder disfrutar de ellas en forma ininterrumpida.

Un buen día, durante uno de estos recorridos, el camino los llevó a cierta callejuela de un agitado barrio de Londres. La calle era estrecha y lo que suele llamarse tranquila, pero durante la semana abrigaba un comercio floreciente. Al parecer, todos sus habitantes

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

eran prósperos y esperaban, emulando<sup>2</sup> entre sí, prosperar aún más, por lo que exponían el excedente de sus ganancias con alguna coquetería. Así pues, las fachadas de las tiendas a lo largo de aquella vía ofrecían un aire seductor, como si se tratara de hileras de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, cuando velaba sus más floridos encantos y se encontraba, por comparación, libre de tránsito, la calle brillaba en contraste con su oscuro vecindario, como un incendio en el bosque. Y con las sobrevidrieras recién pintadas, los azófares bien bruñidos y el aspecto general de limpieza y alegría, llamaba la atención enseguida, dándole placer visual al transeúnte<sup>3</sup>.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda en dirección al este, la línea se rompía con la entrada a un patio. En aquel preciso lugar, una siniestra edificación lanzaba su frontón sobre la calle. Tenía dos pisos; no se le veía ventana alguna, solo una puerta en el piso inferior y un frente ciego, de revoque descolorido, en el superior; en cada uno de sus rasgos llevaba las señales de una negligencia prolongada y sórdida. La puerta, que carecía de campana y aldabón<sup>4</sup>, se encontraba desteñida, con la pintura agrietada. Los vagabundos haraganeaban en la entrada y encendían fósforos, rastrillándolos sobre los paneles, y siempre había niños en las escalas; el muchacho de escuela había ensayado su navaja sobre las molduras y durante casi una generación no había aparecido nadie que ahuyentara a estos visitantes fortuitos ni hiciera reparaciones en el producto de su vandalismo.

---

2 **Emular:** imitar acciones de otros.

3 **Transeúnte:** que está de paso por un lugar, caminante.

4 **Aldabón:** de aldaba, pieza metálica que se pone en las puertas para llamar golpeando con ella.

Mr. Enfield y el abogado se encontraban del lado opuesto de la callejuela, pero al llegar frente a la entrada, el primero levantó el bastón y señaló.

—¿Has observado alguna vez aquella puerta? —preguntó. Cuando su compañero hubo dado una respuesta afirmativa, añadió—: En mi mente se asocia con una historia muy curiosa.

—¡No me digas! —exclamó Mr. Utterson, con ligero cambio en la voz—. ¿Y de qué se trataba?

—Pues fue como sigue —replicó Mr. Enfield—: me dirigía a casa, procedente de algún lugar del fin del mundo, alrededor de las tres de una negra mañana de invierno, por cierto camino que recorría una parte de la ciudad donde literalmente lo único que se podía ver eran faroles. Calles y más calles, y todo el mundo dormido; calles y más calles, todas iluminadas como para una procesión y tan desiertas como una iglesia. Por fin entré en aquel estado de ánimo en que uno escucha y escucha y comienza a sentirse ávido de toparse con algún policia. De repente, vi dos figuras: una de ellas, un hombrecito de andar pesado aunque rápido, que iba en dirección al este, y la otra, una niña de tal vez ocho o diez años que corría a todo dar, bajando por una calle transversal. Pues bien, como era apenas lógico, tropezaron el uno con el otro al llegar a la esquina. Entonces ocurrió la parte espantosa del asunto: con toda calma, el hombre pisoteó el cuerpo de la niña y la dejó llorando a gritos en el suelo. Al oírlo contar da la impresión de ser asunto de poca monta, pero fue infernal verlo. No parecía un ser humano sino algún maldito Visnú<sup>5</sup>.

---

5 **Visnú:** dios del hinduismo, protector del orden del cosmos. Enfield emplea el término despectivamente y bien puede referirse a la fisonomía del personaje, similar a la de los hindúes.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

Di un vistazo, grité a voz en cuello, emprendí carrera, apercollé<sup>6</sup> al señor y lo traje de nuevo hasta donde se había formado ya un corro bastante grande alrededor de la llorosa chiquilla. La serenidad del hombre era completa y no oponía resistencia alguna, pero me dirigió una sola mirada, tan fea que me puso a sudar como si estuviera corriendo. Los allí reunidos eran los parientes de la niña, y a poco se hizo presente un médico, cuya búsqueda había sido enviada. Pues bien, la pequeña no se encontraba en mal estado: más que todo estaba asustada, según el matasanos. Y allí supondría uno que habría terminado el incidente. Pero se presentó una circunstancia curiosa. Yo había comenzado a sentir aversión por mi hombre a primera vista. Lo mismo había ocurrido con la familia de la niña, cosa por demás natural. Pero el caso del médico fue lo que me causó mayor impresión. Se trataba de un boticario estereotipado<sup>7</sup>, común y corriente, sin edad ni color especiales, con marcado acento de Edimburgo y más o menos tan emotivo como una gaita. Pues bien, su estado era el mismo que el del resto de nosotros: yo veía al matasanos, cada vez que miraba a mi prisionero, enfermar y palidecer de ganas de matarlo. Bien sabía yo lo que pasaba por su mente, tal como él sabía lo que pasaba por la mía. Y como no era procedente un asesinato, acudimos a la segunda posibilidad. Le dijimos al hombre que estábamos dispuestos a armar un escándalo tal con relación a este asunto, que el hedor de su nombre se extendería de un extremo de Londres al otro. Si tenía amigos, o algún crédito, procuraríamos hacer que los perdiera. Y todo el tiempo, mientras lo regañábamos fu-

---

6 **Apercollar**: término familiar que significa “tomar por el cuello”.

7 **Estereotipado**: se dice del gesto o expresión que se repite sin variación.

ribundos, teníamos que quitarle las mujeres de encima lo mejor que podíamos, pues se habían vuelto tan feroces como arpías<sup>8</sup>. Jamás había visto un corrillo de rostros tan cargados de odio; y allí, en el centro, se hallaba el hombre, con una especie de frialdad sombría y desdeñosa —asustado también, lo podía ver— pero haciendo frente a la situación como un auténtico Satán.

—Si ustedes quieren sacar provecho económico de este accidente —dijo él—, yo, por supuesto, nada puedo hacer. No hay caballero que no desee evitar un escándalo —agregó—. Señálenme el monto.

Pues bien, le apretamos las clavijas hasta llegar a cien libras, para la familia de la niña. Es evidente que le habría gustado evadir el trato, pero había algo en todos nosotros que mostraba hasta dónde éramos capaces de llegar, y acabó por dar su aceptación. Ahora, debíamos conseguir el dinero. Y ¿adónde crees que nos llevó sino a aquel lugar, el de la puerta? En un santiamén sacó una llave, entró, y regresó a poco con diez libras en oro y un cheque de Coutts<sup>9</sup> por el resto, pagadero al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, si bien es uno de los puntos centrales de mi historia, un nombre que era al menos bien conocido y a menudo aparecía impreso. La cifra era elevada, pero la firma avalaría una cantidad mayor, con tal de ser genuina. Me tomé la libertad de indicarle al caballero que todo aquello parecía apócrifo y que en la vida real no entra una persona por la puerta de un sótano a las cuatro de la ma-

---

8 **Arpías:** seres maravillosos que tenían el rostro de mujer y el cuerpo de un ave de rapiña. En la mitología griega aparecían con hermosos rostros. Con el tiempo se convirtieron en demonios que representaban la ira y la furia.

9 **Coutts:** prestigioso banco de la época.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

ñana para salir por ella con un cheque de otro hombre por cerca de cien libras. Pero él conservó la serenidad, y con un ademán burlón, dijo: —Tranquílcese, que me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos, y yo mismo cobraré el cheque—. De modo que todos, el doctor, el padre de la niña, nuestro amigo y yo, nos marchamos de allí y pasamos el resto de la noche en mis habitaciones. Al día siguiente, después del desayuno, como un solo hombre nos dirigimos al banco. Yo mismo entregué el cheque y dije que tenía buenas razones para creer que era falso. Pero no. El cheque resultó genuino.

—¡Ay, ay! —dijo Mr. Utterson.

—Veo que compartes mis sentimientos —dijo Mr. Enfield—. Sí, es una historia horrible, porque mi hombre es un sujeto con quien nadie quisiera tener nada que ver —un hombre de veras maldito—, y la persona que giró el cheque es el *non plus ultra*<sup>10</sup> de la corrección. Muy conocido, además, y (lo que es peor) uno de aquellos seres que hacen lo que llaman el bien. Chantaje, me imagino; un hombre honrado que paga con un ojo de la cara las travesuras de su juventud. Desde entonces he dado en llamar a ese sitio, el de la puerta, la Casa del Chantaje. Aunque incluso eso, sabes, está lejos de explicarlo todo —añadió, sumiéndose con estas palabras en la vena meditativa.

De ésta lo sacó Mr. Utterson, preguntando de modo más bien repentino:

—¿Y no sabes si quien giró el cheque vive allí?

—Un lugar probable, ¿no es así? —replicó Mr. Enfield—. Pero resulta que advertí su dirección. Vive en alguna plaza.

---

10 **Non plus ultra**: frase latina que significa “no más allá” y se utiliza para designar algo excelente, supremo.

—¿Y nunca preguntaste sobre... el sitio ese de la puerta? —dijo Mr. Utterson.

—No, señor, tuve consideración —fue la respuesta—. Me disgusta hacer preguntas. Eso participa demasiado del estilo del día del juicio. Se hace una pregunta y es como echar a rodar una piedra. Está uno tranquilo sentado en lo alto de una colina y allá va la piedra, empujando otras; y a poco, alguna mansa paloma (en la que menos habrías pensado) recibe un golpe en la cabeza en su propio solar, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor, lo he convertido en norma: mientras más parece que haya algo raro, tanto menos pregunto.

—Excelente regla, por cierto —dijo el abogado.

—Pero he estudiado el lugar por mi cuenta —prosiguió Mr. Enfield—. Apenas parece una casa. No hay ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por aquélla, salvo, muy de vez en cuando, el caballero de mi aventura. En el primer piso hay tres ventanas que dan sobre el patio, y abajo, ninguna. Estas se mantienen cerradas, pero limpias. Y hay además una chimenea, que suele estar humeando, de modo que alguien debe vivir allí. Y con todo, no es tan seguro que así sea, pues las construcciones en torno de aquel patio son tan apeñuscadas<sup>11</sup> que es difícil decir dónde termina la una y comienza la otra.

La pareja siguió caminando un rato en silencio; y entonces:

—Enfield —dijo Mr. Utterson—, esa regla tuya es excelente.

—Sí, creo que lo es —replicó Mr. Enfield.

—Pero a pesar de todo —prosiguió el abogado—, hay un punto sobre el que deseo preguntar: —quiero pedirte el nombre del tipo que atropelló a la niña.

---

<sup>11</sup> **Apeñuscado:** apretado, amontonado.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

—Bueno —dijo Mr. Enfield—, no veo qué daño pueda hacer. Fue alguien de apellido Hyde.

—Ajá —dijo Mr. Utterson—. ¿Qué clase de hombre es, a juzgar por su aspecto?

—No es fácil describirlo. Algo anda mal con su apariencia: hay algo repugnante, francamente detestable. Jamás había visto a un hombre que me disgustara tanto, y sin embargo apenas sé por qué. Debe tener alguna deformidad; produce una gran sensación de deformidad, aunque no podría especificar el punto. Es un individuo de un aspecto que no es normal y, con todo, no puedo en realidad señalar nada fuera de lo común. No, señor, no le encuentro lado; no soy capaz de describirlo. Y no es falta de memoria, pues créeme que puedo verlo en este instante.

Otra vez, Mr. Utterson siguió caminando en silencio un trecho, obviamente bajo el peso de la reflexión.

—¿Estás seguro de que utilizó una llave? —preguntó por fin.

—Mi querido amigo... —comenzó Mr. Enfield, sorprendido.

—Sí —dijo Mr. Utterson—. Sé que debe parecer extraño. El hecho es que, si no te pido el nombre de la otra persona, es porque ya lo sé. Como ves, Richard, tu cuento dio en el blanco. En caso de que hayas cometido alguna inexactitud, sería mejor que la corrigieras.

—Tal vez debiste haberme prevenido —replicó el otro, un tanto malhumorado—. Pero yo he tenido una exactitud pedante, como dices tú. El tipo tenía una llave y, lo que es más, la tiene aún. Lo vi usarla hace menos de una semana.

Mr. Utterson suspiró hondo, pero no dijo palabra y, a poco, el joven prosiguió:

—He aquí otra lección para no hablar —dijo—. Me avergüenzo de ser lengüilargo. Hagamos un pacto: jamás volvamos a referirnos a esto.

—De todo corazón —dijo el abogado—. Choquémoslas por eso, Richard.



Tocar reg-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

## La búsqueda de mister Hyde

Aquella noche Mr. Utterson llegó a su casa de soltero con ánimo taciturno y se sentó a cenar sin apetito. Los domingos, una vez terminada esta comida, solía sentarse cerca a la chimenea, con un ejemplar de algún árido teólogo sobre la mesa de lectura, hasta que el reloj de la iglesia vecina daba las doce, hora en que se acostaba, sereno y agradecido. Esta noche, empero, tan pronto levantaron la mesa, tomó una vela y entró a su cuarto de trabajo. Allí abrió la caja fuerte, del rincón más oculto sacó un documento cuyo sobre llevaba el título de “Testamento del Dr. Jekyll”, y se sentó con semblante sombrío a estudiar su contenido. Era un testamento ológrafo<sup>12</sup>, dado que, si bien ahora, cuando ya estaba escrito, Mr. Utterson se había hecho cargo de él, se había negado a prestar la más mínima asistencia en su elaboración; en él se disponía que, en caso del fallecimiento de Henry Jekyll, MD, DCL, LLD, FRS, & etc.<sup>13</sup>, todas sus posesiones habrían de pasar a manos de su “amigo y benefactor Edward Hyde”, pero que en caso de la “desaparición del Dr. Jekyll o de su

---

12 **Ológrafo:** escrito de puño y letra.

13 **MD, DCL, LI D, FRS:** Doctor en Medicina, Doctor en Derecho Civil, Doctor en Leyes, Miembro de la Sociedad Real. (Las iniciales corresponden a las palabras en inglés: *Doctor of Medicine, Doctor of Civil Law, Doctor of Laws y Fellow of the Royal Society.*)

ausencia inexplicada por un período superior a los tres meses calendario”, el susodicho Edward Hyde debería ocupar la posición del mencionado Henry Jekyll sin ninguna tardanza ulterior, y quedaría libre de cualquier carga u obligación que no fuera el pago de algunas pequeñas sumas a los miembros de la servidumbre del médico. Este documento había sido por mucho tiempo el dolor de cabeza de Mr. Utterson. Lo ofendía no solo como abogado sino como amante de la vida cuerda y normal, para quien lo extravagante era una indecencia. Hasta aquel día había sido el hecho de no conocer a Mr. Hyde lo que inflamaba su indignación; pero ahora, por un giro imprevisto, el conocerlo era la causa de su indignación. Ya era malo de por sí cuando solo se trataba de un nombre del que nada podía saber, pero se agravaba al comenzar éste a vestirse de atributos detestables. Y de las nieblas huidizas, insustanciales, que tanto tiempo habían confundido su mirada, surgió de pronto el presentimiento repentino, definido, de que se trataba de un enemigo.

—Pensaba que era un caso de locura —dijo, mientras volvía a colocar el odioso papel en la caja fuerte—, pero ahora comienzo a temer que se trate de una desgracia.

Y diciendo esto apagó la vela, se puso una capa y salió en dirección de *Cavendish Square*, la ciudadela médica donde su amigo, el famoso Dr. Lanyon, tenía su casa y atendía a sus múltiples pacientes. “Si alguien lo sabe, será Lanyon”, pensaba.

El solemne mayordomo lo conocía y le dio la bienvenida; lo hizo entrar sin someterlo a ninguna demora y lo condujo directamente de la puerta al comedor, donde el doctor Lanyon se hallaba sentado, solo ante su vino. Era éste un caballero bonachón, saludable, atildado y rubicundo, de canas prematuras en su abundante

cabellera y carácter bullicioso y decidido. Al ver a Mr. Utterson, se apresuró a levantarse de su silla y saludarlo con ambas manos. La afabilidad, como la practicaba, resultaba algo teatral a la vista, pero tenía su origen en sentimientos genuinos, pues los dos hombres eran viejos amigos, antiguos compañeros de escuela y de la universidad, dueños ambos de un gran respeto por sí y por el otro, y, lo que no siempre sucede, personas que disfrutaban a plenitud de la mutua compañía.

Después de divagar un poco, el abogado llevó la conversación al tema que le producía tan desagradable preocupación.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que tú y yo somos los dos amigos más viejos de Henry Jekyll.

—Ya quisiera que fuéramos más jóvenes —bromeó el doctor Lanyon—. Pero me temo que es cierto. ¿Y qué? En la actualidad lo veo muy poco.

—¡Cómo así! —dijo Utterson—. Creía que tenían un vínculo de interés común.

—Lo tuvimos —fue su respuesta—. Pero desde hace más de diez años Henry Jekyll se volvió demasiado extravagante para mi gusto. Comenzó a andar mal, mal de la mente. Y aunque sigo, por supuesto, interesándome en él, en aras de la antigua amistad, como dicen, lo veo y lo he visto demasiado poco. Cháchara tan poco científica —añadió el médico, sonrojándose de repente y asumiendo un color púrpura— habría apartado aun a Damon y Pitias<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> **Damón y Pitias:** ciudadanos griegos seguidores del filósofo Pitágoras (siglo IV a. de C.), famosos por la amistad que los unía.

Este pequeño arrebató de mal humor significó más bien un alivio para Mr. Utterson. “Solo han disentido en cuestiones de ciencia”, pensó. Y no siendo hombre de pasiones científicas (a no ser que se tratara de la preparación de alguna escritura), se atrevió a añadir: —¡No es nada más grave que eso! —dándole a su amigo algunos segundos que le permitieran recuperar su compostura, antes de abordar el asunto que había venido a exponer.

—¿Conociste alguna vez a un protegido suyo, a un tal Hyde? —preguntó.

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No. Jamás oí hablar de él. No en la época mía.

Esta, y nada más, fue la información que el abogado llevó consigo a la grande y oscura cama, donde estuvo revolcándose de un lado a otro hasta que las últimas horas de la noche comenzaron a dar paso a las primeras del amanecer. Fue una noche de escaso descanso para su mente febril, agitada en medio de la oscuridad más total y asaltada por mil interrogantes.

Dieron las seis en las campanas de la iglesia, tan cerca de su residencia para conveniencia suya, y seguía dándole vueltas al problema. Éste, hasta entonces, solo lo había tocado en lo intelectual, mas ahora también su imaginación se veía atraída, o mejor dicho, esclavizada. Y mientras yacía, revolcándose en la densa oscuridad de la noche y del cuarto encortinado, el relato de Mr. Enfield se desarrollaba ante su mente en forma de imágenes iluminadas. Percibió la gran extensión de luces en una ciudad nocturna; luego, la figura de un hombre que caminaba de prisa; enseguida, una niña que salía corriendo de casa del médico; a continuación, ambos se topaban, y el Visnú humano atropellaba a la niña y pasaba por encima de ella,

haciendo caso omiso de sus gritos. O veía una habitación de una casa suntuosa, donde su amigo dormía y soñaba, sonriendo en medio de los sueños; se abría luego la puerta de aquel cuarto, descubrían con fuerza las cortinas de la cama, llamaban al durmiente, y, ¡oh!, se erguía junto a él una figura dotada de poderes, que incluso a aquellas horas muertas lo obligaba a levantarse, para cumplir sus órdenes. La figura de estas dos fases persiguió al abogado durante toda la noche, y si en algún momento dormitaba, era solo para verla deslizarse con mayor sigilo a través de casas sumidas en el sueño, o moverse con una rapidez creciente, de vértigo, por los amplios laberintos de una ciudad iluminada por faroles y atropellar en cada esquina a una niña, a quien dejaba gritando. Y no obstante, la figura carecía de un rostro por el que pudiera conocerla; hasta en sus sueños carecía de rostro, o era uno tal que lo dejaba perplejo y se diluía ante sus ojos. Fue así como en la mente del abogado despertó y creció rauda<sup>15</sup> una curiosidad, de fuerza singular, casi desordenada, por contemplar los rasgos del verdadero Mr. Hyde. Pensó que bastaría con posar sus ojos en él una sola vez para que el misterio, esclareciéndose, desapareciera quizá, como suele suceder con lo misterioso, una vez bien examinado. Podría tal vez ver la razón de la extraña deferencia o esclavitud de su amigo (llámese como quiera), y aun la de las sorprendentes cláusulas del testamento. Cuando menos, sería un rostro que valdría la pena ver: el de un hombre sin hígados ni misericordia. Un rostro que con solo mostrarse había hecho surgir en la mente del poco impresionable Enfield un espíritu de odio que perduraba aún.

---

<sup>15</sup> **Raudo:** rápido, instantáneo.

De ese momento en adelante Mr. Utterson comenzó a rondar por la puerta en aquella callejuela llena de tiendas. Por la mañana, antes de las horas de oficina; a medio día, cuando el movimiento era abundante y el tiempo escaso; en la noche, bajo el rostro nublado de la luna. Con todas las luces y a todas las horas, de soledad o de congestión, era posible hallar al abogado, apostado en su lugar.

“Si es propio de él ocultarse<sup>16</sup>”, pensaba, “propio de mí será buscarlo”.

Y por fin su paciencia se vio recompensada. Fue en una noche bonita y seca, de aire helado. Las calles estaban tan despejadas como el piso de un salón de baile. Los faroles, inmóviles por falta de viento, proyectaban una trama regular, de luces y sombras. Hacia las diez de la noche, con las tiendas ya cerradas, el callejón se encontraba en total soledad, y en medio del murmullo sordo circundante de Londres reinaba el silencio. Los ruidos pequeños se propagaban a lo lejos; los domésticos, procedentes de las casas, se oían con claridad a lado y lado de la calle, y el rumor de un transeúnte que se acercaba precedía su llegada por largo rato. Mr. Utterson llevaba algunos minutos apostado en su lugar cuando advirtió que se aproximaban unos pasos extraños y ligeros. En el curso de sus patrullajes nocturnos hacía mucho tiempo se había acostumbrado al efecto peculiar con que los pasos de una sola persona, lejana aún, se destacan de pronto con claridad por entre el vasto susurro y el estrépito de la

---

16 “*Si es propio de él ocultarse*”, pensaba, “*propio de mí será buscarlo*”: Utterson realiza un juego de palabras, ya que en inglés el nombre Hyde suena similar al verbo “*To hide*”: esconder. En el original, el abogado se autodenomina el señor Seek, que significa “buscar”: “*If he be Mr. Hyde,*” *he had thought, “I shall be Mr. Seek*”. (“Si él es el señor escondido –pensaba– yo seré el señor buscador”).

tocar reg-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

ciudad. Empero, su atención nunca antes se había visto cautivada de manera tan aguda y decisiva como ahora, y con un fuerte y supersticioso presagio de éxito se escondió a la entrada del patio.

Los pasos se fueron acercando veloces, haciéndose de repente más intensos al doblar la esquina. Espiando desde la entrada, el abogado logró percatarse pronto de la clase de persona con quien tendría que vérselas. Se trataba de un hombre de baja estatura, que vestía de manera muy común. De algún modo, su aspecto, aun desde aquella distancia, producía una fuerte aversión en quien lo observaba. Pero el hombre caminó derecho hacia la puerta, cruzando la calle para ahorrar tiempo, y al aproximarse sacó una llave del bolsillo, como quien llega a casa.

Utterson dio un paso adelante y le tocó el hombro al pasar.

—¿No es usted Mr. Hyde?

Este retrocedió asustado y aspirando el aire con un silbido, pero su temor fue solo momentáneo, y aunque no miró al abogado a la cara, respondió con toda frescura:

—Ese es mi apellido. ¿Qué desea usted?

—Veo que se dispone a entrar —replicó el abogado—. Soy un viejo amigo del doctor Jekyll: Mr. Utterson, de la calle Gaunt. Seguramente habrá oído mi nombre. Ante encuentro tan oportuno, pensé que tal vez me dejaría entrar.

—No podrá ver al doctor Jekyll. Está ausente —replicó Mr. Hyde, introduciendo la llave. Y luego, aún sin mirarlo, preguntó de improviso: —¿Cómo supo quién era yo?

—Al menos —dijo Mr. Utterson—, ¿me quiere hacer un favor?

—Con gusto —replicó el otro—. ¿Cuál será?

—¿Me deja verle la cara? —preguntó el abogado.

Mr. Hyde pareció vacilar. Luego, como quien lo ha pensado mejor, lo afrontó desafiante, y ambos se observaron con mirada fija por unos segundos.

—Ya lo podré reconocer en otra oportunidad —dijo Mr. Utterson—. Puede ser útil.

—Sí —replicó Mr. Hyde—, está bien habernos conocido. Y, a propósito, es bueno que tenga mi dirección —y le dio un número de una calle en el Soho.

“¡Santo Dios!”, pensó Mr. Utterson, “¿será que también él ha estado pensando en el testamento?”, pero guardó los sentimientos para sí, limitándose a un gruñido, en reconocimiento por la dirección.

—Y bien —dijo el otro—, ¿cómo supo quién era yo?

—Por una descripción —fue la réplica.

—¿La descripción de quién?

—Tenemos amigos en común —dijo Mr. Utterson.

—¡Amigos en común! —le hizo eco Mr. Hyde, con algo de aspereza—. ¿Quiénes son?

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—El no le contó nada —exclamó Mr. Hyde, enrojando de ira—. No pensé que usted me mentiría.

—Vamos —dijo Mr. Utterson—, no le queda bien hablar así.

El otro lanzó una fuerte y desdeñosa risotada, y un momento después, con extraordinaria celeridad, abrió la puerta y desapareció dentro de la casa.

El abogado permaneció un momento donde Mr. Hyde lo dejara, el retrato mismo del desasosiego. Luego subió por la calle con lentitud, deteniéndose cada dos o tres pasos y llevándose la mano a la frente, como quien se encuentra muy perplejo. El problema en que

se debatía mientras caminaba pertenece a aquella clase que rara vez halla solución. Mr. Hyde era un hombre pálido y con aspecto de enano, que daba la impresión de ser deforme, sin tener una malformación que pudiera definirse. Era desagradable su sonrisa, y el comportamiento para con el abogado parecía una especie de mezcla asesina de timidez y atrevimiento, con su hablar de voz ronca, un poco entrecortada y susurrante. Estos eran puntos en contra suya, pero ni todos juntos bastaban para explicar el desagrado, el desprecio y la repugnancia, jamás antes conocidos, que Mr. Utterson sintió por él. —Debe haber algo más —dijo el caballero, perplejo—. Hay algo más, así no pueda encontrarle nombre. Dios me bendiga, ¡ese hombre no parece ni humano! ¿Un tanto troglodita<sup>17</sup>, diríamos? ¿Será la vieja historia del Dr. Fell<sup>18</sup>, o los meros reflejos de un alma maldita que transpiran así a través de su continente de barro, transfigurándolo? Debe ser esto último, porque, ah, mi pobre y viejo Henry Jekyll, si alguna vez he leído la firma de Satanás en un rostro, ¡es en el de tu nuevo amigo!

A la vuelta de la esquina de la callejuela había una plaza, de hermosas casas antiguas, en decadencia ahora casi todas con relación a su pasado de alcurnia, arrendadas por apartamentos y piezas a hombres de todas las clases y condiciones: dibujantes de mapas, arquitectos, oscuros abogados y agentes de dudosas empresas. Sin embargo, una casa, la segunda a partir de la esquina, seguía ocupada como una totalidad. Y ante su puerta, que refle-

---

17 **Troglodita:** hombre que vive en las cavernas, acá se utiliza con el sentido peyorativo de bárbaro y cruel.

18 **Dr. Fell:** referencia al personaje de los versos de Tom Brown (1662-1704), caracterizado por su repugnancia inenarrable.

jaba opulencia y *confort* a pesar de hallarse ahora sumida en la oscuridad –de no ser por la luz del montante<sup>19</sup>– se detuvo Mr. Utterson y tocó. Un sirviente de edad avanzada, muy bien vestido, le abrió la puerta.

—¿Está el doctor Jekyll en casa, Poole? —preguntó el abogado.

—Voy a ver, Mr. Utterson —dijo Poole, conduciendo al visitante, mientras hablaba, hasta un salón grande y cómodo, de techo bajo, piso de baldosas, calentado (a la usanza de las casas de campo) por una chimenea abierta y brillante, y provisto de costosos armarios de roble—. ¿Quiere usted esperar aquí junto al fuego, señor, o prefiere que le alumbre el comedor?

—Aquí está bien, gracias —dijo el abogado, acercándose a la alta baranda para recostarse. Esta antesala, en la que ahora se encontraba solo, era un capricho especial de su amigo el médico, y el propio Utterson solía referirse a ella diciendo que era el salón más agradable de todo Londres. Pero esta noche la sangre se le helaba en las venas. El rostro de Hyde había quedado grabado en su memoria. Sentía (cosa rara en él) náuseas, unidas a un disgusto por la vida. Y, a causa del abatimiento de su espíritu, le parecía leer amenazas en la titilante luz del fuego que daba sobre los pulidos armarios y en el sobresalto intranquilizador de la sombra sobre el techo. Se avergonzó de sentir alivio cuando Poole regresó a poco para anunciarle que el doctor Jekyll había salido.

—Vi a Mr. Hyde entrar por el antiguo cuarto de disecciones, Poole —dijo. ¿Es eso correcto, cuando el doctor Jekyll se encuentra fuera de casa?

---

19 **Montante:** listón o columna que divide el vano de una ventana.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—Sí, está bien, Mr. Utterson —replicó el sirviente—. Mr. Hyde tiene llave.

—Su amo parece darle mucha confianza a ese joven, Poole —empezó a decir el otro, vacilante.

—Sí, señor, así es —dijo Poole—. Todos tenemos órdenes de obedecerle.

—No creo haber conocido antes a Mr. Hyde —dijo Utterson.

—No, señor, claro que no. Nunca lo invitan a cenar aquí —replicó el mayordomo—. La verdad es que lo vemos muy poco en este lado de la casa; casi siempre entra y sale por el laboratorio.

—Bien, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, Mr. Utterson.

Y el abogado se marchó a casa con un gran peso en el corazón. “Pobre Henry Jekyll”, pensó. “¡Algo me dice que está metido en líos! De joven solía ser un tanto alocado, aunque de ello hace mucho tiempo, es verdad. Pero en la ley de Dios no hay limitaciones estatutarias<sup>20</sup>. Ah, eso debe ser; el fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de alguna desgracia oculta; el castigo que llega, *pede clauda*<sup>21</sup>, años después que la memoria ha olvidado y el amor propio ha perdonado la falta”. Y el abogado, a quien aquel pensamiento había llenado de temor, se marchó, preocupado por su propia vida pasada, escudriñando todos los rincones de la memoria, no fuera que le diera por salir a la luz a algún esqueleto oculto en el armario. Su pasado era bastante libre de culpa, y si bien muy pocos hombres podrían leer las listas de su vida con menor temor, se humilló hasta morder

---

<sup>20</sup> **Estatutario**: legal, sistemático, constitucionales.

<sup>21</sup> **Pede clauda** frase latina que significa que los castigos llegan lentos pero seguros.

el polvo por las muchas cosas malas que había hecho, y se levantó de nuevo, sereno y con temeroso agradecimiento por las muchas cosas malas que había estado muy cerca de hacer, pero que había logrado evitar. Luego, volviendo al tema anterior, concibió un rayo de esperanza. “Si a este maestro Hyde se lo estudiara” pensó, “se le encontrarían sus propios secretos: secretos negros, según parece; secretos, comparados con los cuales, los peores del pobre Dr. Jekyll parecerían rayos de sol. Esto no puede continuar como va. Se me hieló la sangre cuando pienso en el tipo, colándose como un ladrón hasta la cabecera de la cama de Henry. ¡Pobre Henry, qué despertar! ¡Y qué peligro! Pues si este Hyde sospecha de la existencia del testamento, se puede impacientar por heredar. Ay, sí, debo meterle el diente al asunto; si tan solo me lo permitiera”, agregó. “Con que Jekyll me lo permitiera”. Y una vez más vio en su mente, tan claras como una transparencia, las extrañas cláusulas del testamento.

tocar rog-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

## El doctor Jekyll se encontraba muy tranquilo

U nos quince días más tarde, tuvo la buena suerte de que el doctor les ofreciera una de sus agradables cenas a unos cinco o seis viejos compinches, todos ellos hombres de bien, de gran inteligencia y catadores de un buen vino. Mr. Utterson se las arregló para quedarse cuando hubieron partido los demás. Esto no era nuevo; lo había hecho cientos de veces desde tiempo atrás. Donde Utterson era estimado, lo estimaban de veras. A los anfitriones les encantaba retener al poco efusivo abogado cuando los frívolos y parlanchines ya tenían un pie en el umbral. Les gustaba sentarse un rato en su discreta compañía, para acostumbrarse a la soledad y recuperar la serenidad en el rico silencio del hombre, luego del desgaste y la tensión del regocijo. El doctor Jekyll —un hombre de rostro suave, bien hecho, alto, de cincuenta años, aspecto un tanto ladino, quizás, pero con todas las señas de competencia y nobleza— no era la excepción a esta regla y ahora, sentado al lado opuesto de la chimenea, se veía que le profesaba a Mr. Utterson un afecto sincero y caluroso.

—He querido hablar contigo, Jekyll —comenzó este último—. ¿Recuerdas ese testamento tuyo?

Un buen observador podría haber deducido que el asunto le disgustaba, pero el doctor lo trató con buen humor.

—Mi pobre Utterson —dijo—, qué desafortunado eres al tener un cliente como yo. Jamás había visto a nadie tan preocupado como tú por mi testamento, a no ser a ese retrógrado pedante de Lanyon, con relación a lo que llamaba mis herejías<sup>22</sup> científicas. Oh, yo sé que es un buen hombre —no necesitas fruncir el ceño—, un excelente tipo, a quien pretendo seguir tratando, pero no por ello menos retrógrado y pedante. Un ignorante; ni más ni menos que un pedante. Nadie me había decepcionado tanto como Lanyon.

—Tú sabes que nunca estuve de acuerdo con él —volvió a empezar Utterson, sin parar mientes en el nuevo tema.

—¿Con mi testamento? Sí, claro que lo sé —dijo el médico con tono un poco cortante—, así me lo has dicho.

—Pues bien, otra vez te lo vuelvo a decir —continuó el abogado—. Me he enterado de ciertas cosas sobre Hyde.

El rostro agradable y grande del doctor Jekyll palideció hasta los mismos labios, y sus ojos se ensombrecieron.

—No quiero oír hablar más de eso —dijo—. Pensaba que habíamos acordado dejar este tema de lado.

—Lo que oí decir fue algo abominable —dijo Utterson.

—Eso no cambia nada. No comprendes mi posición —replicó el médico, con comportamiento un tanto incoherente—. Estoy en una situación dolorosa, Utterson; mi posición es muy extraña, muy

---

22 **Herejía:** doctrina contraria a los dogmas de la Iglesia católica. Opinión contraria a los principios considerados ciertos de una ciencia o un arte. Injuría.

extraña. Se trata de uno de esos asuntos que no se pueden solucionar con solo hablar.

—Jekyll —dijo Utterson—, me conoces bien: soy persona en quien se puede confiar. Confíesámelo todo, no me cabe la menor duda de que te saco del apuro.

—Mi buen Utterson —dijo el médico—, eres muy noble, eres bueno hasta más no poder, y no encuentro palabras con qué agradecer. Te creo con fe ciega; confiaría en ti antes que en cualquier ser viviente. Sí, antes que en mí mismo, de serme dado escoger; mas no es lo que imaginas. No es tan grave como crees, y solo para darle descanso a tu buen corazón te voy a contar algo: puedo deshacerme de Mr. Hyde en cuanto lo decida. Te doy mi palabra de honor y te lo agradezco una y otra vez. Sólo voy a añadir otra palabrita, Utterson, con la seguridad de que no te va a ofender: este es un asunto íntimo, y te ruego que lo dejes dormir.

Utterson reflexionó un poco, mirando el fuego.

—Sin duda tienes toda la razón —dijo al fin, y se levantó.

—Bien, pero ya que hemos tocado este asunto, y espero que por última vez —continuó el doctor—, hay un punto que me gustaría que entendieras. En realidad siento un gran interés por el pobre Hyde. Sé que lo viste; él me lo dijo, y temo que haya sido grosero. Pero sinceramente, tengo un gran interés, un interés muy grande en ese joven, y si llego a faltar, Utterson, prométeme encargarte de él y darle lo que le corresponde. Estoy seguro de que, si conocieras toda la historia, así lo harías, y me quitarías un gran peso de encima si me lo prometieras.

—No puedo pretender que ese hombre llegue a gustarme alguna vez —dijo el abogado.

—No pido eso —suplicó Jekyll, poniendo la mano sobre el brazo del otro—; sólo pido justicia; sólo te pido que le ayudes, por mí, cuando yo ya no me encuentre en este mundo.

Uttersson emitió un suspiro que no pudo reprimir.

—Está bien —dijo—, lo prometo.



## El caso del asesinato de Carew

Casi un año después, en el mes de octubre de 18..., Londres se estremeció por un crimen de singular violencia, mucho más destacado a causa de la alta posición social de la víctima. Los detalles eran escasos y sorprendentes. Alrededor de las once de la noche, una criada, que vivía sola en una casa no lejos del río, había subido a acostarse. Aunque pasada la medianoche la ciudad solía quedar envuelta en la niebla, al comienzo había estado despejada, y el sendero, visible desde la ventana de la criada, se iluminaba con el resplandor de la luna llena. Al parecer la joven tenía inclinaciones románticas, pues se sentó sobre el arcón, situado exactamente bajo la ventana, y se sumió en sueños contemplativos. Jamás (decía ella con lágrimas en los ojos, al narrar aquella historia), jamás se había sentido tan reconciliada con los hombres ni había albergado pensamientos más nobles sobre el mundo. Encontrándose así sentada, advirtió la presencia de un caballero de edad, hermoso y de pelo blanco, que se acercaba por el camino; a su encuentro avanzaba otro, muy bajo, a quien en un comienzo prestó poca atención. Cuando hubieron llegado a distancia suficiente para poder hablar (lo que sucedió exactamente debajo de la mirada de la criada), el más viejo, haciendo una venia, abordó al otro con modales bien corteses. El tema de esta conversación parecía trivial; más aún, su modo de señalar sugería que solo averiguaba el

camino; mas la luna brillaba sobre su rostro al hablar, y la criada disfrutaba mirándolo, pues transpiraba aquella inocencia y nobleza de carácter propias de épocas pasadas, aunadas a algo elevado, como una bien cimentada<sup>23</sup> satisfacción personal. A poco, los ojos de la chica se posaron en el otro hombre y se sorprendió, pues reconoció en él a un cierto Mr. Hyde, un tipo que había visitado alguna vez a su amo y le había inspirado a ella desagrado. Juguetecía con un bastón pesado que llevaba en la mano, pero no contestó palabra, limitándose a escuchar al otro con mal refrenada impaciencia. De repente, sin más, se desató en un virulento<sup>24</sup> ataque de ira, comenzó a dar patadas contra el piso, a blandir el bastón y a portarse (según lo describió la criada) como un energúmeno. En cuanto al anciano, retrocedió, con visos<sup>25</sup> de encontrarse atónito y algo herido. Mr. Hyde se salió entonces de sus casillas y lo aporreó con el bastón hasta tumbarlo al piso. Acto seguido comenzó a pisotearlo con furia simiesca, descargando sobre él una tormenta de golpes bajo los cuales se oía el quebrar de huesos. Y el cuerpo daba saltos sobre la calle. Horrorizada ante tales imágenes y sonidos, la criada se desmayó.

A las dos, cuando volvió en sí y llamó a la policía, hacía rato que el asesino se había marchado, pero allí, en medio del camino, yacía la víctima, increíblemente desfigurada. El palo con que se había consumado la fechoría, a pesar de ser de una madera fuerte y pesada, muy poco común, se había partido en dos bajo la presión de esta insensata golpiza, y una parte, desastillada, había rodado hasta

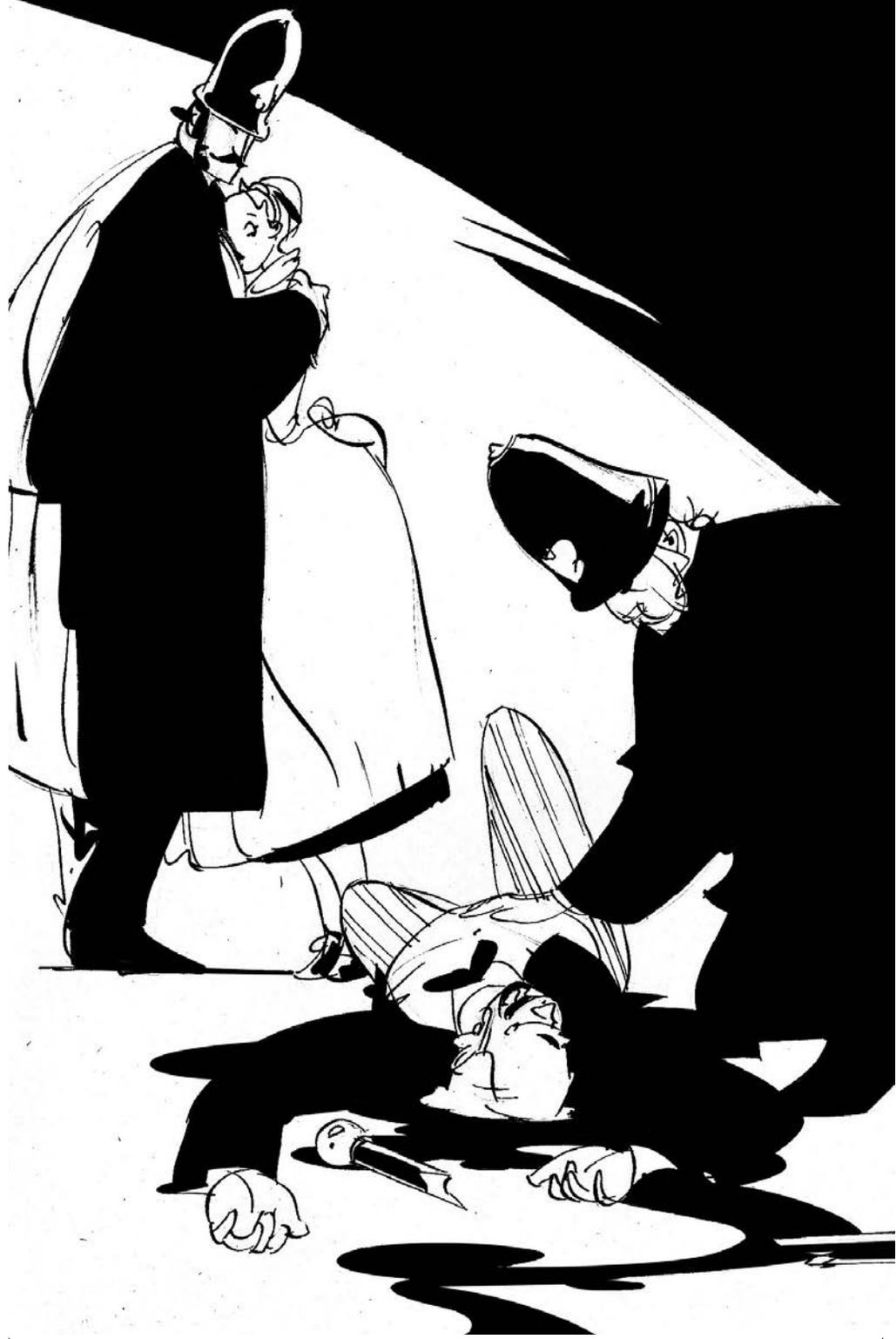
---

23 **Cimentado:** establecido.

24 **Virulento:** venenoso, maligno.

25 **Visos:** apariencias.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando



la alcantarilla vecina, mientras el asesino sin duda se había llevado la otra. A la víctima le encontraron una billetera y un reloj de oro, pero nada de tarjetas o papeles, salvo un sobre estampillado y sellado, que quizá llevaba al correo, con el nombre y dirección de Mr. Utterson.

Al abogado se lo trajeron a la mañana siguiente, antes de levantarse, y no bien lo hubo visto y escuchado las circunstancias, exclamó:

—No diré nada hasta ver el cadáver; esto puede ser muy grave. Tenga la amabilidad de esperar mientras me visto —y con el mismo semblante adusto desayunó de prisa y se dirigió a la estación de policía, adonde habían trasladado el cadáver. Apenas entró en la celda, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, lo reconozco. Siento decir que se trata de Sir Danvers Carew.

—¡Santo Dios, señor! —exclamó el agente—, ¿será posible? —y al instante le brillaron los ojos con ambición profesional—. Esto hará mucho ruido —dijo—. Quizás usted nos pueda ayudar a encontrar al responsable —e hizo una breve narración de lo visto por la criada, mostrándole el palo roto.

Mr. Utterson se había estremecido ante el nombre de Hyde, pero cuando le presentaron el bastón ya no pudo seguir dudando: roto y estropeado como estaba, reconoció el bastón que él mismo le regalara a Henry Jekyll muchos años atrás.

—¿Es este Mr. Hyde persona de baja estatura? —preguntó.

—Especialmente bajo y mal encarado, al decir de la criada —contestó el agente.

Mr. Utterson pensó un rato y luego, alzando la cabeza, dijo:

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
sin tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—Si vienen conmigo en el coche, creo que los puedo llevar a su casa.

A todas estas eran ya las nueve de la mañana, y se encontraban en medio de la primera niebla de esta época del año. Un enorme velo color chocolate pendía del cielo, pero el viento le dirigía sus continuos embates, poniendo en retirada estos vapores fortificados, de suerte que mientras el cabriolé<sup>26</sup> marchaba con lentitud de calle en calle, Mr. Utterson contemplaba una maravillosa variedad de grados y tonos crepusculares, pues aquí oscurecía como si muriera la tarde, allá brillaba un marrón espeluznante y rico como la luz de extraña conflagración<sup>27</sup>, y acullá<sup>28</sup> por un momento se rompía del todo la neblina y un pálido rayo de luz diurna se asomaba por entre las coronas de nubes arremolinadas. A los ojos del abogado, el deprimente barrio del Soho, visto bajo estas imágenes cambiantes, con el barro de sus caminos, los transeúntes sucios, los faroles nunca apagados o vueltos a encender para combatir esta nueva y dolorosa invasión de tinieblas, semejava un barrio de alguna ciudad de pesadilla. Los pensamientos que le cruzaban por la cabeza tenían, además, el más oscuro de los tintes, y cuando le daba una mirada a su compañero de coche experimentaba un toque de aquel terror a la ley y a sus agentes que a veces puede asaltar hasta al más honrado.

Cuando el cabriolé se detuvo frente a la dirección indicada, la niebla se aclaró un poco, dejando ver una calle oscura, un be-

---

26 **Cabriolé:** carruaje ligero de dos o cuatro ruedas, descubierto.

27 **Conflagración:** hostilidad, lucha.

28 **Acullá:** adverbio locativo que significa a la parte opuesta del que habla.

bedero de ginebra, un comedero francés de mala muerte, una tienda de baratijas y de ensaladas de dos peniques<sup>29</sup>, gran número de niños mal vestidos, acurrucados en los zaguanes, y cantidad de mujeres de diferentes nacionalidades que salían, llave en mano, a beber una copa matutina. Al momento volvió la neblina a asentarse en aquel lugar, con un tinte tan oscuro como el ocre, y aisló a Utterson por completo de su tenebroso entorno. Este es el hogar del preferido de Henry Jekyll, heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas<sup>30</sup>.

Una anciana de rostro marfileño y cabellos plateados abrió la puerta. Su cara maligna se suavizaba con la hipocresía, mas eran excelentes sus modales. Dijo que sí, que esta es la casa de Mr. Hyde, quien no se encontraba en el momento. Había llegado muy tarde por la noche, pero se había vuelto a marchar en menos de una hora. No había nada de extraño en ello, pues tenía hábitos muy irregulares y a menudo se ausentaba. Por ejemplo, hasta ayer habían pasado casi dos meses desde que ella lo viera por última vez.

—Bien, entonces queremos ver su apartamento —dijo el abogado, y cuando la mujer empezó a alegar que sería imposible, añadió—: Es mejor que le diga quién es este hombre. Se trata del inspector Newcomen, de *Scotland Yard*<sup>31</sup>.

Un rayo repugnante de dicha surcó el rostro de la mujer.

---

29 **Penique:** moneda de cobre de la época que tenía muy poco valor. Por ejemplo, se denominaba “tienda de dos peniques” negocio en el que se vendían diversas baratijas. Centésima parte de la libra.

30 **Libra esterlina:** unidad monetaria de Gran Bretaña.

31 **Scotland Yard:** nombre de la antigua sede de la policía londinense. Por extensión, se aplica al mismo cuerpo de policía.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—¡Ah! —dijo—. ¡Se metió en líos! ¿Qué hizo?

Mr. Utterson y el inspector intercambiaron miradas.

—No parece ser un tipo muy popular —observó este último—. Y ahora, mi buena mujer, simplemente permítanos, al caballero y a mí, dar una mirada por los alrededores.

De toda aquella casa, que, exceptuando a la anciana, se encontraba vacía, Mr. Hyde ocupaba tan solo un par de cuartos. Con todo, estos habían sido amoblados con lujo y buen gusto. Tenía una despensa llena de vino. La vajilla era de plata, la mantelería elegante. Sobre la pared colgaba un cuadro de buena calidad, regalo (supuso Utterson) de Henry Jekyll, gran conocedor, y los tapetes<sup>32</sup> eran tupidos y de color agradable. En aquel momento, sin embargo, las habitaciones presentaban huellas de acabar de ser desvalijadas con premura<sup>33</sup>, pues por todo el piso había vestidos regados, con los bolsillos afuera. Los armarios, que tenían cerrojos, se encontraban abiertos, y en la chimenea había una gran pila de cenizas grises, como si hubieran quemado numerosos papeles. De entre estos rescoldos<sup>34</sup> desenterró el inspector el cabo de una chequera de color verde, que había resistido la acción del fuego. La otra mitad del palo apareció detrás de la puerta, y como esto confirmaba sus sospechas, el agente se declaró muy satisfecho. Una visita al banco, donde encontraron varios miles de libras en la cuenta del asesino, completó su dicha.

—Puede estar seguro, señor —le dijo a Mr. Utterson—, de que lo tengo en mis manos. Debe haber perdido el seso; de lo contrario,

---

32 **Tapete:** alfombra.

33 **Premura:** apuro, urgencia.

34 **Rescoldo:** brasa.

jamás habría dejado el palo y, sobre todo, jamás habría quemado la chequera. Vaya, si el dinero es la vida de ese hombre. Basta con esperar en el banco y sacar las órdenes de captura.

Esto último, sin embargo, no era trabajo fácil, pues Mr. Hyde tenía pocos conocidos. Incluso el amo de la criada lo había visto solo dos veces. No pudieron rastrear su familia por parte alguna, jamás lo habían fotografiado, y los pocos que podían describirlo discrepaban ampliamente, como suelen hacerlo los observadores comunes. Solo en un punto se mostraban todos de acuerdo: daba la sensación de ser dueño de una inefable deformidad que impresionaba a quienes lo contemplaban.

## El incidente de la carta

Estaba ya avanzada la tarde cuando Mr. Utterson llegó hasta la puerta del doctor Jekyll, y fue admitido enseguida por Poole, quien, pasando por la cocina y a través de un patio que alguna vez fue jardín, lo condujo hasta una edificación conocida indistintamente como el laboratorio o los cuartos de disección<sup>35</sup>. El doctor les había comprado la casa a los herederos de un célebre cirujano, y como sus gustos personales se inclinaban más por la química que por la anatomía, había cambiado el destino del bloque del fondo del jardín. Esta era la primera vez que el abogado era recibido en aquel sector de los cuarteles de su amigo. Observaba con curiosidad el sombrío edificio sin ventanas. Miró en torno a sí, con una desagradable sensación de extrañeza, al cruzar el anfiteatro, otrora<sup>36</sup> atestado de estudiantes ávidos y ahora desierto y silencioso, con las mesas llenas de aparatos químicos, el piso repleto de cajas de madera, paja para empaques regada por doquier, y una luz que se filtraba difusa a través de la nublada cúpula. Al fondo subían unas escaleras hasta una

---

35 **Disección:** acción y efecto de disecar. Separación de un ser para estudiar su anatomía.

36 **Otrora:** antes, en otro tiempo.

puerta cubierta de bayeta<sup>37</sup> roja, y al cruzarla, Mr. Utterson fue recibido por fin en el despacho del médico. Se trataba de una habitación amplia, rodeada de armarios con puerta de vidrio y provista, entre otras cosas, de un escritorio y un espejo móvil, de cuerpo entero; daba al patio a través de tres ventanas empolvadas, cruzadas por barrotes de hierro. En el hogar ardía el fuego y había sobre la repisa de la chimenea una lámpara encendida, pues incluso en el interior de las casas comenzaba la niebla a espesar. Allí, cerca del calor, se hallaba el doctor Jekyll, como aquejado por alguna enfermedad mortal. No se incorporó para recibir al visitante, limitándose a extenderle una mano fría y darle la bienvenida, con voz alterada.

—Y bien —dijo Mr. Utterson, tan pronto como Poole se hubo marchado—, habrás oído la noticia.

El médico se estremeció. —La pregonaban en la plaza —dijo—. Los escuché desde el comedor.

—Una palabra —dijo el abogado—. Carew fue cliente mío, pero también tú lo eres, y quiero saber en qué ando. ¿No habrás cometido la locura de esconder a ese tipo?

—Utterson, lo juro por Dios —exclamó el doctor—, te juro por Dios que jamás volveré a verme con él. Te doy mi palabra de que ya nunca más tendré que ver con él en este mundo. Ya todo se acabó. Y él en realidad no quiere mi ayuda. Tú no lo conoces tanto como yo. El se encuentra a salvo, perfectamente a salvo. Acuérdate de mí, que nunca más se oirá hablar de él.

El abogado lo escuchó deprimido, pues le disgustaba el comportamiento febril de su amigo.

---

37 **Bayeta:** tela de lana poco tupida.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

—Pareces muy seguro de él —dijo—, y por tu bien, espero que tengas razón. Si el caso llegara a la corte, tu nombre podría aparecer.

—Tengo plena seguridad en lo que a él se refiere —replicó Jekyll—. Hay bases para esta certeza, que no puedo compartir con nadie. Pero existe un asunto en el que tú me puedes aconsejar. Recibí... recibí una carta, y no sé si debo llevársela a la policía, o no. Me gustaría dejarla en tus manos, Utterson. Tú serías un buen juez, de ello estoy convencido. Confío mucho en ti.

—Supongo que temes que ésta pueda llevar a que lo descubran —aventuró el abogado.

—No —dijo el otro—. No puedo decir que me importe la suerte de Hyde. Ya acabé con él. Estoy pensando en mi propio temperamento, que ha quedado al descubierto con asunto tan enojoso.

Utterson se quedó rumiando un rato. Lo sorprendía el egoísmo de su amigo, aunque, por otra parte, sentía alivio.

—Está bien —dijo al fin—, déjame ver la carta.

La carta, escrita con una extraña caligrafía vertical, iba firmada por “Edward Hyde”. Indicaba, en forma sucinta, que el benefactor del suscrito, el doctor Jekyll, a quien de modo tan vil había pagado por sus mil generosas demostraciones, no debía temer por su seguridad, pues tenía medios para huir, en los que se podía confiar en forma plena. Al abogado le agradó mucho esta carta, que le daba a la intimidad de Jekyll un aspecto mejor de lo esperado, y se culpó a sí mismo por algunas de las sospechas anteriores.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo quemé —replicó el doctor Jekyll— antes de saber de qué se trataba. Pero no tenía sello de correos. Me la trajeron personalmente.

—¿Me quedo con ella y consulto el asunto con la almohada?  
—preguntó Utterson.

—Quiero que te encargues de emitir un concepto en lugar mío  
—fue la respuesta—. He perdido la confianza en mí mismo.

—Está bien, lo pensaré —contestó el abogado—. Y ahora, una  
palabra más: ¿Fue Hyde quien te dictó los términos del testamento,  
en lo referente a aquella desaparición?

El doctor pareció quedar presa de una ola de debilidad. Cerró  
la boca con fuerza y contestó afirmativamente.

—Yo lo sabía —dijo Utterson—. Pretendía asesinarte. Bien has  
logrado escapar.

—Logré algo que se refiere mejor al asunto—replicó el médico  
con gran solemnidad—. Aprendí una lección. ¡Ay, Utterson, por  
Dios, qué lección aprendí! —y se cubrió la cara con las manos por  
un momento.

Al salir, el abogado se detuvo para intercambiar una o dos pa-  
labras con Poole.

—A propósito —dijo—, hoy entregaron aquí una carta. ¿Cómo  
era el mensajero?

Pero Poole estaba seguro de que nada había llegado, salvo  
por correo.

—Y fueron solo circulares —añadió.

Esta noticia despidió al visitante con una renovación de sus te-  
mores. Era evidente que la carta había llegado por la puerta del la-  
boratorio. De hecho, era posible que la hubiesen escrito en el despa-  
cho, y de ser éste el caso, debía juzgarla de modo diferente y mane-  
jarla con mayor precaución. A su paso, los voceadores de prensa  
enronquecían de gritar en las calles: “Edición especial. Impresionan-

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

te asesinato de un parlamentario”. Ante tal oración fúnebre por un amigo y cliente, Utterson no pudo evitar una cierta aprensión: que el nombre de otro buen amigo y cliente se viera arrastrado por el remolino del escándalo. Había una decisión por tomar que, en el mejor de los casos, era espinosa, y aunque solía tener gran confianza en sí, comenzó a sentirse ávido de consejo. No debía buscarlo de manera directa. Con todo, pensó, tal vez pudiera pescarlo.

Poco después se sentaba al lado de su chimenea. Frente a sí estaba Mr. Guest, el jefe de sus empleados, y a mitad de camino entre los dos, a una distancia del fuego calculada con cuidado, una botella de vino añejo, muy especial, que había permanecido guardada largo tiempo en el sótano de la casa, al abrigo del sol. La niebla dormía aún sobre aquella ala, por encima de la ciudad ahogada en la que los faroles brillaban como carbúnculos. Y, por entre la niebla y el sofoco de estas nubes caídas, la procesión de la vida de la ciudad seguía su curso, a través de grandes arterias, haciendo un ruido como de viento desencadenado. Mas la habitación se alegraba con la luz de la chimenea. En la botella hacía mucho tiempo se habían disuelto los ácidos, y el tinte imperial se había suavizado con los años, como se va enriqueciendo el color de los vitrales. El resplandor de cálidas tardes otoñales sobre los viñedos de las colinas estaba a punto de quedar libre para dispersar la niebla londinense. Sin darse cuenta, el abogado se fue ablandando. No existía persona ante quien tuviera menos secretos que Mr. Guest, y no siempre estaba seguro de guardar cuantos quería. Muchas veces había ido Guest a casa del médico Jekyll, por asuntos de negocios, y conocía a Poole. Y como era muy difícil que no hubiera oído hablar del trato tan familiar que Mr. Hyde recibía en aquella casa,

podría haber sacado conclusiones. ¿No resultaba, entonces, conveniente mostrarle la carta que aclaraba el misterio? Sobre todo porque a Guest, gran estudioso y crítico de la caligrafía, tal medida le parecería cosa natural y necesaria. Además, el empleado era un consejero nato. No sería muy probable que leyera documento tan extraño sin dejar caer algún comentario que le permitiera a Mr. Utterson determinar derrotero<sup>38</sup> por seguir.

—Es una lástima lo de Sir Danvers —dijo.

—Sí, señor, así es. Ha despertado mucha emotividad en la gente —replicó Guest—. Claro que el asesino estaría loco.

—Me gustaría conocer tus opiniones al respecto —replicó Utterson—. Aquí tengo un documento de su puño y letra. Que quede entre nosotros dos, porque no sé muy bien qué hacer con él. Este es, en el mejor de los casos, un asunto turbio. Pero helo aquí, casi atravesándose en tu camino: el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest se iluminaron y de inmediato se sentó a estudiarlo con pasión.

—No, señor —dijo—, no está loco, pero sí tiene una escritura extraña.

—Y es, a todas luces, un escritor muy extraño —añadió el abogado.

En ese preciso instante entró el criado y dejó una nota.

—¿Es del doctor Jekyll, señor? —inquirió el empleado—. Me pareció reconocer su letra. ¿Algo privado, señor Utterson?

—Solo una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Deseas verla?

---

38 **Derrotero:** itinerario, ruta.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
sin tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—Solo un momento. Se lo agradezco, señor —y el empleado puso los dos papeles lado a lado y procedió a comparar sus contenidos minuciosamente—. Gracias, señor —dijo por fin, devolviéndole ambos papeles—, es un interesante autógrafo.

Hubo una pausa durante la cual Mr. Utterson luchó consigo mismo.

—¿Por qué los cotejó, Guest? —preguntó de improviso.

—Pues, señor —replicó el empleado—, hay entre ellos una semejanza bastante singular. Las dos escrituras son idénticas en muchos aspectos, y tan solo difieren en la inclinación.

—Qué extraño —dijo Utterson.

—Es, como usted bien lo dice, bastante extraño —replicó Guest.

—Yo no mencionaría esta nota, ¿sabes? —dijo el patrón.

—No, señor —dijo el empleado—. Comprendo.

Pero no bien se hubo quedado Mr. Utterson solo aquella noche guardó la nota en su caja fuerte, donde reposó en adelante.

“¡Vaya!”, pensó, “¡Henry Jekyll haciendo una falsificación para un asesino!”, y la sangre corrió fría por sus venas.



## El notable incidente del doctor Lanyon

**P**asó el tiempo. Se ofrecieron cientos de libras de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fue sentida como una ofensa a la sociedad, pero Mr. Hyde había desaparecido del alcance de la policía, como si jamás hubiese existido. Se desenterró gran parte de su pasado, y todo en él era deshonoroso: salieron a luz anécdotas sobre la crueldad del hombre, su desfachatez y violencia, la vileza de su vida, sus extrañas compañías, y el odio, que parecía invadir su carrera. Pero de su paradero actual, ni un suspiro. Desde cuando abandonó la casa del Soho en la mañana del asesinato, simplemente se había desvanecido. Poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, Mr. Utterson empezó a recuperarse de su acuciante<sup>39</sup> alarma, y volvió a encontrar la paz consigo mismo. La muerte de Sir Danvers quedaba, a su modo de ver, más que recompensada con la desaparición de Mr. Hyde. Ahora que ya se había eliminado la influencia maléfica, comenzó para el doctor Jekyll una vida nueva. Salió de su reclusión, reanudó las relaciones con sus amigos, se convirtió una vez más en su huésped regular y volvió a ofrecer agasajos, y si antes se había destacado por su talante caritativo, ahora no se distinguía menos por su fervor religioso. Se mantenía ocupado, pasaba mucho tiempo al aire libre, ha-

---

<sup>39</sup> **Acuciante:** urgente.

cía el bien. Su rostro franco parecía iluminado, como si tuviera una conciencia interior de servicio; por más de dos meses vivió en paz.

El 8 de enero Utterson había cenado en casa del doctor Jekyll con un pequeño grupo. Lanyon había estado allí y el rostro del anfitrión había ido pasando de uno a otro como en los viejos tiempos, cuando los tres amigos eran inseparables. El 12, y de nuevo el 14, la puerta de la casa del doctor Jekyll le fue cerrada al abogado.

—El doctor se halla confinado en su casa —dijo Poole—, y no recibe a nadie.

El 15 lo intentó de nuevo, y otra vez lo rechazaron. Como se había acostumbrado a ver a su amigo todos los días durante los últimos dos meses, este regreso a la soledad lo dejó deprimido. A la quinta noche invitó a Guest a su casa a cenar y, a la sexta, se encaminó a la del doctor Lanyon.

Allí, al menos no se negaron a admitirlo. Pero al entrar lo asombró el cambio operado en la apariencia del doctor. Llevaba una sentencia de muerte claramente escrita en la cara. El hombre rubicundo se había vuelto pálido, sus carnes se habían consumido, se veía más calvo y avejentado y, sin embargo, no fueron tanto estos toques de decadencia física acelerada los que atrajeron la atención del abogado, cuanto la mirada y el porte, que parecían atestiguar un terror asentado en lo profundo de su mente. No era probable que el doctor temiera morir, pero fue aquello lo que Utterson se sintió tentado a sospechar. “Sí”, pensó, “es médico, debe conocer su propio estado y saber que tiene contados los días; este conocimiento es superior a sus fuerzas”. Con todo, cuando Utterson le hizo algún comentario sobre su aspecto enfermizo, Lanyon, con aire de gran firmeza, se declaró un hombre condenado.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—He recibido un golpe—dijo—, del que jamás voy a recuperarme. Es cuestión de semanas. Bien, la vida ha sido agradable, me ha gustado. Sí, señor, solía gustarme. A veces pienso que, de saberlo todo, estaríamos más contentos de marcharnos.

—También Jekyll está enfermo —observó Utterson—. ¿Lo has visto?

Pero el rostro de Lanyon se demudó. Levantó una mano temblorosa.

—No quiero ni ver ni oír nada más sobre el doctor Jekyll —dijo, con voz alta e insegura—. He acabado toda relación con esa persona. Te ruego me evites cualquier alusión a quien considero muerto.

—Ay, ay —dijo Mr. Utterson, y luego, tras una pausa prolongada, añadió: —¿Hay algo que yo pueda hacer? Los tres somos muy buenos amigos, Lanyon, y ya no vamos a vivir lo suficiente para hacer otras amistades.

—No hay nada que hacer —replicó Lanyon—; pregúntaselo a él mismo.

—No quiere verme —dijo el abogado.

—No me sorprende —fue la réplica—. Tal vez algún día, Utterson, después que yo muera, llegues a saber lo bueno y lo malo de esto. No te lo puedo contar. Mientras tanto, si puedes, siéntate y conversa conmigo de otros temas, por el amor de Dios. Por favor, quédate y hazlo; pero si no puedes alejarte del maldito asunto, entonces, en nombre de Dios, vete, pues no lo soporto.

En cuanto regresó a casa, Utterson se sentó a escribirle al doctor Jekyll, quejándose de haber sido excluido de su casa y preguntándole la causa de su desgraciado rompimiento con Lanyon. Y al día siguiente le llegó una larga respuesta, escrita con palabras a me-

nudo patéticas y a veces de significado oscuro y misterioso. El rompimiento con Lanyon era irremediable. “No culpo a nuestro viejo amigo”, escribía Jekyll, “pero comparto su punto de vista de que nunca más debemos volver a vernos. De hoy en adelante tengo todas las intenciones de llevar una vida de aislamiento total. Que no te sorprenda, ni dudes de mi amistad, si a menudo te cierran la puerta aun a ti. Debes permitirme recorrer mi propio camino. Me eché encima un castigo y un peligro de los que no me es dado hablar. Soy el más grande de los pecadores, pero también el mayor de los sufrientes. No habría pensado nunca que en esta tierra hubiera lugar a padecimientos y terrores tan apabullantes. Lo único que te resta por hacer, Utterson, para aliviar este destino, es respetar mi silencio”. Utterson se quedó atónito. La tenebrosa influencia de Hyde se había apartado y el médico había vuelto a sus antiguas tareas y amistades. Una semana atrás, las perspectivas parecían sonreír y solo había promesas de una vejez honorable y alegre. Ahora, en un santiamén, la amistad, la tranquilidad de conciencia y todo el tenor de su vida habían naufragado. Transformación tan radical y tan poco preparada solo apuntaba en dirección a la locura; pero, teniendo en cuenta las palabras y el comportamiento de Lanyon, ésta debía tener bases más profundas aún.

Una semana más tarde, Lanyon se postró en su lecho y en menos de quince días había muerto. La noche que siguió al funeral, en el que había dado muestras de suma tristeza, Utterson se encerró en su despacho y, sentado a la luz melancólica de una vela, puso ante sí el sobre, escrito de puño y letra de su amigo difunto y marcado con su sello. “Privado: solo para J.G. Utterson, y en caso de que él haya fallecido antes, para ser destruido sin leerlo”, era la inscripción enfá-

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

tica<sup>40</sup>, y el abogado temió contemplar su contenido. “Ya enterré hoy a un amigo”, pensó. “¿Qué tal que esto me costara otro?” Y entonces, calificando su temor de deslealtad, rompió el sello. Adentro había otro sobre, también sellado, marcado encima con un “No abrirse hasta la muerte o desaparición del doctor Henry Jekyll”. Utterson no podía creer a sus ojos. Sí, la desaparición. Aquí, otra vez, como en el insensato testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor, volvían a estar aparejadas la idea de una desaparición y el nombre de Henry Jekyll. Pero, en el testamento, aquella idea había nacido de una sugerencia siniestra de un hombre llamado Hyde, y aparecía con un propósito completamente claro y terrible. Escrito por la pluma de Lanyon, ¿qué podría significar? Una gran curiosidad por hacer caso omiso de la prohibición y llegar de una vez por todas al fondo de este misterio invadió al albacea<sup>41</sup>, pero el honor profesional y la fidelidad a su amigo fallecido eran obligaciones inquebrantables, y el paquete fue a dormir en el rincón más secreto de su caja fuerte privada.

Una cosa es mortificar la curiosidad y otra conquistarla, y es dudoso que desde aquel día Utterson deseara con la misma intensidad la compañía del amigo sobreviviente. Aunque lo tenía en buen concepto, sus pensamientos le producían inquietud y temor. A decir verdad, sí iba a visitarlo, pero quizá sentía un alivio al encontrar que su visita era rechazada. Tal vez, en lo más íntimo de su corazón, prefería hablar con Poole en el umbral de la puerta, rodeado del aire y los sonidos de la ciudad abierta, antes que ser admitido en aquella

---

40 **Enfático:** que se dice o escribe con fuerza, para resaltar la importancia de lo expresado.

41 **Albacea:** persona a quien se le encarga hacer cumplir un testamento o una última voluntad.

casa de esclavitud voluntaria, a sentarse a hablar con su inescrutable recluso. De hecho, Poole no tenía noticias muy buenas que comunicar. El médico, todo parecía indicarlo, ahora más que nunca, estaba confinado al despacho del laboratorio, donde incluso dormía a veces. Se encontraba muy alicaído, se había vuelto muy callado y ya no leía. Parecía tener alguna preocupación. Utterson se acostumbró tanto al carácter invariable de estos informes, que poco a poco disminuyó la frecuencia de sus visitas.

tocar ro-  
ntinos, los  
ron a ame  
sin tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

## El incidente de la ventana

Sucedió que un domingo, cuando Mr. Utterson daba su paseo habitual con Mr. Enfield, volvieron a pasar por la callejuela, y llegando junto a la puerta, ambos se detuvieron a mirarla.

—Y bien —dijo Enfield—, por lo menos esa historia terminó. Nunca más volveremos a saber de Mr. Hyde.

—Espero que no —dijo Utterson—. ¿Te he contado que una vez lo vi y compartí tu sentimiento de repulsión?

—Era imposible hacer lo uno sin sentir lo otro —replicó Enfield—. Y, a propósito, ¿qué tonto me has debido creer por no haberme dado cuenta de que esta era la entrada posterior a la casa del doctor Jekyll! En parte por culpa tuya lo descubrí cuando lo hice.

—Conque lo averiguaste, ¿eh? —dijo Utterson—. Pero si es así, podemos entrar en el patio y echarle una mirada a las ventanas. A decir verdad, me siento preocupado por el doctor Jekyll, y me da la impresión de que la presencia de un amigo, aunque sea desde afuera, puede hacerle bien.

El patio, muy fresco y algo húmedo, se hallaba envuelto en una penumbra prematura, aunque allá arriba, en el cielo, brillara aún el sol poniente. Una de las tres ventanas, la del medio, estaba entreabierta, y Utterson vio al doctor Jekyll sentado junto a ella, tomando el aire con aspecto de infinita tristeza, como un prisionero sin esperanza.

—¡Hombre, Jekyll! —exclamó—. Espero que estés mejor.

—Estoy muy abatido, Utterson —replicó el médico con tono cansado—. Muy abatido. Esto no va a durar mucho, gracias a Dios.

—Permaneces demasiado tiempo dentro de casa —dijo el abogado—. Debes salir, estimular la circulación, como Mr. Enfield y yo (este es mi primo; Mr. Enfield, el doctor Jekyll). Ven, vamos; toma tu sombrero y demos un paseo breve.

—Eres muy amable —suspiró el otro—. Me gustaría mucho hacerlo, pero no, no, no; es absolutamente imposible. No me atrevería a hacerlo. Pero, créeme, Utterson, me alegra mucho verte. Es un gran placer, de veras. Te invitaría a pasar con Mr. Enfield, pero el lugar no está como para recibir visitas.

—Pues, entonces —dijo el abogado con amabilidad—, lo mejor es quedarnos aquí, y hablar contigo desde donde estamos.

—Precisamente eso estaba por proponerles —replicó el médico sonriendo. Pero apenas si acababa de proferir las palabras cuando la sonrisa desapareció de su rostro, dando lugar a una expresión de desespero y terror tan abyectos<sup>42</sup> que heló la sangre de los dos caballeros que se hallaban abajo. Solo un instante alcanzaron a captarla, pues enseguida se cerró la ventana, de un golpe. Mas aquel vistazo había bastado. Volviéndose, abandonaron el patio sin decir palabra. Con igual silencio atravesaron la callejuela, y solo al llegar a una calle vecina, que aun en los domingos conservaba alguna vida, se volvió Mr. Utterson por fin, a mirar a su compañero. Ambos estaban pálidos, y en sus ojos se repetía el terror.

—¡Dios nos perdone! ¡Dios nos perdone! —dijo Mr. Utterson.

---

42 **Abyecto**: despreciable en sumo grado.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta bar-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

Pero Mr. Enfield, muy serio, se limitó a un movimiento de la cabeza, y siguió caminando en silencio.



## La última noche

Una noche, después de cenar, se encontraba Mr. Utterson sentado junto a la chimenea, cuando lo sorprendió una visita de Poole.

—¡Por Dios, Poole, qué te trae por aquí! —exclamó, y luego, mirándolo con mayor detenimiento, agregó—: ¿Qué te aqueja? ¿Está enfermo el doctor?

—Mr. Utterson —dijo el hombre—, ha ocurrido algo.

—Siéntate y bebe un vaso de vino —dijo el abogado—. Ahora tómate tu tiempo y cuéntame con claridad lo que quieras.

—Usted conoce el comportamiento del doctor —replicó Poole—, y su costumbre de encerrarse. Pues volvió a hacerlo en el despacho, y no me gusta nada, señor. Que me parta un rayo si me parece bien. Mr. Utterson, tengo miedo, señor.

—Ahora, buen hombre —dijo el abogado—, sé explícito. ¿Tienes miedo de qué?

—Llevo alrededor de una semana con miedo —replicó Poole, obstinándose en hacer caso omiso de la pregunta—, y ya no lo soporto más.

El aspecto del pobre Poole era más diciente que sus palabras. Su conducta era cada vez peor, y salvo una vez, al principio, cuando había dado expresión a su terror, no había mirado al abogado a los

ojos. Aun ahora estaba sentado con el vaso de vino intacto sobre la rodilla, los ojos dirigidos a un rincón del piso.

—Ya no puedo soportarlo más —repitió.

—Vamos —dijo el abogado—, veo que tienes buenas razones, Poole. Me doy cuenta de que hay algo grave, de carácter muy serio. Trata de decirme qué es.

—Creo que ha ocurrido algo turbio —dijo Poole con voz ronca.

—¡Algo turbio! —exclamó el abogado, muy asustado y, en consecuencia, con cierta inclinación a la irritabilidad—. ¿Cómo que algo turbio? ¿Qué estás insinuando?

—No me atrevo a decirlo, señor —fue la respuesta—; pero, ¿por qué no viene conmigo y se cerciora usted mismo?

La única respuesta de Mr. Utterson fue levantarse para tomar sombrero y capa. Pero observó, con asombro, cuán grande era el alivio que iluminaba el rostro del mayordomo, y, con no menor asombro quizás, de qué manera había dejado el vino sin probar, cuando lo depositó sobre la mesa, para seguirlo.

Era una noche cruda, fría, propia del mes de marzo, con una luna pálida, recostada, como si el viento la hubiera volcado, y unos celajes de la más diáfana y suave de las texturas. El viento hacía difícil la conversación y agolpaba la sangre en el rostro. Además, parecía haber barrido las calles hasta dejarlas sin transeúntes, pues a Mr. Utterson se le hacía que jamás había visto tan desierto aquel sector de Londres. Deseaba que fuera diferente. Nunca antes en su vida había tenido conciencia de una necesidad tan aguda de ver y tocar a sus congéneres, pues, por mucho que luchara contra él, había nacido en su mente el aplastante presentimiento de una calamidad. Al llegar a la plaza, todo era viento y polvo; los delgados árboles del

jardín, alineados a lo largo de las rejas, se daban latigazos entre sí. Poole, que todo el tiempo había marchado llevándole la delantera por uno o dos pasos, se detuvo ahora en mitad del pavimento, y a pesar del penetrante frío, se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo rojo. Si bien habían regresado de prisa, no eran las gotas de rocío del esfuerzo lo que enjugaba sino la humedad de una angustia atenazante<sup>43</sup>, pues su rostro estaba pálido, y la voz con que hablaba era áspera y quebrada.

—Y bien, señor —dijo—. Aquí estamos. Quiera Dios que no haya ocurrido nada malo.

—Amén, Poole —dijo el abogado.

Acto seguido, el sirviente tocó con cautela. La puerta se entreabrió con la cadena puesta y una voz preguntó desde adentro:

—¿Eres tú, Poole?

—Sí, señor —dijo Poole—. Abran la puerta.

Al entrar vieron el vestíbulo, muy iluminado por la buena alimentación del fuego, en torno del cual se apretujaban, como una manada de ovejas, la totalidad de los criados, tanto hombres como mujeres. Al ver a Mr. Utterson, la doncella rompió en gemidos histéricos, y la cocinera, exclamando: “¡Santo Dios, es Mr. Utterson!”, se abalanzó sobre él, como para abrazarlo.

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Están todos aquí? —dijo el abogado, de malhumor—. Esto es muy irregular, muy poco apropiado: al señor no le gustaría nada, nada.

—Tienen miedo —dijo Poole.

---

43 **Atenazante**: que sujeta fuertemente, con tenazas. En sentido figurado, el verbo *atenazar* significa torturar a alguien el arrepentimiento y la vergüenza.



Reinó un silencio absoluto en el que nadie alegaba. Solo la doncella alzó la voz, llorando en voz alta.

—¡Cállate! —le dijo Poole, con tono tan feroz que atestiguaba que también él tenía los nervios de punta. De hecho, después que la joven hubo alzado su nota de lamento de modo tan repentino, todos, sobresaltados, se habían vuelto hacia la puerta de adentro, los rostros llenos de una expectativa temerosa.

—Y ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al mozo—, tráeme una vela, y vamos a arreglar esto de una vez por todas —acto seguido le rogó a Mr. Utterson que lo siguiera, y lo condujo hacia el jardín posterior.

—Ahora, señor —dijo—, camine con el mayor de los silencios. Quiero que pueda oír, pero que no lo escuchen. Y póngame atención, señor, si él por alguna razón le pide que entre, no lo haga.

Los nervios de Mr. Utterson, ante este final para el que no estaba preparado, le dieron un tirón tal que casi lo hacen perder el equilibrio, mas haciendo acopio de valor, siguió al mayordomo, y entró en el edificio del laboratorio, pasando por el anfiteatro quirúrgico, con su cúmulo de cajas y botellas, hasta llegar al pie de la escalera. Allí, Poole le indicó que se hiciera a un lado para escuchar, mientras él, poniendo la vela en el piso y haciendo un abierto y fuerte llamado a su propia decisión, subió las escaleras y tocó con mano un tanto incierta sobre la bayeta roja de la puerta del despacho.

—Señor, Mr. Utterson quiere verlo —dijo, indicándole una vez más al abogado, de manera violenta, que prestara atención.

Desde adentro contestó una voz.

—Dile que no puedo ver a nadie —dijo, quejumbrosa.

—Gracias, señor —dijo Poole, con algo parecido al triunfo en la voz, y alzando la vela volvió a conducir a Mr. Utterson a través del patio, hasta la amplia cocina, donde ya se había apagado el fuego y los escarabajos brincaban en el piso.

—Señor —dijo, mirando a Mr. Utterson a los ojos—, ¿era esa la voz de mi amo?

—Parece bastante cambiada —replicó el abogado, muy pálido, aunque devolviendo mirada por mirada.

—¿Cambiada? Pues sí, así me parece —dijo el mayordomo—. ¿He vivido veinte años en casa de este hombre, para dejarme engañar por su voz? No, señor; al amo se lo llevaron. Hace ocho días se lo llevaron, cuando lo oí gritar invocando a Dios ¡Y quién ocupa su lugar, y por qué se queda allí, es algo que clama al cielo, Mr. Utterson!

—Una historia muy extraña, Poole. No tiene ni pies ni cabeza, amigo mío —dijo Mr. Utterson, mordiéndose las uñas—. Supongamos que, como usted imagina, el doctor Jekyll... bueno, haya sido asesinado... ¿Qué podría haber inducido al asesino a permanecer allí? Esto no tiene lógica, no lo entiende la razón.

—Bien, Mr. Utterson, es usted un hombre difícil de satisfacer, pero ya lo haré —dijo—. Toda esta semana pasada, es preciso que usted lo sepa, él o eso, o lo que esté viviendo en ese despacho, ha estado pidiendo, noche y día, que le traigan alguna especie de medicina que no puede conseguir a satisfacción. Algunas veces él, es decir, el señor, escribía sus órdenes en un pedazo de papel y lo dejaba tirado en las escaleras. Esta semana no ha hecho más que eso. Nada más que papeles, y la puerta cerrada. Y hasta las comidas mismas hemos tenido que dejárselas ahí, para que pudieran ser introducidas

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
ir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

subrepticamente<sup>44</sup>, cuando nadie estuviera mirando. Bien, señor, todos los días, sí, y dos y tres veces al día, ha habido pedidos y quejas, y me ha mandado corriendo adonde todos los químicos mayoristas de la ciudad. Cada vez que traía esa sustancia, había otro papelito que me pedía que la devolviera porque no era pura, acompañado de otro pedido para una empresa diferente. Requiere esta droga con mucha urgencia, señor, no sé con qué fin.

—¿Conserva alguno de esos papelitos? —preguntó Mr. Utterson.

Poole se metió la mano al bolsillo y sacó una nota arrugada, que el abogado, inclinándose para acercarse a la vela, examinó con cuidado. Y decía así: “El doctor Jekyll presenta sus saludos a los señores Maw. Les asegura que su última muestra no es pura y resulta del todo inútil para su propósito presente. En el año de 18..., el doctor J. compró una cantidad apreciable a los señores M. Ahora les suplica que busquen con el mayor cuidado, y si aún les queda algo de la misma calidad, se lo envíen de inmediato, sin reparar en el costo. La importancia de esto para el doctor J. no se puede ponderar<sup>45</sup>”. Hasta aquí, la carta mostraba compostura, pero en este momento, con un repentino carraspeo de la pluma, el autor le había dado rienda suelta a la emoción. “Por amor de Dios”, había agregado, “encuentren cualquier cantidad de aquella droga”.

—Es una nota extraña —dijo Mr. Utterson; y después, con tono tajante—. ¿Cómo se las arregló para abrirla?

—El empleado de Maw estaba muy enfadado, señor, y me la devolvió como si fuera basura replicó Poole.

---

44 **Subrepticamente**: ocultamente, en secreto.

45 **Ponderar**: determinar el peso o la importancia de algo.

—Sin duda alguna procede de la mano del doctor, ¿no lo sabe?  
—prosiguió el abogado.

—Eso mismo me pareció a mí —dijo el sirviente, un tanto malhumorado. Pero luego, con voz diferente: —¿Mas, qué importa la caligrafía? —dijo—. ¡Yo ya lo vi!

—¿Ya lo vio? —repitió Mr. Utterson—. ¿Y entonces?

—¡Así es! —dijo Poole—. Sucedió de esta manera: un día llegué de improviso al anfiteatro, desde el jardín. Parece que él había salido a buscar la droga, o lo que fuera, pues la puerta del despacho estaba abierta, y allí estaba, en el extremo más lejano del salón, esculcando entre las cajas. Cuando entré miró hacia arriba, emitió una especie de chillido, y salió corriendo escaleras arriba hasta el despacho. Solo un instante lo pude ver, pero se me pararon los pelos de punta y se me puso la carne de gallina. Señor, si éste era mi amo, ¿por qué llevaba una máscara en el rostro? Si era mi amo, ¿por qué chilló como una rata y huyó de mí? Llevo mucho tiempo a su servicio. Y luego... —el hombre hizo una pausa y se pasó la mano por la cara.

—Estas son circunstancias muy extrañas —dijo Mr. Utterson—. Pero creo que estoy comenzando a ver la luz al final del túnel. Poole, es claro que tu amo padece de una de esas enfermedades que torturan y deforman a quien las padece. De ahí, imagino, se deriva la alteración de la voz; de ahí la máscara y el negarse a ver a los amigos; de ahí su ansiedad por encontrar aquella droga que le da al pobre alguna esperanza de recuperación. ¡Dios quiera que no se engañe! He aquí mi explicación. Es muy triste, Poole, sí, y descorazona pensar en ella; pero es sencilla y natural, es coherente y nos libra de cualquier alarma desmesurada.

—Señor —dijo el mayordomo, asumiendo una palidez como moteada—, esa cosa no era mi amo, y la verdad es esta. Mi amo... —y entonces empezó a mirar en derredor y a hablar susurrando— es un hombre alto y elegante, mientras este parecía más bien un enano —Utterson intentó protestar—. Oh, señor —exclamó Poole—, ¿cómo puede usted pensar que no voy a reconocer a mi amo, después de veinte años? ¿Cree que no sé a qué altura del despacho le llega la cabeza, yo que lo he visto todas las mañanas de mi vida? No, señor, esa cosa enmascarada nunca fue el doctor Jekyll. Sabrá Dios quién era, pero nunca fue el doctor Jekyll. Y estoy más que convencido de que se ha cometido un asesinato.

—Poole —replicó el abogado—, si tú dices eso, tendré el deber de cerciorarme. Por mucho que quiera proteger los sentimientos de tu amo, por muy perplejo que me deje esta nota, que parece demostrar que sigue vivo, voy a considerar deber mío abrir esa puerta a la fuerza.

—¡Ah, Mr. Utterson, así se habla! —exclamó el mayordomo.

—Y ahora viene la segunda pregunta —prosiguió Utterson—: ¿Quién se encargará de hacerlo?

—Pues usted y yo, señor —fue la réplica decidida.

—Bien dicho —contestó el abogado—; y pase lo que pase, me voy a encargar de que usted no sufra ningún detrimento.

—En el anfiteatro hay un hacha —continuó Poole—, y tal vez pueda usted tomar el atizador<sup>46</sup> de la cocina, para protegerse.

El abogado tomó en la mano el instrumento rudo pero pesado y lo sopesó<sup>47</sup>.

---

46 **Atizador**: instrumento que se utiliza para remover leños o brasas.

47 **Sopesar**: calcular.

—¿Sabes, Poole —dijo, mirando hacia arriba— qué tú y yo estamos a punto de ponernos en una posición que encierra algún peligro?

—Si usted lo dice, señor, así es —replicó el mayordomo.

—Debemos ser francos, entonces —dijo el otro—. Ambos pensamos más de lo que hemos dicho. Abramos nuestro corazón. Esta figura enmascarada que viste el otro día... ¿la reconociste?

—Pues, señor, pasó con tal rapidez y la criatura estaba tan encorvada que no podría jurarlo fue la respuesta—. Pero si lo que insinúa usted es que fuera Mr. Hyde, ¡pues, sí, creo que sí! Mire, tenía más o menos el mismo tamaño y aproximadamente la misma ligereza en el andar. Y, por otra parte, ¿qué otra persona podría haber entrado por la puerta del laboratorio? No ha olvidado usted, señor, que en la época del asesinato, él todavía conservaba la llave. Pero hay más. No sé, Mr. Utterson, si alguna vez conoció usted a Mr. Hyde.

—Sí —dijo el abogado—, en una ocasión hablé con él.

—Sabrá entonces, igual que todos nosotros, que había algo extraño en ese caballero, algo que impresionaba. No sé cómo decirlo, señor, de manera diferente a esta: uno lo sentía en la médula, como que le pasara un hilo frío.

—Reconozco haber sentido algo semejante a lo que describes —dijo Mr. Utterson.

—Muy semejante, señor —replicó Poole—. Bien, cuando esa cosa enmascarada saltó como un mono por entre los productos químicos y salió corriendo hasta el despacho, sentí que algo me bajaba por la columna, como hielo. Ah, sé que no es evidencia, Mr. Utterson. Soy lo suficientemente instruido para saberlo, pero uno tiene

sus impresiones, y ¡le doy mi palabra, jurando sobre la Biblia, que se trataba de Mr. Hyde!

—Ay, ay —dijo el abogado—. Mis temores se inclinan en la misma dirección. Ese mal, mucho me temo, es el que había de venir como consecuencia de estas relaciones. Ay, de veras te creo. Creo que mataron al pobre Henry, y que el asesino, con qué propósito solo Dios lo sabe, sigue acechando en el cuarto de la víctima. Bien, a nosotros nos toca vengarlo. Llama a Bradshaw.

El lacayo respondió al llamado, muy pálido y nervioso.

—Domínate, Bradshaw —dijo el abogado—. Ya sé que este suspense nos está afectando a todos, pero ahora intentamos ponerle fin. Poole y yo vamos a entrar a la fuerza en el despacho. Si todo está bien, tengo hombros lo suficientemente anchos para cargar con la culpa. Mientras tanto, por si algo anda mal o algún malhechor busca escapar por la parte posterior, el mozo y tú deben ir a la vuelta de la esquina, provistos de un par de buenos palos, y apostarse en la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para llegar a sus puestos.

Mientras Bradshaw salía, el abogado observó su reloj.

—Y ahora, Poole, vamos a lo nuestro —dijo, y colocando el atizador debajo del brazo encabezó la marcha hasta el patio. Una nube vaporosa, de esas que navegan veloces, había cubierto la luna, y en el momento reinaba la oscuridad. El viento, del que solo entraban ráfagas y corrientes hasta aquel profundo pozo del edificio, empujó la luz de la vela de un lado a otro, en torno de sus pisadas, hasta que alcanzaron el abrigo del anfiteatro, donde se sentaron en silencio a aguardar. Londres susurraba solemne en derredor; pero ya más de cerca, el silencio se rompía sólo con el sonido del caer de unos pasos, al recorrer el despacho de lado a lado.

—Así camina todo el día, señor—susurró Poole—; ay, y también la mayor parte de la noche. Solo descansa un poco cuando llega una nueva muestra de donde el químico. ¡Es la mala conciencia la gran enemiga del descanso! ¡Ah, señor! ¡Hay sangre criminalmente derramada en cada uno de sus pasos! Pero escuche de nuevo, un poco más de cerca, con toda atención, Mr. Utterson, y dígame, ¿es esa la pisada del doctor?

El caer de los pasos, con todo y ser muy lento, era ligero y extraño, con un cierto balanceo; era en realidad bien distinto del pesado caminar chirriante de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

—¿Nunca pasa nada más? —preguntó.

Poole asintió.

—Una vez —dijo—. ¡Una vez lo oí llorar!

—¿Llorar? ¿Cómo así? —dijo el abogado, consciente de un súbito escalofrío de horror.

—Llorar como una mujer o un alma en pena —dijo el mayordomo—. Me marché con tal peso en el corazón, que me dieron ganas de llorar a mí también.

Pero ya los diez minutos llegaban a su fin. Poole desenterró el hacha que se encontraba debajo de una pila de paja para empaques. Pusieron la vela sobre la mesa más cercana, a fin de que alumbrara el ataque, y se acercaron, conteniendo la respiración, hasta el lugar donde aquellos pies pacientes seguían en sus ires y venires, de un lado a otro en la quietud de la noche.

—Jekyll —exclamó Utterson en voz alta—, necesito verte —esperó un momento, pero no se oyó réplica alguna—. Te lo advierto de una vez, se han despertado nuestras sospechas. Debo verte y voy a hacerlo —continuó—; si no por las buenas, entonces por las malas.

¡Si no es con tu consentimiento, entonces por medio de la fuerza bruta!

—Utterson —dijo la voz—, ¡por Dios, ten piedad!

—Ah, no es la voz de Jekyll. ¡Es la de Hyde! —exclamó Utterson—.

¡Abajo la puerta, Poole!

Poole alzó el hacha por encima del hombro. El golpe estremeció el edificio y la gran puerta cubierta de bayeta roja saltó contra el candado y las bisagras. Un chillido desgarrador, como del más puro terror animal, salió del despacho. Alto subió el hacha otra vez, y de nuevo los paneles recibieron el impacto y el marco brincó. Cuatro veces descargó el golpe, pero la madera era fina y los herrajes de excelente manufactura, y solo al quinto estalló el candado en mil pedazos y lo que quedaba de la puerta cayó hacia adentro sobre el tapete.

Los asaltantes, impresionados por su propio estrépito y por la quietud ulterior, retrocedieron un poco y se asomaron. Frente a sus ojos se encontraba el despacho, iluminado por la luz quieta de una lámpara: un buen fuego ardía y crepitaba en la chimenea, la marmitta<sup>48</sup> cantaba su débil tonada; uno o dos cajones abiertos, papeles ordenados con esmero sobre el escritorio y, más cerca del fuego, el servicio de té dispuesto. El más silencioso de los cuartos, se habría dicho, y excepto por los armarios llenos de productos químicos, el más normal de aquella noche en Londres.

En todo el centro yacía el cuerpo de un hombre terriblemente contorsionado, que se movía aún. Llegaron hasta él en puntillas, y al volverlo boca arriba contemplaron el rostro de Edward Hyde. Vestía un atuendo que le quedaba demasiado grande, ropa de la talla del

---

48 **Marmita:** olla de metal con tapa y una o dos asas.

médico. Aunque los músculos de la cara se movían aún con un remedeo de vida, esta lo había abandonado ya. Por la ampolleta<sup>49</sup> rota que tenía en la mano y el fuerte olor a almendras que flotaba en el aire, Utterson comprendió que miraba el cuerpo de un suicida.

—Llegamos demasiado tarde —dijo con seriedad— para salvar o para castigar. Hyde se marchó adonde le pedirán cuentas, y a nosotros solo nos resta hallar el cuerpo de tu señor.

El anfiteatro y el despacho se llevaban la mayor parte del edificio. Aquél ocupaba casi todo el primer piso, y recibía su iluminación desde arriba, y éste formaba un segundo piso, en un extremo, y daba al patio. Un corredor unía el anfiteatro con la puerta que daba a la callejuela, puerta con la que se comunicaba el despacho, en forma independiente, por una segunda escalera. Había además algunos armarios oscuros y un espacioso sótano. Todos fueron examinados con gran cuidado. Los armarios no precisaron más de una mirada, pues se encontraban vacíos, y por el polvo que cayó de las puertas de cada uno de ellos, era evidente que habían permanecido largo tiempo cerrados. También el sótano estaba lleno de palos en desorden, casi todos de épocas del cirujano que precedió al doctor Jekyll. Al abrir la puerta advirtieron la inutilidad de cualquier búsqueda ulterior, pues cayó un perfecto tapete de telarañas que llevaba años sellando la entrada. Tampoco allí había rastro alguno de Henry Jekyll, ni vivo ni muerto.

Poole golpeó las lozas del corredor.

—Debe estar enterrado aquí —dijo, prestándole atención al sonido.

---

49 **Ampolleta:** recipiente de vidrio que contiene alguna sustancia inyectable.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
bir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—O pudo haber escapado —manifestó Utterson, volviéndose a examinar la puerta de la callejuela. Esta se encontraba cerrada, pero muy cerca, sobre las lozas, encontraron una llave, ya oxidada.

—No parece servir —observó el abogado.

—¡Servir! —le hizo eco Poole— ¿No ve, señor, que está rota, como si un hombre la hubiera pisoteado?

—Ah —continuó Utterson—, también las fracturas están oxidadas.

Presa del susto, los dos hombres intercambiaron miradas.

—Esto me intriga, Poole, y no sé qué pensar —dijo el abogado—. Regresemos al despacho.

Subieron la escalera en silencio y, dirigiendo al cadáver una mirada ocasional de espanto, procedieron a examinar el contenido del despacho con mayor cuidado. En una mesa había trazas de la realización de un trabajo químico, pues quedaban algunos montículos bien medidos de una sal blanca, colocados sobre platillos de vidrio, como si fuesen a utilizarse en un experimento que el infeliz no hubiera alcanzado a realizar.

—Es la misma droga que yo le traía todo el tiempo —dijo Poole; y mientras lo decía, la marmita comenzó a hervir, derramándose con ruido inesperado.

Llegaron luego hasta la chimenea, junto a la cual se encontraba la acogedora poltrona<sup>50</sup>, con los objetos para el té a la mano, e incluso con azúcar en la taza. Sobre la repisa vieron varios libros, uno de los cuales yacía, abierto, junto al servicio de té. A Utterson lo sorprendió encontrar que se trataba de un ejemplar de una obra

---

<sup>50</sup> **Poltrona:** sillón amplio y cómodo.

religiosa por la que Jekyll había expresado gran estima en diversas ocasiones, acotado, de su puño y letra, con blasfemias<sup>51</sup> inauditas.

Luego, en el curso de su revisión del cuarto, los investigadores llegaron al espejo inclinable, de cuerpo entero, en cuyas profundidades se miraron con involuntario horror. Pero estaba vuelto de tal manera que nada les mostraba, salvo un brillo rosáceo que jugaba sobre el techo, el fuego que chispeaba en cien repeticiones a lo largo del frente de vidrio de los armarios, y sus propios rostros, pálidos y atemorizados, agachados asomándose.

—Este espejo ha sido testigo de asuntos bien extraños, señor —susurró Poole.

—Y con seguridad ninguno más extraño que él mismo —le hizo eco el abogado, en tono semejante—. ¿Para qué pudo Jekyll haber...? —se pilló a sí mismo sobresaltándose al decir la palabra y luego, conquistando su debilidad: —¿Qué podía el doctor Jekyll pretender con él? —dijo.

—¡Eso me pregunto yo! —anotó Poole.

Luego se volvieron hacia el escritorio. Sobre él, formando parte de un cerro de papeles muy bien ordenados, sobresalía un gran sobre que, en la caligrafía del doctor, llevaba el nombre de Mr. Utterson. El abogado le quitó el sello y al piso cayeron varios papeles. El primero era un testamento, redactado en los mismos términos excéntricos<sup>52</sup> utilizados en aquel que había devuelto seis meses antes, a fin de que sirviera como testamento, en caso de muerte, o como documento legal de donación, en caso de desaparición. Pero en lugar del nombre de

---

51 **Blasfemia:** maldición, insulto.

52 **Excéntrico:** fuera de lo común, raro, extravagante.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

Edward Hyde, vio el abogado, con indescriptible asombro, el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole y luego otra vez los papeles y, por último, al extinto malhechor, tendido sobre el tapete.

—Me da vueltas la cabeza —dijo—. Todos estos días ha estado en su poder el documento. No tenía razones para quererme; viéndose desplazado, debió encolerizarse; y no destruyó este documento.

Tomó el siguiente papel. Se trataba de una nota breve, en la caligrafía del médico, con la fecha en la parte superior.

—¡Ah, Poole! —exclamó el abogado—, hoy estaba vivo y aquí. Es imposible que hubieran podido deshacerse de él en un espacio de tiempo tan corto; debe seguir vivo aún. ¡Tuvo que haber huido! Y en caso tal, ¿por qué lo hizo? ¿Y cómo? Y entonces, ¿podemos aventurarnos a declarar que este fue un suicidio? Ah, tenemos que andar con pies de plomo. Me temo que aún podamos involucrar al amo tuyo en alguna catástrofe terrible.

—¿Por qué no la lee, señor? —preguntó Poole.

—Porque siento temor —replicó el abogado con solemnidad—. ¡Que Dios me demuestre que no tengo razones para sentirlo! —y diciendo esto, se llevó el papel a los ojos y leyó lo siguiente:

*Mi querido Utterson:*

*Cuando la presente caiga en tus manos, yo habré desaparecido bajo circunstancias que no he tenido la capacidad de prever, pero mi instinto y todas las circunstancias de mi indescriptible situación me dicen que el final es seguro y debe estar próximo. Ve pues, y lee primero la narración que Lanyon me advirtió iba a poner en tus manos, y si te interesa saber más, lee la confesión de tu desgraciado amigo, que no te merece.*

*Henry Jekyll*

—Había un tercer sobre —dijo Utterson.

—Aquí está, señor —dijo Poole, poniéndole entre las manos un paquete voluminoso, sellado en diferentes lugares.

El abogado lo guardó en el bolsillo.

—Yo no diría nada sobre este papel. Si tu amo huyó o está muerto, debemos por lo menos salvar su prestigio. Ya son las diez; debo irme a casa a leer estos documentos en calma, pero regresaré antes de medianoche, cuando enviaremos por la policía.

Salieron, cerrando la puerta del anfiteatro tras de sí, y Utterson, dejando a los sirvientes reunidos en torno de la chimenea del vestíbulo, se dirigió con paso lento a su oficina, a fin de leer las dos narraciones en las que este misterio estaba a punto de aclararse.

## La narración del doctor Lanyon

**E**l 9 de enero, hace hoy cuatro días, recibí por el correo vespertino<sup>53</sup> un sobre registrado, escrito con la caligrafía de mi colega y antiguo compañero de escuela, Henry Jekyll. Esto me sorprendió mucho porque no tenemos la costumbre de escribirnos. Yo había visto al hombre, e incluso había cenado con él la noche anterior, y no se me ocurría nada en nuestro intercambio que justificara la formalidad de una carta registrada. El contenido aumentó mi asombro, pues he aquí lo que decía:

Diciembre 10 de 18....

Querido Lanyon:

Eres uno de mis más antiguos amigos, y aunque algunas veces hemos tenido diferencias sobre asuntos científicos, al menos de mi parte no puedo recordar ningún rompimiento en el afecto. No ha habido ni un día en que, de haberme tú dicho, “Jekyll: mi vida, mi honor y mi razón dependen de ti”, no hubiese sacrificado la fortuna o la mano izquierda para ayudarte. Lanyon: mi vida, mi honor y mi razón están a tu merced; si me fallas esta noche, estoy perdido. Des-

---

53 **Vespertino:** relativo a la tarde o al atardecer.

predicador  
ativas por  
parece no  
incrédulos  
drentars  
tahola de i

pués de este prefacio<sup>54</sup> supondrás tal vez que voy a pedirte algo cuya concesión sería deshonrosa. Juzga por ti mismo.

Deseo que pospongas todos tus compromisos por hoy. Sí, aun si fueras llamado a la cabecera de un emperador. Toma un coche, a menos que el tuyo esté a la puerta, y con esta carta en la mano para consultarla, ve derecho a mi casa. Poole, mi mayordomo, tiene sus órdenes, y vas a encontrarlo con un cerrajero, esperando tu llegada. Deben entonces forzar la puerta del despacho, y tú has de entrar solo, abrir la puerta vidriera del armario (la letra E), a la izquierda, rompiendo la cerradura si está cerrada, y sacar de allí, con todo lo que contenga, en cualquier estado, el cuarto cajón, contado desde arriba o (lo que es igual), el tercero de abajo hacia arriba. En la situación de angustia mental en que me encuentro siento un temor enfermizo de darte mal las instrucciones, pero aun si me equivoco puedes reconocer el cajón correcto por su contenido: algunos polvos, una jeringa y un cuaderno. Te suplico lleves este cajón contigo a tu casa de Cavendish Square, en el estado en que se encuentre.

Esta es la primera parte del favor. Ahora la segunda. En caso de haber salido no bien te llegó la presente, habrás regresado mucho antes de la media noche; mas te daré ese margen, no solo por temor de alguno de esos obstáculos imposibles de prevenir o evitar, sino porque es preferible, para lo que te queda por hacer, una hora en que tus sirvientes estén acostados. Te pido, pues, que a media noche te quedes solo en el consultorio, para admitir con tu propia mano a un hombre que irá de parte mía, y para que le entregues el cajón que habrás traído contigo desde mi despacho. Entonces ha-

---

54 **Prefacio:** introducción.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

brás cumplido con tu tarea y te habrás ganado mi gratitud eterna. Cinco minutos más tarde, si insistes en buscar explicaciones, habrás comprendido que esos trámites son de capital importancia y que al descuidar cualquiera de ellos, por absurdo que pueda parecer, habrás quizás cargado tu conciencia con mi muerte o con el naufragio de mi razón.

A pesar de mi confianza en que no vas a tomar este llamado a la ligera, mi corazón se encoge y mi mano tiembla con el solo pensamiento de tal posibilidad. Piensa en mí como estoy en este momento, en un lugar extraño, trabajando con una espantosa angustia que ninguna fantasía puede exagerar y, sin embargo, bien consciente de que, si me sirves de manera puntual, mis problemas se irán, como se va un cuento al ser narrado. Hazme este favor, mi querido Lanyon, y salva a tu amigo,

H.J.

P.D.: Ya había sellado ésta cuando me asaltó un nuevo terror. Es posible que me falle la oficina de correos y que esta carta sólo llegue a tus manos mañana por la mañana. En tal caso, querido Lanyon, cumple con tu encargo cuando te resulte más conveniente en el curso del día, y vuelve a esperar a mi mensajero a la media noche. Es posible que para entonces ya sea demasiado tarde y, si esa noche transcurre sin ninguna novedad, sabrás que viste a Henry Jekyll por última vez.

Al leer esta carta quedé convencido de que mi colega estaba loco; pero en tanto ello no quedara demostrado más allá de toda duda, me sentía obligado a hacer lo que solicitaba. Cuanto menos



entendía este fárrago<sup>55</sup>, tanto menos estaba en posición de juzgar su importancia, y un llamado, escrito en tales términos, no podía desoírse sin asumir una grave responsabilidad. Por consiguiente, me levanté de la mesa, tomé un coche y me dirigí derecho a casa de Jekyll. El mayordomo, que estaba esperando mi llegada y había recibido por el mismo correo mío una carta registrada en la que recibía instrucciones, había enviado sin demora por un cerrajero y un carpintero. Los artesanos llegaron cuando todavía hablábamos, y en grupo nos dirigimos al anfiteatro quirúrgico del doctor Denman, desde donde (como sin duda te das cuenta) se podía entrar con mayor facilidad al despacho privado del doctor Jekyll. La puerta era muy fuerte; la cerradura, de excelente calidad. El carpintero nos advirtió que tendría enorme dificultad y haría mucho daño en caso de usar la fuerza y el cerrajero se encontraba al borde de la desesperación. Pero como era hombre diestro, luego de dos horas de trabajo quedó abierta la puerta. Abrimos el armario E y saqué el cajón, lo hice llenar de paja y lo envolví en una sábana, para regresar con él a *Cavendish Square*.

Tan pronto como llegué, procedí a examinar su contenido. Los polvos estaban muy bien organizados, aunque sin la perfección del boticario profesional, lo que dejaba en evidencia que Jekyll mismo los había preparado. Cuando abrí uno de los envoltorios encontré lo que me pareció solo una sal cristalina de color blanco. El frasco, sobre el que volqué mi atención enseguida, estaba lleno más o menos hasta la mitad de un líquido color sangre, muy penetrante al olfato, que al pa-

---

55 **Fárrago**: ideas desordenadas.

recer contenía fósforo y algún éter<sup>56</sup> volátil. De los demás ingredientes no pude adivinar nada. El cuaderno, ordinario, contenía solo una serie de fechas que abarcaban un período de varios años, pero observé que las entradas cesaban hacía casi un año, de modo abrupto. Aquí y allá había alguna nota junto a una fecha, consistente por lo general en una sola palabra: “doble”, que aparecía quizá seis veces en un total de varios centenares de entradas, y una vez, muy al principio de la lista y acompañada por varios signos de exclamación: “¡¡¡fracaso absoluto!!!” Aunque todo esto despertó mi curiosidad, no me dijo nada definido. Aquí había un frasco con alguna especie de tintura, un papel con un poco de sal y el registro de una serie de experimentos que Jekyll había realizado, como demasiadas de sus investigaciones, sin ninguna utilidad práctica. ¿Cómo podría la presencia de estos artículos en mi casa afectar el honor, la salud mental o la vida de mi despistado y veleidoso<sup>57</sup> colega? Si este mensajero podía ir a un lugar, ¿por qué no a otro? Y aun aceptando que hubiese algún impedimento, ¿por qué había de recibir yo en secreto a este caballero? Cuanto más reflexionaba, más me convencía de que se trataba de un caso de enfermedad mental, y aunque les permití a mis sirvientes irse a acostar, cargué un viejo revólver, para tener la posibilidad de defenderme.

No bien habían repicado las doce de la noche en todo Londres cuando sonó el aldabón con suavidad en mi puerta. Yo mismo salí a abrir y encontré a un hombre de baja estatura, acucillado contra los pilares del pórtico.

---

56 **Éter**: compuesto químico que resulta de la combinación de un alcohol consigo mismo, con un ácido o con otro alcohol.

57 **Veleidoso**: inconstante.

tocar reg-  
rtinos, los  
ron a ame  
sin tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—¿Viene de parte del doctor Jekyll? —pregunté.

Me dijo “sí” con una mueca, y cuando le indiqué que entrara, no me obedeció sin antes dirigir una mirada hacia atrás, a las sombras de la plaza. No lejos de ahí avanzaba un policía con su linterna. Ante su presencia me pareció ver a mi visitante sobresaltarse y apresurarse más.

Estos detalles me sorprendieron, lo confieso, de modo desagradable, y mientras lo seguía hasta la luz brillante del consultorio, mantuve mi mano lista, sobre el arma. Una vez adentro, tuve por fin la posibilidad de verlo con claridad. Nunca antes había puesto mis ojos en él, de eso estaba seguro. Era pequeño, tal como lo he dicho. Me impresionó, además, la sorprendente expresión de su rostro, que en forma notable combinaba una gran actividad muscular con lo que parecía una marcada debilidad de complexión<sup>58</sup>. En último lugar, que no por ello era de menor importancia, me impresionó que su presencia me causara una perturbación extraña y subjetiva, semejante en algo a la rigidez y acompañada por una acusada disminución del pulso. En aquel momento se lo atribuí a una aversión personal e idiosincrásica<sup>59</sup>, y solo me extrañé de lo agudo de los síntomas. Pero desde aquel momento he tenido razones para pensar que las causas profundas yacen mucho más hondo, en la naturaleza del hombre, y giran sobre algún gozne<sup>60</sup> más noble que el principio del odio.

---

58 **Complexión:** constitución física de un individuo.

59 **Idiosincrásica:** intrínseca, propia de un sujeto, personal.

60 **Gozne:** bisagra. En el texto se utiliza metafóricamente.

Esta persona (que me había impresionado desde el momento mismo de su entrada, con lo que sólo alcanzo a describir como una curiosidad cargada de repugnancia) vestía de tal suerte, que una persona normal se habría convertido en objeto de burlas: aunque sus prendas eran de tela sobria y fina, le quedaban exageradamente holgadas; los pantalones, que le colgaban en las piernas, se hallaban enrollados por debajo, para evitar que se arrastraran; el talle del saco le quedaba por debajo de las caderas y el cuello se abría ancho sobre los hombros. Extraño es decirlo, pero este ridículo atavío<sup>61</sup> estaba lejos de provocarme risa. Más bien, como había algo anormal y mal concebido en la misma esencia de la criatura que ahora se hallaba frente a mí —algo que agarraba, sorprendía y repelía— esta nueva disparidad pareció encajar con ello, reforzándolo. De suerte que, a mi interés por la naturaleza y el carácter del hombre, se añadió una curiosidad por conocer su origen, su vida, su fortuna y su posición social.

Aunque estas observaciones han ocupado gran espacio al anotarlas, fueron asunto de unos escasos segundos. Era claro que mi visitante estaba en ascuas, presa de alguna sombría emoción.

—¿Lo consiguió? —exclamó—. ¿Lo consiguió? —y tan grande era su impaciencia que incluso me colocó la mano sobre el brazo e intentó sacudirme.

Yo lo aparté, consciente de que, al tocarme, un frío recorría mi sangre.

—Vamos, señor —dije—. Olvida usted que todavía no tengo el placer de conocerlo. Tome asiento, si le place.

---

61 **Atavío:** atuendos, vestimenta.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

Y le di ejemplo, sentándome en mi silla de costumbre e imitando mi comportamiento ordinario ante un paciente, tanto como lo avanzado de la hora, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que le tenía al visitante me lo permitían.

—Le ruego me perdone, doctor Lanyon —replicó él, con bastante educación—. Tiene toda la razón, pues mi impaciencia le ha tomado la delantera a mi cortesía. Vengo aquí por encargo de su colega, el doctor Henry Jekyll, en un asunto de gran importancia, y entiendo... —hizo una pausa, se llevó la mano a la garganta y pude ver que, a pesar de su dominio, luchaba por alejar la histeria—, entiendo..., un cajón...

Entonces sentí lástima por el suspenso de mi visitante, y tal vez también un poco por mi propia curiosidad creciente.

—Aquí lo tiene, señor —dije, señalando el cajón que estaba en el piso, detrás de una mesa, cubierto aún con la sábana.

Se precipitó en dirección a él, pero luego se detuvo y se llevó una mano al corazón; yo alcanzaba a escuchar el rechinar de sus dientes bajo la acción convulsiva de las mandíbulas, y era su rostro tan fantasmagórico que me sentí alarmado tanto por su vida como por su razón.

—Tranquilícese —dije.

Me devolvió una sonrisa terrible y, con la resolución propia del desespero, arrancó la sábana. Al ver el contenido, emitió un sollozo de alivio tan profundo que me dejó petrificado. Un instante después, en una voz ya bastante dominada, dijo:

—¿Tiene un vaso graduado?

Con gran esfuerzo me levanté de mi puesto y le entregué lo pedido. Me agradeció con un movimiento de cabeza, midió unas

mínimas de la tintura roja y le agregó uno de los polvos. La mezcla, en un comienzo de tono rojizo, comenzó a adquirir un color más vivo a medida que se diluían los cristales, a hacer efervescencia de manera audible y a arrojar nubecillas de vapor. De pronto, y en forma simultánea, cesó la ebullición y el compuesto tomó un color púrpura oscuro que se fue decolorando de nuevo, más lentamente, hasta volverse de un verde acuoso. Mi visitante, que había observado estas metamorfosis con atención, sonrió, puso el vaso sobre la mesa, y luego, volviéndose, me miró con aire escrutador<sup>62</sup>.

—Y ahora —dijo—, vamos a aclarar lo que falta. ¿Va a ser inteligente? ¿Va a dejarse guiar? ¿Me permite tomar este vaso en la mano y salir de su casa sin decirle más? ¿O lo ha dominado ya demasiado la codicia de la curiosidad? Piense antes de contestar, porque haré lo que usted decida. Según lo haga, quedará como estaba antes, ni más rico, ni más sabio, a menos que el sentido de un favor prestado a un hombre en peligro mortal pueda ser tenido por una clase de riqueza del alma. O, si así lo prefiere, se abrirán ante usted, aquí, en este cuarto y en este mismo instante, un nuevo campo del conocimiento y nuevas avenidas que conducen a la fama y el poder, y su visión será iluminada por un hecho prodigioso, capaz de hacer tambalear hasta la incredulidad de Satanás.

—Señor —dije, simulando una sangre fría que estaba lejos de poseer—, habla usted en enigmas y quizá no le extraña que le escuche sin dar una gran impresión de creerle. Pero ya he llegado demasiado lejos con estos inexplicables favores como para detenerme antes de ver el final.

---

62 **Escrutador:** examinador.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
sin tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

—Está bien —replicó el visitante—. Lanyon, recuerde su promesa: lo que sigue queda bajo el voto de silencio de nuestra profesión. Y ahora, usted, atado tanto tiempo a los más estrechos puntos de vista materiales, usted que ha negado la virtud de la medicina trascendental<sup>63</sup>, usted que se ha burlado de sus superiores, ¡contemple!

Se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo. Dejó escapar un grito. Vacilante, se tambaleó, se aferró a la mesa y se quedó mirando con ojos inyectados, acezando con la boca abierta, y mientras yo miraba, me pareció que le sobrevenía un cambio: daba la impresión de que se hinchaba, su rostro se oscureció, y los rasgos parecieron fundirse y alterarse. A poco me incorporé y retrocedí contra la pared, con el brazo en alto para protegerme de aquel prodigio con la mente sumida en el terror.

“Oh, Dios”, grité, y “Oh, Dios”, repetí una y otra vez, pues allí, ante mis ojos, pálido y tembloroso, casi a punto de desmayarse, y andando a tientas como quien regresa de la muerte, ¡tenía a Henry Jekyll!

No soy capaz de llevar al papel lo que me contó durante la hora siguiente. Vi lo que vi, escuché lo que escuché, y mi alma se enfermó con ello; y, sin embargo, ahora que aquella visión se ha ido desvaneciendo de mis ojos, me pregunto si lo creo, y no soy capaz de contestar. Mi vida se sacudió hasta las raíces, el sueño me ha abandonado; el terror más mortal me asedia a todas las horas del día y de la noche; siento que mis días están contados, y que he de morir; y, sin embargo, voy a morir incrédulo. En cuanto a la vileza moral que aquel hombre me develó, ni con lágrimas de penitencia puedo, aunque solo sea en la

---

63 **Medicina trascendental:** medicina alternativa que se vincula con la religión hinduista y en la que es sumamente importante la meditación.

memoria, recordarla sin un estremecimiento de terror. Sólo voy a decir una cosa, Utterson, que será (si logras que tu mente te la crea) más que suficiente. La criatura que se arrastró hasta mi casa aquella noche, era, según la propia confesión de Jekyll, conocida con el nombre de Hyde, a quien buscaban en las cuatro esquinas de la tierra como al asesino de Carew.

Hastie Lanyon

tocar ro-  
ntinos, los  
ron a ame  
sin tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

## Declaración completa sobre el caso, hecha por Henry Jekyll

Nací en el año de 18... Dueño de una gran fortuna, dotado, además, de características notables, inclinado por naturaleza al trabajo diligente, amigo de respetar a los sabios y nobles de entre mis congéneres<sup>64</sup> y por ende, como se supondrá, con todas las garantías de un futuro honroso y distinguido. Y, en efecto, la más grave de mis deficiencias era una cierta alegría impaciente en el carácter, que ha sido la felicidad de muchos, pero que yo encontraba difícil de conciliar con un deseo imperioso de llevar la cabeza muy en alto y aparentar ante el público ser más serio que el común de la gente. Lo anterior me llevó a ocultar mis placeres, y a que al llegar los años de reflexión y mirar en derredor, evaluando mi progreso y posición en el mundo, estuviera ya metido en una vida profundamente doble. Muchos hombres se jactarían de irregularidades como aquellas de las que yo era culpable, pero a causa de los elevados valores que me había impuesto, yo las ocultaba y pensaba en ellas con un sentimiento de vergüenza casi enfermizo. Era entonces la naturaleza exigente de mis aspiraciones, y no un grado particularmente bajo en mis defectos, lo que me hacía ser como era. Abriendo una brecha aún más profunda que la de la mayor parte de los hombres, esta naturaleza

---

64 **Congéneres:** semejantes, de un mismo origen.

separó en mí las provincias del bien y del mal que dividen y componen la naturaleza dual del hombre. En tales circunstancias, me sentía impulsado a reflexionar, de manera profunda e ininterrumpida, sobre aquella dura ley de la vida que subyace a la raíz de la religión y es una de las fuentes más abundantes de angustia. Pese a mi comportamiento, tan profundamente doble, en ningún sentido fui hipócrita; ambas facetas mías eran muy auténticas. Yo no era más yo cuando hacía a un lado el dominio y me hundía en la vergüenza, que cuando trabajaba, a la luz del día, para buscar mayores conocimientos o aliviar penas y sufrimientos. Y resultó que la dirección de mis estudios científicos, que me orientaba a lo místico<sup>65</sup> y trascendental<sup>66</sup>, reaccionó, derramando fuerte luz sobre esta conciencia de la guerra perenne<sup>67</sup> entre mis miembros. Cada día que pasaba, y en ambos lados de mi mente, el moral y el intelectual, me fui acercando más a aquella verdad por cuyo conocimiento parcial fui condenado a tan aterrador naufragio: que el hombre no es uno realmente, sino dos. Y digo que dos porque el estado de mi propio conocimiento no va más allá de este punto. Otros vendrán, otras personas me superarán en la misma línea, y me atrevo a adivinar que algún día el hombre será conocido como una multiplicidad de forasteros, independientes, incongruentes y polifacéticos. Yo, por mi parte, a causa de la naturaleza de mi vida, avanzaba de modo inexorable en una dirección, y solo en una. Fue en el aspecto moral, y en mi propia persona, donde aprendí a reconocer la dualidad primigenia y total del hombre; vi

---

65 **Místico:** en este caso, que se relaciona con lo oculto y lo espiritual.

66 **Trascendental:** de mucha importancia. En este caso tiene un sentido filosófico, vinculado con aquellos conceptos que se derivan del ser.

67 **Perenne:** eterno, inmortal.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

que en el caso de las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia, aunque podía con razón decirse que yo era cualquiera de ellas, esto se debía solo a que yo era radicalmente ambas; y desde muy temprano, aun antes de que el curso de mis descubrimientos científicos comenzara a sugerir la más desnuda posibilidad de tal milagro, había aprendido a descansar con placer, como en una ilusión querida, en la idea de la separación de estos elementos. Con solo poder alojar a cada uno de ellos en identidades diferentes, me decía a mí mismo, a la vida se la despojaría de todo lo insoportable; el injusto marcharía por su propio camino, libre de las aspiraciones y remordimientos de su mellizo más virtuoso, y el justo podría caminar más veloz y con mayor seguridad por su camino ascendente, haciendo las cosas buenas en que hallaba su placer, sin tener que exponerse ya a la ignominia<sup>68</sup> y penitencia a manos de este mal que le era ajeno. Era una maldición para la humanidad que estas gavillas<sup>69</sup> incongruentes estuvieran así atadas la una a la otra, y que, en el útero doloroso de la conciencia, estos mellizos polares debieran batallar en forma permanente. Entonces, ¿cómo disociarlos?

Había llegado hasta este punto en mis reflexiones cuando, como lo he dicho, una luz lateral comenzó a brillar sobre el tema desde la mesa del laboratorio. Comencé a percibir, con mayor profundidad de lo expresado jamás hasta ahora, la transitoriedad trémula, la transitoriedad nebulosa de este cuerpo, al parecer tan sólido, con el que andamos vestidos. Encontré algunos agentes poseedores de la virtud de sacudir y de echar atrás esta carnosa vestimenta, tal como sacude

---

68 **Ignominia**: deshonor, vergüenza.

69 **Gavilla**: conjunto de cañas o ramas.

el viento las cortinas de un pabellón. Por dos buenas razones no entraré en las honduras del aspecto científico de mi confesión: la primera, porque he tenido que aprender que la desgracia y las cargas de nuestra vida están atadas por siempre a los hombros del hombre, y cuando este intenta despojarse de ellas, solo logra hacer que regresen con un peso más desconocido y terrible. La segunda, porque, como mi narración lo hará, por desgracia, demasiado evidente, mis descubrimientos fueron incompletos. Baste decir entonces que no solo reconocí mi cuerpo natural por la mera aura y refulgencia<sup>70</sup> de algunos de los poderes que conforman mi espíritu, sino que me las arreglé para componer una droga que permitía destronar dichos poderes, quitándoles su supremacía, y reemplazarlos por una segunda forma y personalidad, no menos naturales a mí, pues eran expresión de los elementos más bajos de mi alma y llevaban su sello.

Largo tiempo dudé antes de someter esta teoría a la prueba de la práctica. Bien sabía que corría el riesgo de morir, pues cualquier droga que dominara y agitara con tanta potencia la fortaleza misma de la identidad podría, por la menor sobredosis, o por la mínima falta de oportunidad en el momento de exhibirla, borrar por completo aquel tabernáculo<sup>71</sup> inmaterial que yo pretendía que ella cambiara. Pero la tentación de un descubrimiento tan singular y profundo acabó por imponerse a las ideas alarmantes. Hacía mucho tiempo había preparado mi tintura; compré de una vez, en una empresa de químicos mayoristas, gran cantidad de una sal particular, que según sabía por mis experimentos, era el último ingrediente requere-

---

<sup>70</sup> **Refulgencia:** resplandor.

<sup>71</sup> **Tabernáculo:** Altar donde se guarda el Santísimo Sacramento.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

rido, y, a altas horas de una noche maldita, combiné los elementos y los vi hervir y echar humo, mezclados en el vaso. Al cesar la ebullición, con un fuerte impulso de valor, bebí la poción.

Me sobrevinieron entonces los dolores más atrozantes: molimiento de los huesos, náuseas mortíferas y horrores del espíritu que no se superan ni a la hora de la muerte ni a la del nacimiento. Luego se fueron calmando velozmente estos dolores y volví en mí como quien sale de una dura enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo nuevo e imposible de describir que, a causa de la misma novedad, tenía una dulzura increíble. Me sentí más joven, más liviano, más contento en el cuerpo. Dentro de mí, era consciente de una despreocupación impetuosa, de un flujo de imágenes sensuales desordenadas que corrían por mi imaginación como por el saetín<sup>72</sup> de un molino, del disolverse de los lazos de la obligación, de una libertad del alma desconocida, mas no inocente. Yo mismo sabía, con el primer soplo de esta nueva vida, que era más malvado, diez veces más malvado; que había sido vendido como un esclavo a mi mal original. Pensarlo, en aquel momento, me animó y me encantó, como el vino. Estiré las manos, exultante en medio de la frescura de estas sensaciones. Y de repente tomé conciencia de haber bajado en estatura.

Por aquella época no había ningún espejo en mi cuarto; el que está junto a mí mientras escribo lo traje más tarde, para el propósito mismo de estas transformaciones. Sin embargo, ya la noche iba penetrando en la mañana –la mañana, a pesar de ser tan negra, estaba casi madura para concebir el día–, los que vivían en mi casa se

---

72 **Saetín:** canal angosto por donde corre el agua para hacer funcionar a la rueda hidráulica.

hallaban encerrados en las horas de sueño más pesado, y yo tomé la decisión, rebosante como estaba de esperanza y de triunfo, de aventurarme en mi nueva forma hasta mi dormitorio. Cruzé el patio, donde las constelaciones me miraban, pensando tal vez yo que estaban maravilladas por ser la primera criatura de esta clase que su vigilancia insomne descubría; me colé por los corredores, forastero en mi propia casa, y al llegar a mi cuarto vi por primera vez el aspecto de Edward Hyde.

Aquí debo hablar sólo en teoría, sin decir lo que sé, sino lo que supongo será lo más probable. El lado maligno de mi naturaleza, al que acababa de transferir la eficacia caracterizante, era menos robusto y de menor desarrollo que el bueno, recién destronado. Además, en el curso de mi vida, que había sido, al fin y al cabo, en sus nueve décimas partes, una vida de esfuerzo, virtud y dominio, la faceta mala se había ejercitado mucho menos y se encontraba mucho menos gastada. Y a eso se debe, creo, que Edward Hyde fuera mucho más bajo, más liviano y más joven que Henry Jekyll. Del mismo modo como el bien brillaba en el rostro del uno, estaba el mal escrito con amplitud y claridad en la faz del otro. El mal, además, (que debo seguir considerando la faceta letal del hombre) había dejado en aquel cuerpo la huella de la deformidad y la podredumbre. Y, sin embargo, cuando observaba en el espejo ese feo ídolo<sup>73</sup>, no era consciente de sentir repugnancia alguna, sino más bien de un palpitar de aceptación. Esto, también, era yo. Parecía natural y humano. A mis ojos portaba una imagen más viva del espíritu, parecía más preciso y entero que el rostro, dividido e imperfecto, que había estado acostum-

---

73 **Ídolo:** imagen de un dios que es objeto de culto.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

brado a llamar mío hasta entonces. Y en ese punto sin duda tenía razón. He observado que cuando llevaba el rostro de Edward Hyde nadie se me arrimaba sin sentir al principio un gran recelo físico. Esto, según lo entiendo, se debe a que todos los seres humanos, tal como los encontramos, son mezcla del bien y del mal, y sólo Edward Hyde, en toda la humanidad, era mal puro.

Permanecí sólo un momento ante el espejo: debía realizar aún el segundo experimento, el concluyente. Quedaba aún por ver si mi identidad se había perdido de manera irremediable y debía escapar, de una casa que ya no era la mía, antes que saliera la luz del sol. Y regresando a mi despacho, volví a preparar y beber la taza. Una vez más sufrí los dolores de la disolución y volví a ser yo otra vez, con el carácter, el tamaño y el rostro de Henry Jekyll.

Aquella noche había llegado al cruce fatal. De haberme aproximado al descubrimiento mío con un espíritu más noble, de haberme arriesgado a efectuar el experimento cuando me encontraba aún bajo el imperio de aspiraciones generosas o piadosas, todo habría sido diferente con seguridad, y de estas agonías de muerte y parto habría salido yo convertido en ángel en lugar de demonio. La droga carecía de acción discriminadora. No era ni diabólica ni divina, pero sacudía las puertas del presidio de mi disposición, y, como ocurrió con los cautivos de Filipo<sup>74</sup>, lo que se encontraba en su interior salió corriendo. Durante aquella época, mi virtud dormía. Mi maldad,

---

<sup>74</sup> **Cautivos de Filipo:** se alude al encarcelamiento de Pablo y Silas en la ciudad Griega de Filipo (Los hechos de los apóstoles, 16, 16-40). En la Biblia se cuenta que ellos oraban en sus celdas, porque tenían la convicción de que Dios era testigo sus padecimientos. Entonces, se produjo un terremoto y las puertas de la prisión quedaron abiertas. Confiados en su inocencia, Pablo y Silas no quisieron huir, pero sus carceleros les rogaron que escaparan.

despertando con la ambición, se hallaba alerta y presta a aprovechar la ocasión, y lo que se proyectó fue Edward Hyde. De ahí que, aunque yo tenía ahora dos personalidades, al igual que dos apariencias, una era totalmente mala, mientras la otra seguía siendo el viejo Henry Jekyll, aquel compuesto incongruente de cuya reforma y mejora ya había aprendido a desconfiar. Era, pues, un movimiento orientado en su totalidad hacia el empeoramiento.

Ni siquiera en aquella época había yo conquistado por completo mi aversión por la aridez de una vida de estudio. A veces conservaba una naturaleza alegre, y como mis placeres (para decir lo menos) eran poco dignos, y yo, además de ser muy conocido y de verme tenido en alta estima, me hallaba en proceso de envejecimiento, día a día apreciaba menos la incoherencia de mi vida. Fue en este aspecto donde mi nuevo poder me tentó hasta hacerme caer en la esclavitud. Bastaba con beber la taza para desembarazarme del cuerpo del connotado profesor, y asumir, como un grueso abrigo, el de Edward Hyde. Sonreía ante la idea; en aquel entonces me parecía graciosa, y realizaba los preparativos con el más cuidadoso estudio. Tomé y amoblé aquella casa en el Soho, hasta la cual la policía rastreó a Hyde, y contraté como ama de llaves a una persona que yo sabía callada y sin escrúpulos. Por otra parte, anuncié a mis sirvientes que un tal Mr. Hyde (a quien les describí) tendría total libertad y poder en mi residencia de la plaza. Y para evitar malos entendidos, incluso los visitaba, convirtiéndome en objeto familiar en mi segundo carácter. Luego escribí aquel testamento que tanto objetaste, de suerte que, de pasarme cualquier cosa en la personalidad del Dr. Jekyll, pudiera entrar en la de Edward Hyde

sin pérdida pecuniaria<sup>75</sup>. Y así, fortificado por todas partes, como suponía estarlo, empecé a sacar ventajas de la extraña inmunidad de mi posición.

En el pasado los hombres han contratado sicarios<sup>76</sup> que lleven a cabo sus crímenes, dejando su propia persona y reputación a buen resguardo. Yo fui el primero en hacer esto para buscar placeres. Fui el primero capaz de meterse entre la gente como persona muy afable y digna de respeto, y, en un santiamén, como un escolar, desprenderse de estas cosas prestadas y lanzarse de cabezas al mar de la libertad. Pero en cuanto a mí, con capa impenetrable, la seguridad era total. ¡Pensar que ni siquiera existía! Con solo escapar por la puerta del laboratorio, con disponer apenas de un segundo o dos para mezclar y beber la poción que mantenía siempre lista, fuera su fechoría lo que fuera, Edward Hyde desaparecería como la huella del aliento en un espejo, y allí, en su lugar, silencioso en casa, despabilando la lámpara a media noche en su estudio, se encontraría Henry Jekyll, un hombre que podía permitirse desdeñar la sospecha.

Los placeres que presuroso busqué en mi disfraz, como lo he dicho, eran poco dignos; no quisiera usar un término más fuerte. Pero en manos de Edward Hyde comenzaron pronto a inclinarse a lo monstruoso. Cuando yo regresaba de esas excursiones solía ponerme a cavilar, como maravillándome de mi depravación vicaria<sup>77</sup>. Este pariente que extraía de mi propia alma, y a quien enviaba solo, a hacer cuanto se le antojara, era un ser intrínsecamente maligno y

---

75 **Pecuniaria:** monetaria, económica.

76 **Sicario:** asesino asalariado.

77 **Vicario:** que tiene las veces, poder y facultades de otro o que lo sustituye.

villano. Cada pensamiento y cada acto se centraban en el yo. Libaba<sup>78</sup> con placer, con avidez bestial, en cualquier grado de tortura infligida a otra persona, y era implacable, como un hombre de piedra. En ocasiones, Henry Jekyll se quedaba atónito ante los actos de Edward Hyde, pero la situación se apartaba de las leyes ordinarias, e insidiosamente relajaba el poder de la conciencia. Al fin de cuentas era Hyde, y sólo Hyde, el culpable. Jekyll no era peor; regresaba a sus buenas cualidades, al parecer sin afectarse; incluso se apresuraba, cuando podía, a desbaratar el mal que Hyde había hecho. Y así, su conciencia dormía.

No está entre mis planes adentrarme en los detalles de la infamia de la que fui cómplice (pues aun ahora apenas si me atrevo a reconocer haberla cometido). Sólo deseo destacar los signos de advertencia y los pasos sucesivos con que se fue aproximando mi castigo. Me ocurrió un incidente que, por no haber traído consecuencias, me limitaré a mencionar. Un acto de crueldad para con una niña hizo que la ira de un transeúnte, a quien al día siguiente reconocí como a un pariente tuyo, se alzara contra mí. El doctor y la familia de la niña se unieron a él y hubo momentos en que temí por mi vida. Al fin, para apaciguar su resentimiento, totalmente justificado, Edward Hyde hubo de llevarlos hasta la puerta y pagarles con un cheque girado por Henry Jekyll. Pero este peligro fue eliminado con facilidad para el futuro, abriendo una cuenta en otro banco a nombre de Edward Hyde mismo. Y cuando, inclinando mi mano hacia atrás, le proporcioné una firma a mi doble, pensé estar más allá del alcance del destino.

---

78 **Libar:** saborear.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

Unos dos meses antes del asesinato de Sir Danvers, habiéndome embarcado en una de mis aventuras, regresé a altas horas de la noche, y desperté al día siguiente en cama, con sensaciones un tanto extrañas. En vano miré a mi alrededor; en vano observé los muebles decentes y las altas proporciones de mi alcoba en la plaza; en vano reconocí el estampado en las cortinas de la cama y el diseño del marco de roble. Algo dentro de mí insistía en que no estaba en su lugar, que no me había despertado donde parecía estar, sino en el cuartito del Soho donde acostumbraba dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonreí para mis adentros y, a mi manera psicológica, comencé sin muchos ánimos a investigar los elementos de esta ilusión, llegando a veces, mientras lo hacía, a quedarme dormido en un cómodo sueño matinal. Estando en esas, en uno de los momentos de mayor vigilia, la vista mía cayó sobre mi mano. Ahora bien, la mano de Henry Jekyll (como lo has señalado a menudo) era profesional en su tamaño y forma: grande, firme, blanca y bonita. Pero la mano que ahora veía con toda claridad, a la luz amarilla de una mañana del centro londinense, entreabierta sobre la sábana, era nudosa, delgada, tendinosa, de una palidez oscura, y con espesas sombras producidas por los vellos atusados<sup>79</sup>. Era la mano de Edward Hyde.

Debí quedarme viéndola casi medio minuto, sumido como estaba en la pura estupidez del asombro, antes que el terror despertara en mi pecho, tan pasmoso y repentino como una explosión de platillos, y, saltando de la cama, corriera yo hasta el espejo. Ante la imagen que encontraron mis ojos, la sangre se me convirtió en algo exquisitamente delgado y gélido. Sí, me había acostado como Henry

---

79 **Atusado:** pelo alisado.

Jekyll y había despertado como Edward Hyde. ¿Cómo explicarlo?, me pregunté. Y luego, con un nuevo ataque de terror: ¿cómo remediarlo? Ya se encontraba bien entrada la mañana; los sirvientes se habían levantado; tenía todas las drogas en el despacho..., un largo viaje –bajar dos escaleras, atravesar un corredor, cruzar el patio abierto y el anfiteatro de anatomía– desde donde me encontraba en aquel momento, horrorizado. Podría muy bien cubrirme la cara pero, ¿de que serviría, si era imposible esconder la alteración de mi estatura? Y luego, sobrecogido por la delicia de una sensación de alivio, recordé que ya los sirvientes estaban acostumbrados a los ires y venires de mi segundo yo. No tardé en vestirme, tan bien como pude, con ropa de mi propio tamaño, ni en atravesar a prisa la casa, donde Bradshaw me miró, retrocediendo al ver a Mr. Hyde a tal hora y en tan extraño atuendo. Y, diez minutos más tarde, había regresado el doctor Jekyll a su propia forma y se sentaba, con el ceño fruncido, a aparentar que desayunaba.

Era de verdad bien escaso mi apetito. Este incidente inexplicable, este reverso de mi experiencia previa parecía, como el dedo sobre el muro babilonio<sup>80</sup>, estar deletreando las letras de mi juicio, y

---

80 **Como el dedo sobre el muro babilonio:** Hace alusión al episodio bíblico del “Libro de Daniel”, en el Antiguo Testamento. Una mano mandada por Dios escribió en la pared del palacio del rey Baltasar, el último rey de Babilonia, las siguientes palabras enigmáticas: “Contado, Pesado, Dividido”.

El rey mandó a llamar al profeta Daniel para que descifrara el mensaje y éste lo interpretó de la siguiente manera: “Dios ha contado los días de tu reinado y les ha puesto un límite”. “Dios te ha pesado en la balanza y te falta peso”. “Tu reino será dividido y entregado a los medos y los persas”. Estas palabras vaticinaban el fin del reinado de Baltasar, su muerte y la división de su reino. Aquella misma noche Baltasar fue muerto y Darío, rey de los medos, se apoderó del reino.

En la novela Jekyll muestra de qué manera él mismo, con su experimento, “escribía” su condena.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

comencé a reflexionar, con mayor seriedad que nunca antes, sobre las consecuencias y posibilidades de mi existencia doble. Aquella parte de mí que yo tenía el poder de proyectar había recibido mucha ejercitación y alimento en los últimos tiempos; desde hacía días me quedaba la impresión de que el cuerpo de Edward Hyde había crecido en estatura, como si (cuando yo usaba aquella forma) fuese consciente de un flujo más generoso de sangre, y había comenzado a atisbar un peligro: de prolongarse mucho esta situación, el balance de mi naturaleza podría romperse de modo permanente, descomponerse el poder de transformación voluntaria, y volverse irrevocablemente mío el carácter de Edward Hyde. El poder de la droga no había hallado siempre un despliegue igual. Una vez, muy al principio de mi carrera, había fallado por completo. Desde entonces, en más de una ocasión me había visto obligado a duplicar la dosis, y una vez, con enorme riesgo de muerte, a triplicarla. Y hasta el momento, estas pocas incertidumbres habían proyectado la única sombra sobre mi dicha. Ahora, sin embargo, y a la luz del accidente de aquella mañana, me vi forzado a advertir que, si al comienzo la dificultad había radicado en despojarme del cuerpo de Jekyll, en los últimos tiempos, y en forma gradual pero inexorable, ésta se había trasladado al lado opuesto. Por ende, todo parecía apuntar a lo siguiente: poco a poco perdía dominio sobre mi yo original y mejor, y en forma paulatina me iba incorporando a mi segundo y peor yo.

Entre estos dos, sentía yo, era preciso elegir ahora. Mis dos naturalezas tenían una memoria en común, pero compartían con absoluta desigualdad todas las demás facultades. Jekyll (que era un compuesto), ora con los temores más sensibles, ora con un gusto ávido, se proyectaba en los placeres y aventuras de Hyde, compar-

tiéndolos; pero Hyde era indiferente a Jekyll, o lo recordaba sólo a la manera como recuerda el bandido montaraz la caverna donde se oculta de la persecución. Jekyll poseía más que el interés de un padre; Hyde, más que la indiferencia de un hijo. Quedarme para siempre como Jekyll era morir a aquellos apetitos desde hacía tanto tiempo satisfechos en secreto, que en los últimos días había empezado a mimar<sup>81</sup>. Quedarme con Hyde era morir a mil intereses y aspiraciones, y convertirme, de un golpe y para siempre, en un ser despreciado y sin amigos. El negocio podría parecer desigual, pero sobre la balanza quedaba aún otra consideración, pues mientras Jekyll habría de sufrir mucho en las llamas de la abstinencia<sup>82</sup>, Hyde no sería tan siquiera consciente de cuanto había perdido. Por extrañas que fueran mis circunstancias, los términos de este debate son tan antiguos y comunes como el hombre; señuelos y alarmas muy semejantes lanzan los dados a cualquier pecador tentado y trémulo, y me sucedió, como le sucede a la gran mayoría de mis congéneres, que escogí la mejor faceta y encontré falta de fuerzas para serle fiel.

Sí, preferí al médico entrado en años y descontento, rodeado de amigos, que albergaba esperanzas honestas, y le di un decidido adiós a la libertad, a la juventud relativa, al paso ligero, al pulso palpitante y a los placeres secretos disfrutados bajo el disfraz de Hyde. Al realizar esta elección tal vez guardaba alguna reserva inconsciente, pues ni entregué la casa del Soho, ni destruí la ropa de Edward Hyde, que seguía lista en mi armario. Sin embargo, durante dos meses me mantuve fiel a la decisión; durante dos meses llevé una vida

---

81 **Mimar**: representar.

82 **Abstinencia**: privación, en este caso de la droga que le permite transformarse.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

de una severidad tal como nunca antes había logrado, y disfruté de las compensaciones de una conciencia tranquila. Pero a poco empezó el tiempo a borrar la frescura de mi alarma. Los elogios de la conciencia comenzaron a volverse asunto cotidiano y comencé a verme torturado por anhelos y ansias, como si Hyde estuviera luchando por la libertad, y por fin, en un momento de debilidad moral, volví a preparar la mezcla y tragué la poción transformadora.

No supongo que cuando un borrachín razona consigo mismo acerca de su vicio esté, una de cada quinientas veces, afectado por los peligros que corre a causa de su brutal insensibilidad física, ni le di mucho espacio, por mucho que reflexioné sobre mi posición, a la tan completa insensibilidad moral e inclinación insensata hacia el mal, características dominantes de Edward Hyde. Sin embargo, por éstas fui castigado. Mi demonio, enjaulado desde hacía mucho tiempo, salió rugiendo. Fui consciente ya, mientras tomaba la poción, de una propensión más desenfadada y furiosa hacia el mal. Supongo que esto debió ser lo que agitó en mi alma la tempestad de impaciencia con que escuché las frases corteses de mi infeliz víctima; por lo menos declaro ante Dios que ningún hombre moralmente sano podría haber sido culpable de cometer un crimen como este, basado en una provocación tan pobre, y que lo atacó con un espíritu no más razonable que el de un niño enfermo que rompe un juguete. Mas yo me había librado voluntariamente de todos aquellos instintos equilibradores que permiten que hasta el peor de los hombres siga caminando con algún grado de estabilidad entre las tentaciones. Y, en mi caso, la tentación, por débil que fuera, equivalía a caer.

Al instante, el espíritu del mal despertó rabiando en mí. En un rapto de felicidad, mutilé el cuerpo que no oponía resistencia, de-

gustando la delicia en cada golpe, y solo cuando el cansancio comenzó a dominarme, en el culmen<sup>83</sup> del delirio, atravesó mi corazón un frío espasmo de terror. La neblina se dispersó; vi que mi vida corría peligro, y huí de la escena de estos excesos, temblando y vanagloriándome a la vez, con el ansia de mal satisfecha y estimulada, y mi amor por la vida más sólido que nunca. Corrí a la casa del Soho y (para quedar doblemente seguro) destruí mis papeles; de ahí salí por las calles iluminadas por lámparas, en el mismo estado mental de éxtasis dividido, regodeándome en el crimen, planeando con desfachatez otros para el futuro, aunque, sin embargo, apresurándome y teniendo el oído alerta, detrás de mí, a los pasos del vengador. Hyde tenía una canción en los labios mientras componía la pócima, y al tomarla brindó por el difunto. Los dolores de la transformación no habían acabado de rasgarlo, cuando Henry Jekyll, derramando lágrimas de gratitud y remordimiento, cayó de rodillas y levantó hacia Dios las manos entrelazadas. El velo de la complacencia conmigo mismo quedó rasgado de pies a cabeza y vi mi vida como un todo: la seguí, desde los días de la niñez, cuando caminaba de la mano de mi padre, a lo largo de los trabajos de negación de mí mismo de mi vida profesional, para volver una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los malditos horrores de la noche. Podría haber gritado en voz alta; busqué con lágrimas y rezos calmar la multitud de espantosas imágenes y sonidos que se arremolinaban en la memoria y se me venían encima, y aun así, entre petición y petición, el feo rostro de mi iniquidad se asomaba a mi alma. Pero cuando lo agudo de este remordimiento comenzó a ceder, lo reemplazó una sensación

---

83 **Culmen:** cumbre, lo más alto.

tocar res-  
rtinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

de dicha. El problema de mi conducta se resolvió. De ahí en adelante Hyde era imposible; quisíeralo yo o no, ahora quedaba confinado a la mejor parte de mi existencia, y, ah, ¡cuánto me regocijaba pensándolo! ¡Con que ávida humildad abrazaba otra vez las restricciones de la vida natural! ¡Con cuánta renunciación sincera cerré la puerta por la que tantas veces había entrado y salido, y trituré la llave con mi tacón!

Al día siguiente llegó la noticia de que el asesinato se había esclarecido, la culpa de Hyde era patente ante el mundo, y la víctima era una persona que gozaba de gran estima. No había sido solo un crimen, era una trágica tontería. Creo que me alegró saberlo; creo que me alegraba saber que los mejores de mis instintos se reforzaban y cuidaban con el terror al cadalso. Jekyll era ahora la ciudad de mi refugio; bastaría con dejar que Hyde se asomara un instante y las manos de todos se alzarían para agarrarlo y matarlo.

Resolví redimir el pasado con mi conducta futura, y puedo decir con honestidad que mi resolución trajo algún bien. Tú mismo sabes con cuánta seriedad me esforcé los últimos meses del año pasado por aliviar el sufrimiento; sabes lo mucho que hice por el prójimo y que los días pasaban en calma, de modo casi feliz para mí. Ni puedo en realidad decir que me cansé de esta vida inocente y benévola. Creo más bien que cada día la disfrutaba más a cabalidad<sup>84</sup>, pero seguía cargando con la maldición de mi dualidad de propósito; y no bien se limó el primer borde de mi penitencia, cuando mi lado más vil, al que tanto tiempo había cedido y que hacía tan poco había

---

84 *Disfrutaba más a cabalidad*: Jekyll se refiere a que disfrutaba de modo más pleno y consciente.



encadenado, comenzó a gruñir, pidiendo excesos. No que yo soñara con resucitar a Hyde; la sola idea de hacerlo me desquiciaba: no, era en mi propia persona donde, una vez más, me sentía tentado a jugar con mi conciencia, y fue en la calidad de un ordinario pecador secreto como cedí por fin ante los embates de la tentación.

A todo le llega su consumación. El recipiente de mayor capacidad logra llenarse al fin, y esta breve condescendencia con mi mal acabó por destruir el equilibrio de mi alma. Y, sin embargo, no me sentía alarmado. Caer parecía natural, como un regresar a aquellas épocas pasadas, anteriores a mi descubrimiento. Era un bonito y claro día de junio, húmedo bajo los pies allí donde se había derretido la escarcha, pero sin nubes en el cielo, y el parque Regents<sup>85</sup> estaba lleno de gorjeos de invierno y de dulces aromas primaverales. Me senté al sol en una banca. El animal que llevaba adentro lamía las costillas de la memoria; el lado espiritual, cabeceando, prometía penitencia futura, pero no se inclinaba aún a comenzar. Al fin y al cabo, reflexioné, yo era como mis vecinos. Luego sonreí, comparándome con otros hombres, comparando mi buena voluntad activa con la crueldad perezosa de su descuido. Y en el momento mismo en que me vanagloriaba con estos pensamientos, me invadieron un fastidio, una náusea horrible y el temblor más mortal. Apenas pasaron quedé débil, y luego, al comenzar esta debilidad, a su vez, a quedar atrás, comencé a tener conciencia de un cambio en el tenor de mis pensamientos, un mayor arrojo, un desprecio por el peligro, una disolución de los vínculos de la obligación. Miré hacia abajo; la ropa col-

---

85 **Parque Regents:** parque ubicado en el noroeste de Londres, en cuyo predio hay un zoológico.

gaba informe sobre mis miembros, que se habían encogido. La mano puesta sobre mis rodillas era nudosa y velluda. Una vez más era yo Edward Hyde. Un momento antes, había tenido seguro el respeto del prójimo, era adinerado, bien querido, el mantel me esperaba tendido en casa, en el comedor. Y ahora me había convertido en la presa de caza común de la humanidad, perseguido, sin techo. Era un asesino conocido, el siervo perfecto para la horca.

Mi razón vaciló, pero no me falló del todo. Más de una vez he observado que, en mi segundo carácter, mis facultades parecían afilarse a un alto grado, y mi espíritu tenía una elasticidad más tensa. En consecuencia, donde Jekyll posiblemente hubiese sucumbido, Hyde respondió a la altura del momento. Las drogas las tenía en uno de los armarios de mi despacho: ¿cómo alcanzarlas? He ahí el problema que (apretándome las sienes entre las manos) me propuse resolver. Ya había cerrado yo la puerta del laboratorio. Si buscaba entrar por la casa, mis propios sirvientes me mandarían a la horca. Vi que era preciso emplear otra mano, y pensé en Lanyon. ¿Cómo llegar adonde él? ¿Cómo persuadirlo? Suponiendo que lograra evitar ser capturado en la calle, ¿cómo abrirme paso hasta llegar a su presencia? Y, ¿cómo podría yo, un visitante desagradable y desconocido, lograr que el famoso médico saqueara el estudio de su colega, el doctor Jekyll? Recordé entonces que aún conservaba yo una faceta de mi carácter original: podía escribir con mi propia letra; y una vez concebida esa chispa, el proceder siguiente se iluminó de principio a fin.

Acto seguido me arreglé la ropa lo mejor posible, llamé un coche que pasaba y me dirigí a un hotel en la calle Portland, cuyo nombre recordaba por casualidad. Ante mi aspecto (era en verdad bien cómico, por muy trágico destino el que esos atavíos encubrieran) el

tocar res-  
partinos, los  
ron a ame  
oir tanta ba-  
no de cosa  
ir toda la  
Compañando

conductor no pudo ocultar la hilaridad<sup>86</sup>. Apreté los dientes frente a él con una ráfaga de furia satánica, y la sonrisa se borró de su rostro –felizmente para él–, pero más felizmente para mí mismo, pues, sin duda, lo habría bajado un momento después, arrastrado del asiento. En la posada, al entrar, miré en derredor, con una expresión tan sombría que hizo temblar a los empleados; no intercambiaron ni una mirada en mi presencia, sino que tomaron mis órdenes de manera servil, me condujeron a un cuarto privado, y me llevaron con qué escribir. Hyde con la vida en peligro era una criatura nueva para mí: sacudido con ira desordenada, tenso hasta el punto de asesinar, ávido por infligir dolor. Sin embargo, la criatura era astuta; dominaba su furia con gran esfuerzo de la voluntad. Compuso sus dos cartas importantes, la una para Lanyon y la otra para Poole y, a fin de recibir evidencia real de su remisión, las envió con instrucciones de que debían ser registradas.

De ahí en adelante se sentó todo el día junto al fuego del cuarto privado, a morderse las uñas; allí cenó solo, con sus temores; el mesero estaba evidentemente acobardado ante su mirada. Y de allí, ya bien entrada la noche, salió, en un rincón de un cabriolé cerrado que lo llevó por las calles de la ciudad, de una parte a otra. Él, digo yo, –no puedo decir “yo”–; ese hijo del infierno no tenía nada de humano. Nada vivía en él, fuera del miedo y el odio. Y cuando por fin, pensando que el conductor había comenzado a recelar, se apeó del coche y se arriesgó a seguir a pie y mezclarse entre los transeúntes nocturnos, vestido con ropas que no le quedaban bien y convertido en objeto destinado a ser observado, estas dos pasiones viles rugían

---

86 **Hilaridad:** risa, divertimento.

en su interior como una tempestad. Caminaba raudo, perseguido por sus miedos, hablando consigo mismo, escondiéndose en las calles menos frecuentadas, contando los minutos que aún lo separaban de la medianoche. Una vez, una mujer le habló para ofrecerle, creo, una caja de fósforos. La golpeó en la cara y ella huyó.

Cuando volví a ser yo mismo donde Lanyon, acaso el horror de mi viejo amigo me hubiera afectado un poco, no lo sé. Era cuando más una gota en el mar, y nada más, en comparación con la abominación con que recordaba yo aquellas horas. Me había sobrevenido un cambio. Ya no era el miedo a la horca, era el horror de ser Hyde lo que me torturaba. Recibí la condenación de Lanyon estando parcialmente en un sueño; parcialmente en un sueño llegué al hogar, a mi propia casa, y me acosté. Dormí, después de la postración del día, con un sueño fuerte y profundo que ni las pesadillas que me plagaban alcanzaban a romper. Desperté en la mañana, sacudido y débil, pero fresco. Aún odiaba y temía la idea del bruto que dormía dentro de mí y, por supuesto, no había olvidado los terribles peligros de la víspera, pero me encontraba de nuevo en casa, en mi propia casa, y cerca de mis drogas; y el agradecimiento por haber escapado brilló tan fuerte en mi alma que casi rivalizaba con el brillo de la esperanza.

Cruzaba yo el patio sin prisa, después del desayuno, recibiendo el frío del aire con placer, cuando aquellas sensaciones indescriptibles que presagiaban el cambio volvieron a apoderarse de mí. Apenas si me alcanzó el tiempo para llegar hasta el abrigo de mi despacho, antes de estar rabiando otra vez, helado con las pasiones de Hyde. En esa ocasión fue necesaria una dosis doble para retornar a mí mismo, y por desgracia, seis horas más tarde, estando yo sentado y observando el fuego con tristeza, los dolores regresaron y tuve que

volver a administrarme la droga. Para resumir, desde aquel día en adelante, parecía que solo por medio de un gran esfuerzo, como el que hace el gimnasta, y solo bajo el estímulo inmediato de la droga, era capaz de asumir el semblante de Jekyll. A todas horas, de día y de noche, me asaltaba el temblor premonitorio. En particular si dormía, o tan sólo cabeceaba un momento en la silla, despertaba sin falta como Mr. Hyde. Bajo el peso de esta maldición que de continuo pendía sobre mí, y a causa de la falta de sueño a la que me condenaba ahora a mí mismo –ay de mí– incluso más allá de lo que creía posible para un ser humano, me convertí, dentro de mi propia persona, en una criatura a quien la fiebre había devorado y vaciado, presa de una lánguida debilidad, tanto física como mental, y a quien solo un pensamiento la ocupaba: el horror a mi otro yo. Pero cuando dormía, o cuando se pasaba el efecto de la medicina, solía dar un salto, casi sin transición (pues los dolores de la transformación eran cada vez menos marcados), poseído de una imaginación en la que bullían imágenes de terror, de un alma que ardía con odios infundados y de un cuerpo que no parecía poseer la fuerza necesaria para contener las energías rabiosas de la vida. Los poderes de Hyde parecían haber crecido con la debilidad enfermiza de Jekyll. Ciertamente el odio que ahora los separaba era igual a lado y lado. En el caso de Jekyll, era cuestión del instinto vital. Ya había comprendido la deformidad plena de aquella criatura que compartía con él una parte de los fenómenos de la conciencia, y era, con él, coheredero<sup>87</sup> de la muerte: y más allá de estos vínculos de comunidad, que en sí formaban la parte más aguda de su angustia, pensaba en Hyde, a pesar

---

87 **Coheredero:** heredero junto con otra persona.

de toda su energía vital, como en algo no solo diabólico sino inorgánico. Esto era lo más impresionante. Que el légamo<sup>88</sup> del foso pareciera emitir gritos y voces, que el polvo amorfo<sup>89</sup> gesticulara y pecara, que lo que era muerto e informe, usurpara los oficios de la vida. Y, además, que el horror insurgente estuviera cosido a él más de cerca que una esposa, más de cerca que un ojo. Yacía, enjaulado, en su carne, donde lo oía mascullar y lo sentía luchando por nacer, y en cualquier momento de debilidad y en medio de la seguridad del sueño, prevalecía sobre él, despojándolo de la vida. El odio de Hyde por Jekyll era de un orden diferente. Su terror a la horca lo llevaba a cada instante a un suicidio temporal, y a regresar a la situación subordinada de ser una parte, en lugar de una persona. Pero detestaba la necesidad, detestaba la melancolía en que Jekyll se había sumido ahora, y resentía la aversión con que aquél lo veía a él. De ahí los trucos simiescos<sup>90</sup> que me jugaba, escribiendo con mi propia mano blasfemias<sup>91</sup> en las páginas de mis libros, quemando las cartas y destruyendo el retrato de mi padre. Y en realidad, de no haber mediado su temor a la muerte, mucho rato hacía que se habría arruinado para involucrarme también a mí en esa ruina. Pero su amor a la vida es maravilloso. Y voy más allá: yo, que me enfermo y paralizó con solo pensar en él, cuando recuerdo lo abyecto y apasionado de este apego, y cuando sé cuánto teme el poder que tengo yo de zafarme de él por medio del suicidio, encuentro piedad en mi corazón.

---

88 **Légamo:** barro pegajoso.

89 **Amorfo:** que no tiene forma.

90 **Simiesco:** que se asemeja a un simio.

91 **Blasfemia:** palabra injuriosa contra Dios o los santos. También, palabra gravemente injuriosa contra otra persona.

Es inútil prolongar esta descripción, y el tiempo se me escapa en forma aterradora. Baste decir que nadie ha sufrido tales tormentos jamás y, sin embargo, aun a estos el hábito les trajo –no, alivio no–, sino una cierta insensibilidad del alma, una cierta aquiescencia<sup>92</sup> desesperada y mi castigo podría haber continuado por años, de no ser por la última calamidad que ha caído ahora sobre mí y que acabó por arrancarme a mi propio rostro y a mi naturaleza. Mis provisiones de la sal, que nunca renové desde la época del primer experimento, comenzaron a agotarse. Mandé traer un nuevo suministro y mezclé la poción. Se presentaron la ebullición y el primer cambio de color, pero no el segundo. La tomé y no tuvo eficacia alguna. Vas a enterarte por Poole de cómo registré a todo Londres en su busca. Todo en vano. Me he persuadido ya de que el primer suministro había sido impuro y que aquella impureza desconocida le prestaba su eficacia a la poción.

Ha transcurrido alrededor de una semana y estoy terminando esta declaración ahora, bajo el efecto del último resto de los viejos polvos. Es ésta, entonces, la última vez, de no mediar un milagro, que Henry Jekyll puede albergar sus propios pensamientos o ver su propio rostro (¡cuán tristemente modificado ahora!) en el espejo. Y no puedo tardar demasiado en terminar mi escrito, pues si mi narración ha escapado a la destrucción hasta el presente, se ha debido a una combinación de gran prudencia y muy buena suerte. Si me llegasen los dolores del cambio en el momento de escribir esto, Hyde lo haría trizas. Pero si pasa algún tiempo después de haberlo puesto a un lado, su maravilloso egoísmo y sujeción al instante probable-

---

92 **Aquiescencia:** aceptación, consentimiento.

mente lo salvarán otra vez de la acción de su venganza simiesca. Pero en realidad, la maldición que se cierne sobre ambos ya lo ha transformado y triturado a él. Dentro de media hora, cuando de nuevo, y para siempre, haya vuelto a revestirme de aquella odiosa personalidad, sé que estaré temblando y llorando en mi poltrona, que seguiré escuchando con el éxtasis más tenso y temeroso, que seguiré recorriendo este cuarto (mi último refugio terrenal) de un lado a otro, a la espera de cualquier sonido amenazante. ¿Morirá Hyde en el cadalso<sup>93</sup>, o encontrará el valor de liberarse en el último momento? Sólo Dios lo sabe. A mí no me importa. Esta es la verdadera hora de mi muerte, y lo que ha de seguir concierne a otro, distinto de mí mismo. Ahora, entonces, mientras dejo la pluma sobre la mesa y procedo a sellar mi confesión, llevo la vida de aquel infeliz de Henry Jekyll a su fin.

---

93 **Cadalso:** tablado en el que se ejecutaba la pena de muerte.

tocar ro-  
ntinos, los  
ron a ame  
in tanta ba-  
no de cosa  
in toda la  
Compañando

T  
r

# [ Sobre terreno conocido ]

## Comprobación de lectura

Marquen la opción correcta.

1 La novela está narrada por...

- a) Jekyll.
- b) Utterson.
- c) un narrador que no es un personaje de la historia ni participa de los hechos.
- d) un sirviente.

2 Mr. Utterson es...

- a) abogado.
- b) científico.
- c) escritor.
- d) policía.

3 El doctor Jekyll vive en...

- a) en una calle tranquila de Londres.
- b) en el barrio de Soho.
- c) en la calle Square.
- d) en la campiña.

- 4 Poole decide ir a buscar a Utterson porque...
- a) Jekyll le pide que le lleve una carta.
  - b) necesita que le consiga unas sales para su amo.
  - c) sospecha que su amo está en problemas y siente miedo por lo que le pueda pasar.
  - d) quiere abandonar a su amo.
- 5 La verdadera identidad de Hyde se descubre en...
- a) el primer capítulo.
  - b) el segundo capítulo.
  - c) la carta de Lanyon.
  - d) el relato final de Jekyll.

**Indiquen si las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F). En caso de que la afirmación sea falsa, corríjanla para hacerla verdadera.**

- 1 La novela tiene ocho capítulos, un prólogo y un epílogo.
- 2 El doctor Lanyon le cuenta al señor Utterson el primer episodio violento protagonizado por Hyde, durante una conversación que mantienen en el consultorio del primero.
- 3 El doctor Jekyll y el doctor Lanyon son caballeros victorianos intachables pero están distanciados por asuntos científicos.
- 4 El doctor Jekyll había dejado en poder de Poole un testamento a favor de Edward Hyde.
- 5 Cuando Poole y Utterson tiran abajo la puerta del laboratorio de Jekyll, Hyde se ve descubierto y se suicida.

## Actividades de comprensión

### La alegoría sobre el Bien y el Mal

① Una **alegoría** es una ficción por la cual algo representa o significa una cosa diferente. Además de alegorías verbales, existen alegorías pictóricas. Por ejemplo, la imagen de la Justicia como una mujer con los ojos vendados que sostiene una balanza representa la ecuanimidad que debe tener la Justicia ante todos los hombres, y la balanza es una metáfora de la armonía entre lo positivo y lo negativo. En literatura, una **alegoría** es un relato en el que los personajes, los hechos y las cosas que aparecen en él representan ideas o conceptos abstractos. Las alegorías son propias de los relatos con intención didáctica y moralizante como las fábulas. *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* puede leerse como una alegoría del enfrentamiento entre el Bien y el Mal, dos intereses opuestos e irreconciliables que rigen la vida humana.

- a) Marquen en la declaración de Jekyll aquellos fragmentos en los que pueda leerse una alegoría del enfrentamiento entre las fuerzas del Bien y del Mal.
- b) Discutan entre ustedes qué quiere decir Jekyll con la siguiente afirmación.

Cada día que pasaba, y en ambos lados de mi mente, el moral y el intelectual, me fui acercando más a aquella verdad por cuyo conocimiento parcial fui condenado a tan aterrador naufragio: que el hombre no es uno realmente, sino dos.

- c) ¿Están de acuerdo con esa afirmación? Comenten en la clase en qué situaciones de la vida cotidiana puede observarse claramente lo que dice Jekyll.

2 Identifiquen en la **declaración** final de Jekyll el momento en el que explica con qué intención realizó su **experimento**. Resuman la explicación en la carpeta.

- ¿Cuáles de las razones que figuran a continuación expresan más adecuadamente el fracaso del experimento de Jekyll?

La imposibilidad de conseguir las sales. / La incapacidad para controlar su propia creación. / La violación de las leyes de la naturaleza humana. / La ambición desmedida. / El intento de explorar y conocer más allá de lo que le está permitido al hombre.

3 Busquen en un diccionario el significado de la palabra **dualidad**. Luego, propongan ejemplos de dualidades.

- Revisen la resolución a la actividad 4 de la sección *Avistaje*. Completen los dos **campos semánticos** que propusieron con los siguientes elementos que aparecen en la novela. Luego, revisen y modifiquen el título para cada uno de los campos semánticos y modifíquelo de manera tal que exprese el planteo de la novela.

*sol – vida – niebla – muerte – pobreza – calles de Londres – pasado de Jekyll – lo visible – vida social de Jekyll – la fachada sin ventana – Hyde – Jekyll – entrada principal – entrada lateral – riqueza – limpieza – lo oculto*

4 En la novela se observan algunos elementos que cobran diferentes significados de acuerdo con la situación en la que aparecen. Por ejemplo, la niebla y la noche pueden modificar las calles apacibles de Londres y tornarlas siniestras, o sumergir al barrio de Soho en una atmósfera lúgubre y terrorífica.

- a) Rastreen en la novela las referencias al **fuego**. Luego, indiquen si en cada caso el fuego representa para los personajes:

*amenaza – tranquilidad – sosiego – desconfianza – meditación*

b) Citen los fragmentos señalados para justificar sus respuestas.

- 5 Lean el texto “Una luz desde el faro de Skerryvore” que se reproduce en *Palabra de expertos* y expliquen la siguiente afirmación de Javier Escobar Isaza.

Es verdad que Hyde es un ser malvado, depravado. Nada en él nos resulta aceptable: es egoísta, cruel, vulgar, calculador, feo. Pero tampoco Jekyll es ningún santo.

- a) Revisen la explicación que propusieron en la actividad anterior a partir de la siguiente afirmación de Javier Escobar Isaza.

... Voy a afirmar que, después de Jekyll-Hyde, la distinción entre el bien y el mal, como fuerzas y como ideas opuestas, se ha diluido. Lo que hay en el hombre es un gran apetito de autoafirmación sin restricción, pero un apetito que necesita control, dominio, freno, para posibilitar la continuidad misma de la existencia. El mismo Hyde, en momentos en que ha dejado atrás a Jekyll, acepta tomar medidas de prudencia, para evitar ser destruido. (...) Y si el impulso básico es el de la autoafirmación, una autoafirmación que, para poderse mantener, exige la existencia de una fuerza contraria que la refrene, el bien y el mal no serán en adelante realidades contrapuestas con la claridad que siempre se había pensado. El bien y el mal serán de pronto una misma realidad, aunque vista desde puntos de vista contrarios: la autoafirmación es buena en la medida en que es objeto del apetito (tanto de Jekyll como de Hyde) y es mala en la medida en que, de no ser dominada, acaba por destruir al hombre.

- b) ¿Qué entiende el autor por *autoafirmación*?
- c) ¿Por qué Hyde y Jekyll se necesitarían mutuamente?

6 Señalen cuál de las siguientes afirmaciones explica mejor la **conclusión** a la que llega Jekyll.

- El bien y el mal son dos regiones reconocibles y diferenciables del hombre.
- El bien y el mal luchan constantemente en el espíritu humano ya que no existe uno sin el otro.
- El bien siempre debe vencer al mal.
- En los seres humanos el mal inevitablemente triunfa sobre el bien.

a) Justifiquen la respuesta que dieron a la actividad anterior. Para hacerlo, pueden seguir el modelo que se propone a continuación.

*En la novela de Stevenson, Jekyll concluye que..... Esta idea se observa en los siguientes fragmentos. A saber: “.....”, “.....”.*

b) ¿Están de acuerdo con la conclusión a la que arriba el doctor Jekyll? Justifiquen tanto si responden de manera afirmativa como si proponen una conclusión diferente.

## Actividades de análisis

### El narrador y el punto de vista

- ① El **narrador** es la voz ficcional que cuenta los hechos de una narración y ubica las acciones en un tiempo y un espacio determinado. Los narradores pueden clasificarse de la siguiente manera:

**Primera persona:** participa como un personaje de los hechos que refiere.

**Protagonista:** el narrador no solo cuenta, sino que también es el personaje principal de la historia.

**Testigo:** el narrador participa de los hechos narrados, pero no es el personaje principal del relato. Solo cuenta lo que sabe o ve.

**Tercera persona:** el narrador no es un personaje de la historia y solo se encarga de contar lo que les sucede a otros personajes.

**Testigo:** el narrador cuenta acciones de las que no participó, pero parece haberlas presenciado o escuchado. Por lo tanto sabe menos que los personajes.

**Omnisciente:** El narrador no participa de la acción ni la presencia, pero sabe más que los personajes, esto es, conoce lo que dicen, hacen, sienten o ven.

- Caractericen al narrador de *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, según la clasificación que leyeron. Copien en la carpeta fragmentos del texto que sirvan para justificar las características del tipo de narrador que reconocieron.
- ② Otro aspecto para tener en cuenta cuando se caracteriza a un narrador es el **punto de vista**, es decir, en qué lugar se posiciona el narrador, la mirada de qué personaje sigue para referir los hechos. Un narrador puede adoptar el punto de vista de un personaje determinado durante todo el texto o modificarlo a medida que transcurre la historia. También es posible que los puntos de vista se alternen y se presenten varias “miradas” sobre un mismo hecho.

- a) Caractericen el modo en que se trabaja el punto de vista en la novela. Para ello, respondan a las siguientes preguntas.
- ¿Cuál es el punto de vista que privilegia el narrador?
  - ¿Desde el punto de vista de qué otros personajes narra? ¿De qué modo se manifiestan esos puntos de vista en el relato?
- b) Busquen en el texto fragmentos en los que se manifieste claramente el punto de vista de Utterson sobre los hechos narrados. Copien algunos ejemplos en la carpeta.

## Los personajes

- 1 El narrador también es el encargado de presentar y caracterizar a los personajes principales y secundarios de la historia. Los **personajes** buscan algo, se oponen a otros o los ayudan, y, además, cada uno tiene su propia “personalidad”, su propia “psicología” en el mundo de ficción en que vive. La descripción de un personaje puede abarcar tanto su aspecto exterior como su forma de ser o sus sentimientos. En todos los casos, dicha descripción permite al lector conocerlo mejor y saber, si es que eso ocurre, cómo se va transformando.
- a) Escriban una lista con los nombres de los personajes de la novela; luego indiquen cuáles son primarios y cuáles secundarios.
- b) Discutan si Jekyll y Hyde pueden considerarse personajes diferentes, a pesar de que son la misma persona.
- 2 Jekyll, su grupo de amigos y conocidos aparecen como representaciones literarias de lo se consideraba un “caballero” en la época en que fue escrita la novela, es decir, a fines del siglo XIX. Diseñen un cuadro que presente la información que sigue sobre esos personajes.

- Posición económica y social
- Hábitos y costumbres
- Valores y creencias
- Capacidades intelectuales
- Profesión
- Fragmento del texto para justificar

3 Jekyll y Hyde son presentados desde el punto de vista de varios personajes. Busquen en el texto y copien en la carpeta las descripciones hechas por cada uno de ellos.

- a) ¿En qué coinciden los personajes que describen a Hyde?  
 b) Marquen de entre las que siguen la opción que mejor expresa la razón por la que Hyde es visto de esa manera.

Porque genera rechazo y asco. / Porque no lo ven claramente. / Porque les resulta difícil de describir lo que no conocen. / Porque el temor que genera en la gente hace que sea imposible describirlo. / Porque lo que es extraño y diferente siempre resulta difícil de aceptar.

c) A medida que avanza la historia el aspecto físico de Hyde se va modificando. Busquen en la declaración de Jekyll la explicación de las transformaciones físicas que sufren él y Hyde.

4 Marquen en la novela el momento en el que Utterson hace referencia a la similitud entre el *Hyde* del personaje y el verbo *to hide*. ¿Qué “esconde” y “oculta” Hyde?

- Discutan si realmente Hyde esconde algo o son los otros personajes quienes no quieren ver.

5 A su vez, el nombre *Jekyll* puede descomponerse en *je*, “yo” en francés y *kill*, “matar” en inglés. Copien en sus carpetas la opción que les parezca más adecuada para interpretar el nombre del doctor.

- El nombre *Jekyll* esconde una naturaleza asesina que se encarna y esconde en Hyde.

- El nombre *Jekyll* se debe a que luego de crear a Hyde, su otro “yo”, intenta matarlo.
  - El nombre del doctor se explica porque, con su experimento, Jekyll atenta contra las reglas naturales de la vida.
- 6 Relean los capítulos en los que Utterson se reúne con Jekyll. Identifiquen y copien cómo se modifican la actitud del doctor y sus opiniones sobre Hyde a medida que avanza la historia.
- 7 En la tragedia griega, es decir, en las obras de teatro escritas en Grecia durante los siglos V y IV a. de C., los héroes cometían un “error fatal”, llamado *hamartía*, que desencadenaba la catástrofe o el desenlace trágico. Este “error fatal” muchas veces era causado por lo que los griegos denominaban *hybris*, esto es el exceso o la desmesura en la que caía el propio personaje. Por ejemplo, en *Edipo Rey*, de Sófocles, el personaje principal comete el error de querer saber más de lo que le está permitido, desoyendo aun las palabras de los dioses. Esto trae como consecuencia un final trágico, que afecta tanto a él como a su familia. En el personaje del Dr. Jekyll aparecen algunas de las características del héroe trágico.
- Discutan cuál creen que la *hamartía* que comete este personaje y cuál es su *hybris*. Para responder, tengan en cuenta el epígrafe de la novela y lo propuesto por Javier Escobar Isaza en el apartado “La intervención de la naturaleza”, de la sección *Palabra de expertos*.
- 8 Lean el siguiente fragmento en el que la especialista en el género fantástico Rosmary Jackson explica el concepto de “lo siniestro”, tomando como referencia lo propuesto por Sigmund Freud.

Freud comienza con una definición bastante amplia [de lo siniestro]. ‘Lo siniestro... está indudablemente relacionado con lo pavoroso, lo que despierta espanto y horror... tiende a coincidir con lo que excita el miedo en general’. Luego pasa a una teoría más particular, entendiendo lo siniestro

como el efecto de proyectar alrededor y a otras personas los deseos y miedos inconscientes. Las escenas pavorosas de la literatura siniestra se producen por las ansiedades profundas que el sujeto esconde dentro de sí [...]

Freud señala que el término alemán para lo siniestro, *das Unheimlich*, tiene dos niveles de significado. [...] En el primer nivel de significado se refiere a lo que es casero, familiar, amistoso, animado, confortable, íntimo. [...] Un segundo nivel de significado comienza a explicar los poderes perturbadores de lo siniestro. *Das Unheimlich* significa también todo lo que se esconde de los otros: todo lo que está oculto, guardado en secreto, a oscuras.

Su negación, *das Unheimlich*, funciona entonces para *des-cubrir*, revelar, exponer zonas que habitualmente se mantienen fuera de la vista. Lo siniestro combina estos dos niveles: [...] Descubre lo que está y, al hacerlo, efectúa una inquietante transformación de lo conocido en desconocido.

La literatura fantástica transforma lo “real” mediante esta clase de *des-cubrimiento*. Más que introducir lo nuevo, descubre todo lo que debe permanecer oculto si el mundo ha de ser confortablemente ‘conocido’.”

Jackson, Rosmary, *Fantasy, Literatura y subversión*.  
Buenos Aires, Catálogos, 1986.

- Discutan qué es lo que resulta conocido de Hyde-Jekyll en la mirada de los otros, y qué es lo que se guarda en secreto. ¿Qué es lo que *des-cubre* Hyde que no debe ser revelado para mantener al mundo “confortablemente conocido”?

## El tiempo en la novela

- 1 Una misma historia puede ser contada por el narrador de diferentes maneras. Puede presentar los hechos cronológicamente, pero también puede comenzar por el final y luego volver hacia atrás para explicar cómo se llegó a ese punto. Por eso, es importante distinguir en toda narración aquello que se cuenta (*la historia*) de cómo se lo cuenta (*el discurso*), es decir, la forma en que el narrador organiza las acciones en el relato.
  - Copien, uno debajo de otro, los siguientes sucesos de la novela en la carpeta. Luego, coloquen un número en la derecha, según aparecen presentados en el texto, es decir, el modo como se leen a medida que avanzan las páginas; y en la izquierda coloquen un número que indique cuándo sucedieron verdaderamente en la historia.

*Escritura de testamento de Jekyll. /Escritura del relato final de Jekyll. /Experimento de Jekyll. /Primera transformación de Jekyll en Hyde. /Incidente entre Hyde y la nena. /Muerte de Hyde. /Encuentro entre Lanyon y Jekyll-Hyde. /Asesinato de Carew. /Falta de sales para la pócima. /Escritura de carta de Lanyon. /Lectura de cartas de Lanyon y Jekyll. /Muerte de Lanyon.*

- 2 Se llama **relato enmarcado** al relato referido por un personaje que se convierte en un nuevo narrador dentro de la historia principal. De esta manera, una narración se inserta dentro de otra que le sirve de marco.
  - a) Copien el cuadro que sigue en sus carpetas y complétenlo con los datos que se piden.

Relato	Narrador
Principal	
Relatos enmarcados	

b) Indiquen con qué fin se introducen los relatos enmarcados en el relato principal.

Para producir suspenso. / Para retomar un hecho pasado que sirve para entender algo del presente. / Para desconcertar al lector. / Para contar otra historia que no está relacionada con la historia principal.

3 Algunas narraciones no están organizadas cronológicamente en el relato, sino que se producen saltos hacia atrás o hacia adelante en la historia. Cuando el narrador de un relato corta el hilo narrativo para referir un hecho que sucedió en el pasado, se produce una **retrospección** o **analepsis**, por ejemplo, en el siguiente fragmento del capítulo “El notable incidente del doctor Lanyon”: “El 8 de enero Utterson había cenado [...] Allí al menos no se negaron a admitirlo”.

a) Busquen en la novela otros ejemplos de analepsis e indiquen con qué fin se introducen en el relato.

b) Relean el relato que Jekyll desarrolla en su carta y determinen si predomina la narración cronológica, se producen reiteradas analepsis o hay varios relatos enmarcados. Justifiquen con citas del texto.

4 El narrador puede suprimir algunas acciones de la historia, por ejemplo:

U nos quince días más tarde, tuvo la buena suerte de que el doctor les ofreciera una de sus agradables cenas a unos cinco o seis viejos compinches, todos ellos hombres de bien, de gran inteligencia y catadores de un buen vino

Este recurso narrativo se denomina **elipsis**.

Las elipsis pueden ser explícitas, es decir que se encabezan con expresiones de tiempo, como “dos días después”, “Un rato más

tarde”; o implícitas, en cuyo caso es el lector quien debe inferir el salto temporal y tiempo transcurrido entre una acción y otra.

- a) Busquen en el texto otros casos en los que se produzcan elipsis.
- b) Marquen cuáles de las siguientes opciones son adecuadas para explicar con qué intención se introducen las elipsis que eligieron.

*El narrador decide no contar esos hechos...*

porque no resultan de interés para el resto de la historia. / para hacer más lento el relato. / desea ocultar esa información para presentarla más adelante. / porque es una manera de hacer más dinámica la narración. / para evitar repeticiones.

## Los espacios en la novela

- 1 La casa de Jekyll posee dos entradas, una trasera que da a un callejón y otra principal que mira hacia una plaza. Marquen en el primer capítulo las descripciones que hace el narrador de esas calles. Realicen un cuadro comparativo que ponga de manifiesto los diferentes aspectos de cada una de esas fachadas.
- 2 La visión de ese espacio se modifica cuando llega la noche. Marquen en el texto las descripciones de la calle que aparecen en el capítulo “En busca del señor Hyde”.
- 3 Busquen en el texto las descripciones que se hacen de los interiores de las casas. Indiquen qué datos brindan sobre la posición social, los hábitos y las costumbres de sus dueños. Tengan en cuenta lo realizado en la actividad 6 de la sección “Los personajes”.
- 4 Relean el párrafo del capítulo “En busca de mister Hyde” que comienza con la siguiente frase: “Esta antesala, en la que ahora se encontraba solo...”

- Elijan entre las opciones que siguen la que consideren que mejor expresa la razón por la que a Utterson le genera esca- lofríos este ambiente.

Porque influye en él la atmósfera tétrica de la noche. / Porque está preocupado por lo que le pueda pasar a su amigo. / Porque después de conocer a Hyde quedó conmocionado. / Porque hacía mucho que no visitaba a Jekyll.

- 5 Marquen en la novela la descripción que se hace del barrio de Soho, donde vive Hyde. Escriban un texto en el que indiquen a qué hora y de qué manera recorre Utterson ese barrio; qué atmósfera genera el ambiente que observa y cómo influye esto en el personaje.
  - a) En la descripción se utilizan imágenes visuales, por ejemplo, “Un enorme velo color chocolate pendía del cielo”. Marquen en el fragmento otras imágenes similares.
  - b) ¿Qué colores se mencionan en la descripción? ¿Qué efectos provocan en el lector esos colores?
  - c) Propongan razones que expliquen por qué Hyde reside en la zona del Soho. Recuerden las respuestas que dieron a las actividades 4 y 8 de la sección “Personajes”.
- 6 A partir de lo visto en las actividades anteriores, propongan adjetivos para caracterizar los siguientes espacios de la novela: las calles comerciales de Londres, la calle lateral, el Soho.
- 7 Con un compañero dibujen un plano de la casa del doctor Jekyll. Tengan en cuenta lo visto en la actividad 4 y la descripción del comienzo del capítulo “El incidente de la carta”.

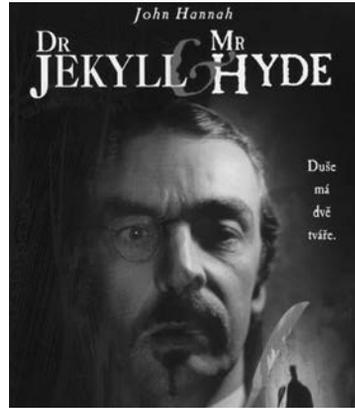
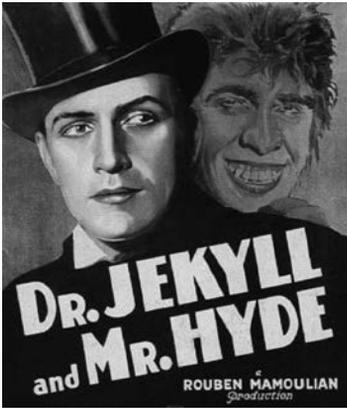
## Lo fantástico

- 1 Lean el siguiente fragmento del libro *Introducción a la literatura fantástica*, de Tzvetan Todorov.

Llegamos así al corazón de lo fantástico. En un mundo que es el nuestro, el que conocemos, sin diablos, sílfides ni vampiros se produce un acontecimiento imposible de explicar por las leyes de ese mismo mundo familiar. El que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien el acontecimiento se produjo realmente, es parte integrante de la realidad, y entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos. O bien el diablo es una ilusión, un ser imaginario, o bien existe realmente, como los demás seres, con la diferencia de que rara vez se lo encuentra. Lo fantástico ocupa el tiempo de esta incertidumbre. En cuanto se elige una de las dos respuestas, se deja el terreno de lo fantástico para entrar en un género vecino: lo extraño o lo maravilloso. Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural.

- a) Mencionen cuál es el hecho sobrenatural que presenta la novela.
- b) ¿Qué interpretación propone Utterson para explicar la relación de Jekyll con Hyde?
- 2 Otra de las características de los relatos fantásticos es que muchas veces esa vacilación que se le presenta al lector puede ser sentida por uno de los personajes del relato.
- Escriban una lista de las preguntas que se formula Utterson a medida que avanza la novela y que, en consecuencia, también se hace el lector.

- 3 Uno de los temas propios de los relatos fantásticos es el del doble (*Döppelgänger*), es decir, el desdoblamiento del ser humano en dos seres contrarios y opuestos, un tema que ha sido interpretado de diversas maneras: como el enfrentamiento entre el Bien y el Mal, como la relación entre el hombre con el paso del tiempo, como el enfrentamiento entre la imagen que creemos tener y la que tienen los otros de nosotros o como la búsqueda de la armonía y la perfección. Todas estas cuestiones filosófico-religiosas han preocupado al hombre desde tiempos remotos. El tema de los sujetos duplicados es muy antiguo, pero aparece recurrentemente en la literatura del siglo XIX.



- a) Revisen su respuesta a la actividad 6 de la sección *Avistaje*. Luego, expliquen cómo se vinculan esas imágenes con el tema del doble.
- b) Busquen en una enciclopedia información sobre el dios Jano, el Bifronte. Averigüen qué representaba ese dios para la cultura romana.
- c) Las historietas también tienen personajes desdoblados: el tímido periodista Clark Kent se convierte en Superman, el millonario Bruno Díaz es Batman, Bruce Banner se transforma en Hulk, cuando la ira lo somete.

¿Conocen otros superhéroes que tengan una doble personalidad? Elaboren una lista de las características de estos personajes que se relacionen con el tema de doble, por ejemplo, Batman actúa de noche, durante el día es Bruno Díaz.



- 4 Rastreen en los capítulos “El incidente de la carta” y “La última noche” fragmentos en los que se aluda a los espejos.
- 5 Busquen en la carta final de Jekyll aquellos fragmentos en los que se mencione la presencia de espejos e indiquen qué importancia tienen para la historia de ese personaje.
- 6 Elijan cuál de las siguientes opciones explica de manera más adecuada la función de los espejos en la novela.

*Los espejos en la novela...*

- permiten descubrir aquello que está oculto.
- reflejan la otra cara de que aquello que se muestra.
- muestran la realidad tal cual es.
- muestran una imagen distorsionada de la realidad.

7 Ubiquen en la declaración de Jekyll ejemplos en los que el doctor se refiera a Hyde en primera persona gramatical y ejemplos en los que se refiera a sí mismo en tercera persona gramatical. Cópienlos en la carpeta.

- ¿Por qué creen que se produce esta alteración en las personas gramaticales del narrador

8 Lean el siguiente fragmento del artículo “Las lentes de la ficción” del escritor argentino Pablo De Santis.

Cada género literario tiene su propio modo de ver y de interpretar el mundo. Y esos modos de ver han generado un catálogo de instrumentos ópticos que le permiten al héroe manejarse en el escenario de sus aventuras y que a la vez lo configuran. Porque un héroe también es un modo de mirar.

El instrumento óptico característico del relato de aventuras es el catalejo. Sabemos que el héroe de aventuras nunca está quieto: nada lo define mejor que su capacidad de llegar tan lejos como sea posible. [...]

La literatura fantástica tiene un modo de mirar completamente distinto. En lugar de ocuparse de lo que está lejos, se asoma a lo más próximo, y se esmera por verlo de un modo distorsionado, nebuloso [...]

El crítico Max Milner analizó, en un libro titulado *Fantasmagoría*, la influencia de los aparatos ópticos que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XVIII sobre la literatura fantástica. No se trataba de instrumentos para ver mejor, sino para aprovechar la posibilidad de engañar al ojo humano, a través de máquinas que combinaban luces con espejos. El término *fantasmagoría*, que tanto se utiliza en la literatura fantástica, proviene del campo de estas invenciones ópticas: la fantasmagoría era una máquina para provocar esas ilusiones. Los números con espectros eran un clásico.

Un espectáculo del mago francés Robert Houdin presentaba a un actor en el escenario, que se enfrentaba con su doble, al que atravesaba con espadas o simplemente con la mano. Este tipo de ilusión recibía el nombre de magia catóptrica. [...]

El gusto del género fantástico por esta clase de visiones distorsionadas, ilusorias, oblicuas, esconde una opinión sobre el mundo: en la vida real, tampoco vemos las cosas como son, hay señales de otro mundo escondidas en los intersticios de la realidad.

*dirección URL: <http://www.ciudaddearena.org/desantis-laslentes.html> [consulta: 19 de junio de 2008].*

- Ubiquen en el texto momentos en los que las palabras del narrador o los personajes pongan de manifiesto “una mirada distorsionada” o “una visión indirecta”. Tengan en cuenta lo que se dijo sobre la niebla, la noche y los espejos en las actividades anteriores.
- 9 Lean los siguientes fragmentos de la novela e indiquen de qué manera se podría relacionar la presencia de la **sombra** con el tema del **doble**.

Las calles estaban tan despejadas como el piso de un salón de baile. Los faroles, inmóviles por falta de viento, proyectaban una trama regular, de luces y sombras.

Me dijo “sí” con una mueca, y cuando le indiqué que entrara, no me obedeció sin antes dirigir una mirada hacia atrás, a las sombras de la plaza.

... le parecía leer amenazas en la titilante luz del fuego que daba sobre los pulidos armarios y en el sobresalto intranquilizador de la sombra sobre el techo.

10 La **novela gótica** surge en Inglaterra a fines del siglo XVIII y se encuentra vinculada con los temas y el mundo del terror. Estos relatos están ambientados en espacios sombríos y pavorosos: castillos medievales, mansiones laberínticas que cuentan con habitaciones encantadas, pasadizos secretos o cuartos escondidos. Además, suelen presentar personajes siniestros y monstruosos que se mueven en la oscuridad de la noche con neblina y tormentas escalofriantes. Por eso, en estos textos es muy importante la descripción de los espacios y ambientes en los que se desarrolla la acción. Uno de los espacios característicos es el “claustro gótico”, que es una morada clausurada donde suele ocultarse el misterio o el monstruo amenazante.

En este mundo habitado por el terror es muy fácil diferenciar el bien del mal: el primero generalmente aparece representado por la claridad y la pureza, mientras que el segundo se vincula con lo oscuro, lo negro y lo extraño. Los contrastes entre la luz y la sombra o entre el día y la noche aparecen como símbolos de este enfrentamiento moral.

- Hagan una lista de los elementos góticos que aparecen en la novela. Busquen ejemplos para justificar.

11 Lean el siguiente fragmento del prólogo a la segunda edición de la novela *Frankenstein*. En él, Mary Shelley, su autora, narra cómo nació la idea que dio origen a su libro y a su famoso personaje.

La noche fue declinando durante esta conversación, y la hora de las brujas había pasado ya cuando nos retiramos a descansar. Al poner mi cabeza en la almohada no me dormí ni se podría decir que pensara. Mi imaginación, espontáneamente, se apoderó de mí y me condujo, dando a las imágenes sucesivas que surgían en mi mente una brillantez que salvaba los límites usuales del ensueño. Vi, con los ojos cerrados,

pero con aguda visión mental, al pálido estudiante de artes profanas arrodillado junto a la combinación que había hecho. Vi desarrollarse al horroroso fantasma de un hombre, que luego, bajo la acción de cierta máquina poderosa, daba señales de vida y se agitaba con movimientos torpes, semivitales. Terrible debía ser eso, porque tenía que ser supremamente aterrador el resultado de toda tentativa humana para remedar el estupendo mecanismo del Creador del mundo. Su propio triunfo horrorizaría al artista, que huiría de su propia obra, despavorido. Tendría la esperanza de que, abandonada a sí misma, la leve chispa de vida que había infundido se extinguiría; que esa cosa que había recibido una animación tan imperfecta, volvería a hacerse materia muerta, y que él, su creador, podría dormir confiado en que el silencio de la tumba aniquilaría para siempre la efímera existencia del horrendo cadáver que había considerado como la cuna de la vida. Duerme, en efecto, pero lo despiertan; abre los ojos, ve al horrible ser a su cabecera, apartando las cortinas y mirándolo con ojos amarillos, acuosos, pero reflexivos.

Yo abrí los míos aterrada. La idea me posesionó de tal modo, que corrió por mí un escalofrío de miedo, ...

- a) Lean el texto “Pesadilla” en la sección *Palabra de expertos* y señalen qué similitudes encuentran entre el origen de *Frankenstein* y el de la novela de Stevenson.
- b) Comenten por qué creen que ambas historias nacen en esas circunstancias.
- c) Relean la última parte del relato final de Jekyll e identifiquen qué efecto produce el sueño en el doctor durante la última etapa de su vida. ¿Por qué consideran que el descanso provoca esas consecuencias?

## En busca de la verdad: el género policial

- ❶ Los **relatos policiales** presentan un misterio, generalmente se trata de un robo o de un asesinato. Ese crimen siempre plantea un enigma que es el conflicto del texto. El enigma hace que el lector se pregunte a lo largo del cuento qué ocurrió, quién cometió el crimen, cómo y por qué.

El protagonista de los cuentos policiales suele ser un investigador, por ejemplo, un detective privado o un funcionario de la policía, que se destaca por las siguientes características: es inteligente, deductivo, culto y algo extravagante. Otras veces puede tratarse de un hombre común que por determinadas circunstancias se encuentra en la situación de tener que investigar. Este personaje es el encargado de revelar la verdad del misterio. Para eso, interroga a los sospechosos, reúne las pistas y busca indicios. Estos últimos pueden ser tanto objetos materiales como informaciones referidas a los personajes, el tiempo o el lugar. El narrador suele colocar indicios falsos que confunden al lector y generan más intriga. De hecho, casi siempre, el culpable termina siendo el menos sospechoso y las pistas más esclarecedoras se encuentran en los detalles que nadie pudo ver, salvo el investigador.

- a) Escriban una lista con los elementos propios del género policial que se presentan en *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson.
- b) Con el propósito de reconstruir su trama policial, ordenen en la carpeta los enigmas según se van presentando en el transcurso de la novela.

*¿Quién es verdaderamente Hyde? / ¿Qué relación une a Jekyll con Hyde? / ¿Quién mató a Danvers Carew? / ¿Por qué Jekyll deja un testamento a nombre de Hyde? / ¿Por qué Jekyll se encierra en su pieza durante días?*

- c) Indiquen cuál de las preguntas anteriores generaliza el enigma que plantea la novela.
- d) Marquen en la novela el momento en el que se resuelve cada uno de los enigmas anteriores.
- 2 Determinen qué personaje cumpliría la función del detective en la novela. Para justificar, indiquen qué características propias de un detective tiene ese personaje.
- 3 Resuman la información del testamento que Jekyll deja en manos de Utterson?
- 4 La forma en que el género policial presenta su estructura narrativa está directamente vinculada con los conceptos de *narrador* y de *mirada*. Cada narrador despliega sobre el relato una serie de procedimientos narrativos cuya intención es provocar diferentes expectativas de lectura. Uno de ellos es el **efecto sorpresa**, que se logra mediante el ocultamiento de información durante el desarrollo del relato y el revelamiento final y espontáneo de esos datos esenciales. Otras veces, las informaciones presentadas por el narrador pueden ser falsas o disimuladas. En este caso, el final del relato se encarga de presentar nuevamente esa información, pero como “verdaderamente” se dio. En la novela de Stevenson **las cartas** aportan gradualmente datos que les sirven al lector y al “detective” para solucionar el enigma.
- Escriban una lista de todas las cartas y mensajes escritos que se reproducen en la novela, según el orden en que fueron entregados en la historia. Luego copien al lado sus destinatarios y una síntesis de la información que sus emisores ofrecen en ellas.
- 5 La propuesta de diferentes soluciones para resolver el enigma es otra forma de suscitar interés en el lector. Para ello, se pre-

sentan indicios, muchos de los cuales solo funcionan como distractores.

- a) Relean el capítulo “El incidente de la carta” y determinen cuál es la anomalía que detecta Guest en la nota de Hyde y qué conocimientos posee este personaje que lo habilitan para emitir sus conclusiones.
  - b) ¿Cómo interpreta Utterson el origen de la carta?
  - c) Rastreen en el texto otros indicios que anticipen la verdadera identidad de Hyde.
  - d) Busquen y copien cuál es la explicación que se plantea para esa “irregularidad” en la caligrafía de Hyde en el último capítulo.
- 6 Otra fuente de información, además de las cartas, son los **diálogos**. A partir de ellos los personajes y el lector van armando el rompecabezas que conduce a la verdad.
- Indiquen qué datos le aportan a Utterson sus conversaciones con Enfield, Lanyon, los oficiales de policía, Poole y Jekyll (en el primer encuentro).

- 7 Cuando el lector accede al **relato final de Jekyll**, descubre que algunas palabras dichas por los personajes tenían un significado escondido, o un doble sentido. Por ejemplo, Jekyll le dice a Utterson en su primer encuentro:

No es tan grave como crees, y solo para darle descanso a tu buen corazón te voy a contar algo: puedo deshacerme de Mr. Hyde en cuanto lo decida.

Busquen en el texto otras frases que cobren nuevos significados cuando se las relea una vez que se descubre toda la verdad. Expliquen qué nuevo significado tienen esas palabras.

- 3 No es casual que la aparición del género policial se dé en una época, mitad del siglo XIX y principios del XX, en la que se creía que la inteligencia humana, acompañada por la razón y la ciencia, era capaz de alcanzar cualquier verdad; una época en que el surgimiento de las grandes ciudades modernas, con su crecimiento demográfico, aumentaba los delitos y la sensación de inseguridad. La presencia del “Mal” y del crimen era moneda corriente en los nuevos diarios sensacionalistas y ponía en peligro la certeza y la tranquilidad de la propiedad privada. Pero este crecimiento del delito no se explica por un amor al crimen o al “Mal”, por el contrario, era la consecuencia lógica del aumento de la pobreza, la exclusión y la marginalidad.
- a) Relean la información sobre la época victoriana que obtuvieron al realizar la actividad 3 de la sección *Avistaje*. Luego, observen si en la novela se alude a la pobreza y al delito en esa época.
- b) ¿Qué personajes y ámbitos de la novela se relacionan con la ciencia y la razón?

## La ciencia en el texto

- 1 Busquen en una enciclopedia o en Internet información sobre la corriente filosófica denominada Positivismo. Averigüen qué descubrimientos científicos y avances tecnológicos se produjeron durante esa época.
- 2 ¿Cuál es el motivo por el cual Jekyll y Lanyon están distanciados? Expliquen en qué se diferencian las posiciones que cada uno tiene con respecto al conocimiento científico.
- 3 El laboratorio de Jekyll se ubica entre su casa y su despacho y funciona como un nexo entre ambos lugares. ¿Qué interpretación podrían proponer para explicar esa distribución del espacio?

- Discutan cuál sería el rol de la ciencia en el enfrentamiento entre el Bien y el Mal. Revisen las actividades relacionadas con “La alegoría”.
- 4 A partir de las actividades que realizaron hasta aquí, determinen cuál de las siguientes opciones les parece la más adecuada en relación con el papel de la ciencia. Justifiquen con citas del texto.
- La novela propone una mirada negativa sobre la ciencia.
  - La novela propone una mirada positiva sobre la ciencia.
  - La novela tiene una posición neutral sobre la ciencia.
  - La novela tiene una mirada crítica y, a la vez, esperanzadora sobre la ciencia.
- 5 Relean en la declaración de Jekyll la explicación acerca del modo como llevó adelante su experimento. ¿Por qué Jekyll dice que no entrará *en las honduras del aspecto científico de mi declaración*...?
- Relean los dos últimos párrafos del apartado “Descartes vs. Stevenson”, en el ensayo de Javier Escobar Isaza y justifiquen su acuerdo o desacuerdo con lo que se afirma en ellos.

## La época victoriana: las apariencias y lo verdadero

- 1 Cuando se analiza o comenta una obra literaria, resulta productivo ubicarla en su contexto histórico-social. Esto permite entender mejor algunas situaciones o alusiones que, de no conocer esa información, no sería posible reponer.

Relean la información que buscaron acerca de la época victoriana y aquella acerca de costumbres, hábitos y características propias del momento histórico en que la novela fue escrita.

2 En la **época victoriana** existía una gran rigidez moral. La sociedad estaba sostenida en tres principios básicos que controlaban y regulaban la vida de los hombres: autoridad, respeto y religiosidad. En este contexto de reserva y contención moral, la vida privada era concebida como una prolongación de esa rigidez pública. Las “buenas costumbres” regían la vida social de los ingleses y todo lo que podía llegar a alterarla estaba obligado a desaparecer, o bien a permanecer en secreto. Todo “caballero” victoriano debía mostrar ante sus compatriotas una conducta recta y honesta, aunque en muchos casos estas virtudes fueran solamente una apariencia.

Algo similar ocurría a nivel político-económico. Durante el reinado de Victoria I, que duró desde 1837 hasta 1901, Inglaterra se convirtió en una potencia mundial. El progreso en la industria, en la tecnología y en los avances científicos prometía un futuro de bienestar y riqueza. Sin embargo, esta prosperidad no alcanzaba a todos los sectores sociales: mientras algunos disfrutaban las riquezas y los lujos, otros sectores mayoritarios, como los obreros y los trabajadores en general, sufrían hambre y padecían la miseria. Esta contracara del poderío británico intentaba ser aplacada por el poder con un falso optimismo burgués, que las continuas crisis sociales internas y los conflictos con las otras potencias exteriores se encargaron de descubrir con el correr de los años. Lo dicho hasta aquí explica por qué en la época victoriana se generaba una tensión entre lo que se mostraba y lo que se ocultaba, entre lo aparente y lo verdadero, entre lo público y lo privado.

- ¿De qué manera se manifiesta esta tensión en la novela? Para responder tengan en cuenta lo visto en las actividades sobre los espacios, los personajes y la alegoría. Además, pueden releer el fragmento de Rosmary Jackson que se reproduce en la actividad 9 referida a los personajes.

## Actividades de producción

❶ **Títulos.** En las novelas, los **títulos** de los capítulos sugieren lo que se desarrolla en el interior de esa parte del texto. Pueden ser informativos, es decir, señalar algún aspecto particular, por ejemplo, el espacio en el que ocurren las acciones: “la casa”, “el río”, o metafóricos, es decir, expresiones que tienen algunos rasgos semánticos en común con el contenido del capítulo.

- Cambien el **título** de los capítulos. Pueden elegir entre títulos informativos u otros metafóricos que sugieran (pero no adelanten) lo que se narra en ellos.

❷ **Carta.** A lo largo de la obra se pueden leer varias **cartas**, algunas de ellas fundamentales para la resolución del enigma. También se alude a una carta cuyo contenido no se expone: “...redactó dos largas cartas, una para Lanyon y otra para Poole...”. Pero el lector solo accede a la lectura de la carta para Lanyon.

- Escriban la carta del doctor Jekyll a su mayordomo Poole, con las indicaciones precisas para recibir al doctor Lanyon. Para ello;
  - tengan en cuenta que esa carta fue escrita el mismo día que la enviada a Lanyon.
  - revisen el contenido de la carta recibida por Lanyon. Relean las indicaciones del doctor Jekyll para que Lanyon pueda cumplir con su pedido y recuerden que esas indicaciones deben completarse con las que recibe Poole de parte de su amo;
  - imaginen una explicación aceptable de parte del doctor Jekyll (por qué no puede ir él mismo a su casa, en qué situación se encuentra, para qué necesita lo que Lanyon debe llevar), para que Poole cumpla con su pedido de ayuda;

- recuerden colocar en la carta el encabezamiento correspondiente (nombre de la ciudad y fecha completa) y el tratamiento hacia el destinatario (*querido...*, *estimado...*).

③ **Monólogo.** Un **monólogo** es el discurso de un solo personaje, donde expone sus sentimientos, pensamientos, recuerdos, deseos, temores, reflexiones, frente a sí mismo, sin un interlocutor que le responda. El monólogo permite al lector descubrir lo que pasa por la mente del personaje. Se escribe usando la primera persona gramatical.

- Escriban un monólogo del doctor Jekyll frente al espejo después del asesinato de Lanyon o cuando comienza a transformarse sin necesidad de beber el preparado. Relean como ayuda el capítulo final de la obra, donde encontrarán expresados muchos de los sentimientos del personaje.

④ Vean la película *El secreto de Mary Reilly* (dirigida por Stephen Frears, EE. UU., 1996) y resuelvan las siguientes consignas.

- a) Realicen un cuadro comparativo en el que expongan las diferencias más llamativas entre la novela y la película.
- b) Indiquen en qué ambientes se desarrolla la acción y qué iluminación predomina en el *film*.
- c) ¿Por qué creen que “Jekyll-Hyde” se quita la vida en la película? Discutan si ese final coincide con el de la novela.

⑤ **Comentario crítico.** Reunidos de a dos escriban un **comentario crítico** de la película. Para ello, consideren las siguientes indicaciones.

- Realicen un resumen del argumento, pero sin adelantar el final de la película. Aquí deben aparecer los nombres de los personajes y de los actores que los interpretan.

- Informen el género del *film* (fantástico, de aventuras, policial, de terror).
- Releven qué importancia tienen la musicalización y la iluminación para los espacios en que transcurre la historia.
- No olviden que un comentario crítico debe incluir opiniones personales, pero deben estar bien argumentadas. Si es positiva, debe generar en los lectores interés por ese *film*.
- Por último, incluyan al final del comentario o reseña una ficha técnica que incluya: Título; año; director; género; actores principales.

⑥ **Ensayo.** Los **ensayos** son textos argumentativos en los que su autor reflexiona y da su punto de vista sobre un tema determinado con el propósito de que sus lectores adhieran a las ideas por él presentadas.

Para que un texto argumentativo como el ensayo sea claro y coherente, es necesario que la información esté bien organizada, por eso respeta un esquema determinado:

- **Punto de partida:** introduce al lector en el tema y presenta el problema al que se quiere dar respuesta.
  - **Tesis:** idea u opinión que se sostiene en el texto.
  - **Argumentos:** sostienen y defienden la tesis.
  - **Conclusión:** retoma y refuerza la idea enunciada en la tesis.
- Escriban un ensayo sobre alguno de los siguientes temas de la novela. Todos ellos fueron trabajados en las actividades de comprensión y análisis.
    - El enfrentamiento entre el Bien y el Mal en *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. (Actividades sobre la alegoría.)
    - Lo visible y lo oculto en *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. (Actividades sobre personajes, espacios y época.)

- El tema del doble en la en *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. (Actividades sobre lo fantástico.)
  - *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*: una discusión sobre la ciencia. (Actividades sobre la ciencia en el texto.)
- a) Antes de escribir, piensen cuál va a ser la tesis de su ensayo, por ejemplo: *La novela puede leerse como una alegoría de la lucha entre el Bien y el Mal, dos fuerzas contrapuestas que viven en el interior del ser humano.*
- b) Luego, es conveniente que escriban argumentos que permitan defender esta tesis. Para eso, pueden emplear algunos recursos argumentativos como los siguientes:
- Ejemplos: presentan un caso particular de una explicación general.
  - Comparaciones: ayudan al lector relacionando un término o concepto nuevo con otro ya conocido. Se encabezan con expresiones como: así también, como, así como.
  - Preguntas retóricas: el emisor finge hacerle una pregunta al lector, pero en realidad no espera una respuesta, sino que la formula para introducir una explicación que se va a desarrollar en el texto.
  - Citas textuales: en sus textos deberán aparecer citas de la novela que justifiquen sus afirmaciones. No se olviden de poner entre comillas las citas y aclarar entre paréntesis el número de página en la que aparecen.

## Recomendaciones para leer y para ver

### **El doble en la pantalla grande. Versiones en cine sobre la novela**

*Dr. Jekyll y el Sr. Hyde, el hombre y la bestia* (1920), dirigida John S. Robertson.

*Dr. Jekyll and Mr. Hyde* (1941), dirigida por Victor Fleming.

*El secreto de Mary Reilly* (1996), dirigida por Stephen Frears.

*Jekyll y Hyde* (2005), dirigida por Nick Stillwell.

### **Otras películas con el tema del doble**

*El hombre lobo* (1941), dirigida por Geroge Waggner.

*El resplandor* (1980), dirigida por Stanley Kubrick.

*Wolf* (1994), dirigida por Mike Nichols.

*La máscara* (1994), dirigida por Chuck Russell.

*Hulk* (2003), dirigida por Ang Lee.

*El increíble Hulk* (2008), dirigida por Louis Leterrier.

### **Versiones del doble con humor**

*El profesor chiflado* (1963), dirigida por Jerry Lewis.

*El profesor chiflado* (1996), dirigida por Tom Shadyac.

*Irene, yo y mi otro yo* (2000), dirigida por Bobby y Peter Farrelly.

### **Para seguir leyendo obras literarias con el tema del doble**

#### **Cuentos**

Jorge Luis Borges, “El otro”.

Julio Cortázar, “Celina”, “Lejana”, “Cartas de mamá”.

Edgar Allan Poe, “William Wilson”.

Giovanni Papini, “Dos imágenes en un estanque”.

Juan Jacobo Bajarlía, “La sombra de un espía”.

Guy de Maupassant, “El horla”.

E.T.A Hoffmann, “El hombre de arena”.

## Novelas

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*.

Ítalo Calvino, *El vizconde demediado*.

José Saramago, *El hombre duplicado*.

Miguel de Unamuno, *Abel Sánchez*.

Marco Denevi, *Ceremonia Secreta, Los asesinos de los días de fiesta, Rosaura a las diez*.

## Otras novelas con monstruos y ambientes góticos

Robert Louis Stevenson, *El diablo en la botella*.

Bram Stoker, *Drácula*.

Mary Shelley, *Frankenstein*.

Abelardo Castillo, *La casa de ceniza*.

## Historias con enigmas y detectives

### En el Cine

*Asesinato en el Oriente Express* (1974), dirigida por Sidney Lumet.

*Los sospechosos de siempre* (1992), dirigida por Bryan Singer.

### En la literatura

Arthur Conan Doyle, *Estudio en Rojo, El sabueso de los Baskerville, Las aventuras de Sherlock Holmes, Las memorias de Sherlock Holmes*.

Gilbert K. Chesterton, *El candor del padre Brown*.

Edgar Allan Poe, *El escarabajo de oro*.

Agatha Christie, *Diez indiecitos*.

Georges Simenon, *Las investigaciones de Maigret*.

Sergio Aguirre, *Los vecinos mueren en la novelas*.

Pablo de Santis, *La traducción, El enigma de París*.

Guillermo Martínez, *Crímenes imperceptibles*.

Rodolfo Walsh, *Variaciones en rojo, Diez cuentos policiales argentinos*.

Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, *Los mejores cuentos policiales 1 y 2* (antología de cuentos).

## Bibliografía

### **Pueden leer las clases acerca de la obra de Stevenson en:**

Arias, M. y Hadis, M., *Borges profesor*, Buenos Aires, Emecé, 2000.  
Nabokov, V. *Curso de literatura europea*, Barcelona, Bruguera, 1983.

### **Para profundizar la información acerca de los distintos movimientos estéticos, consulten:**

Hauser, A., *Historia social de la literatura y del arte*, Madrid, Debate, 1998.

### **Sobre literatura fantástica encuentran material en:**

Bioy Casares, Adolfo: “Prólogo” a Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo (comp.), *Antología de la literatura fantástica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965.

Jackson, R., *Fantasy, Literatura y subversión*, Buenos Aires, Catálogos, 1986 (trad. Cecilia Absatz).

Rest, J., *Conceptos de literatura moderna*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979.

Todorov, T., *Introducción a la literatura fantástica*, México, Premia Editora, 1980 (trad. Silvia Delpy).

### **Acerca del género policial pueden leer:**

Boileau-Narcejac, *La novela policial*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

Link, D., *El juego de los cautos*, Buenos Aires, La Marca editora, 1992.

Hoveyda, F., *Historia de la novela policial*, Madrid, Alianza, 1967.

Lafforgue-Rivera, *Asesinos de papel*, Buenos Aires, Colihue, 1995.

Narcejac, T., *La máquina de leer: la novela policíaca*, México, Fondo de cultura económica, 1986.

Piglia, R., “Sobre el género policial”, en *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Seix Barrial, 2000.

Resina, J.R., *El cadáver en la cocina: La novela criminal en la cultura del desencanto*. Barcelona, Anthropos, 1997.

Rest, J., "Dignóstico de la novela policial", en *Crisis* N°15, Buenos Aires, Julio de 1974. pp. 30-39.

Todorov, T., "Tipología de la novela policial", en *Fausto*, año III, número 4, Buenos Aires, Marzo-Abril, 1974.



Esta obra terminó de imprimir en abril de 2013,  
en los talleres de Buenos Aires Print, Presidente Sarmiento 459,  
Lanús, provincia de Buenos Aires, Argentina.



Seguimos leyendo *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* y continuamos sorprendiéndonos a pesar de que, a esta altura, directa o indirectamente, casi todos los lectores conozcamos el desenlace de la novela. Lo que sucede es que con Jekyll y Hyde, Stevenson plantea de manera brillante y original el eterno problema del Bien y el Mal. El escritor escocés, sutilmente, deja ver que no todo es lo que parece ser en un “intachable caballero victoriano”. *¿De cuánta fuerza disponemos para reprimir nuestra cara oscura y hacer aflorar nuestro lado positivo?* es uno de los interrogantes profundos que abre la novela.

Nuestra edición propone un análisis de la obra que llama la atención sobre el impecable trabajo narrativo en la articulación de los puntos de vista, en la explotación de las posibilidades que ofrece la novela —en cuanto género eminentemente polifónico— para combinar distintos géneros discursivos. Subraya, además, la reflexión acerca del contexto de producción que facilita la creación de monstruos como el señor Hyde.

**Norma**

[www.librerianorma.com](http://www.librerianorma.com)  
[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

C.C. 29001088  
ISBN 978-950-13-2334-4



9 789501 323344